

MATERIALES
MATERIALS
SAZAK
MATERIALS

250,- ptas.

Este número contiene :

FRANCISCO FERNANDEZ BUEY; Antonio Gramsci y los orígenes del fascismo italiano.

JOAQUIM LLEIXA; Hegemonía y estado en el período de entreguerras
El pensamiento político de Gramsci.

RAFAEL ARGULLOL; Gramsci sobre Dante.

ANTONI DOMENECH; De la vigencia de Gramsci; esbozo para una controversia.

MASSIMO L. SALVADORI; Gramsci y el P.C.I.; dos concepciones de la hegemonía.

VALENTINO GERRATANA; La nueva estrategia que se abre paso en los QUADERNI.

LEONARDO PAGGI; Después de la derrota de la revolución en occidente.

BAGIO DE GIOVANNI; Gramsci y Togliatti: novedad y continuidad.

MATERIALES

tra n

MATERIALES

Crítica de la cultura

Extraordinario nº 2



GRAMSCI

HOY

MATERIALES
GATA
MATERIALES



| | |
|---|--|
| director periodista director periodista zuzendari kazetaria director xornalista | Marina Bru |
| consejo de redacción consell de redacció redazio kontseilua consello de redacción | Rafael Argullol, Maria-José Aubet, Miguel Candel, Joan Clavera, Antoni Domènech, Paco Fernández Buey, Ramon Garrabou Jacobo Muñoz, Manuel Sacristán (Catalunya) Xesús Alonso Montero, Abel Caballero (Galicia) Ernesto García, Gustau Muñoz (País Valencià) Javier Pérez Royo (Sevilla) Colectivo Antonio Gramsci (Granada) José Rodríguez, Javier Corcuera, Manolo Gómez Portilla (Euskadi) Julián Ariza, Carlos Blanco Aguinaga, Angela Fernández, Daniel Lacalle, José M. Ripalda, Fanny Rubio, Alfredo Tejero, Juan Trias Vejarano (Madrid) Oscar Lopes (Portugal) |
| consejo editorial consell editorial argitarazio kontseilua consello editorial | Lucio Colletti, Valentino Gerratana, Wolfgang Fritz Haug, David MacLellan, Adam Schaff, Göran Therborn |
| edita edita argitaratzen du edita | Materiales, S. A. de Estudios y Publicaciones |
| redacción y administración redacció i administració redazioa eta administrazioa redacción e administración | Escipión 21, ático. Tel.: 212 61 80; Barcelona- (23) |
| imprime imprès a imprentatzen du imprime | Gráficas Diamante, Zamora 83 - Barcelona- (18) |
| depósito legal dipòsit legal legezko depositua depósito legal | B. 2091 - 1977 |
| precio del ejemplar preu de l'exemplar alearen prezioa precio do exemplar | 200 — ptas. |
| suscripción anual subscripció anual urteoroko suskribzioa suscripción anual | España 1.000.— ptas. Europa 1.300.— ptas. América 2.000.— ptas. |
| publicación bimestral hile birik behingo argitarazioa | publicació bimestral publicación bimestral |

| | |
|---|-----|
| Nota introductoria | 3 |
| <i>Antonio Gramsci y los orígenes del fascismo italiano</i> , por Francisco Fernández Buey | 7 |
| <i>Hegemonía y Estado en el período de entreguerras. El pensamiento político de Gramsci</i> , por Joaquim Lleixà | 29 |
| <i>De la vigencia de Gramsci: esbozo para la controversia</i> , por Antoni Domènech | 51 |
| <i>Gramsci sobre Dante</i> , por Rafael Argullol | 71 |
| <i>Gramsci y el PCI: dos concepciones de la hegemonía</i> , por Massimo L. Salvadori | 79 |
| <i>La nueva estrategia que se abre paso en los «Quaderni»</i> , por Valentino Gerratana | 101 |
| <i>Después de la derrota de la revolución en occidente</i> , por Leonardo Paggi | 115 |
| <i>Gramsci y Togliatti: novedad y continuidad</i> , por Biagio de Giovanni | 133 |
| BIBLIOGRAFÍA | |
| <i>Guía para la lectura de Gramsci</i> , por Francisco Fernán- dez Buey | 151 |

Nota introductoria

El cuarenta aniversario de la muerte de Antonio Gramsci ha coincidido con un notable aumento del interés por la obra del revolucionario sardo en toda Europa. Además de los varios homenajes, celebraciones y seminarios teóricos que han tenido lugar en Francia, en Inglaterra, en España y, desde luego, en Italia, se han publicado, sobre todo en su país de origen, algunos textos que arrojan nueva luz para el conocimiento de su vida y de su obra. Se trata de publicaciones en las que se recogen los recuerdos de hoy viejos militantes vinculados en un momento u otro al propio Gramsci, de resultados de investigaciones historiográficas en las que se aportan nuevos datos para la aclaración de algunos puntos todavía discutidos de su biografía, y también de reflexiones documentadas sobre la sustancia de la estrategia esbozada entre 1930 y 1936 por el entonces dirigente del partido comunista de Italia preso del fascismo mussoliniano. No nos detendremos en ellas, puesto que a algunas de esas aportaciones recientes se hace referencia en la nota bibliográfica que cierra este mismo volumen.

Tal vez valga la pena, en cambio, señalar aquí que la difusión de la edición crítica de los *Quaderni del carcere*, preparada por Gerratana y publicada a finales de 1975, ha sido sin duda un factor importante que, si bien (como es natural, dado el aparato científico-filológico de esta edición) no explica por sí solo ese considerable aumento del interés por Gramsci en Europa, ha contribuido de manera efectiva a una mejor comprensión de la fragmentaria producción gramsciana. Junto a éste, es posible apuntar además otros factores explicativos, más generales, del hecho de que Gramsci se haya convertido en el teórico y revolucionario marxista probablemente más estudiado y leído en los últimos tiempos.

En primer lugar, la expectación que en los medios marxistas y revolucionarios en general despierta actualmente la política

del partido comunista italiano, del «partido de Gramsci» como suele decirse. Expectación justificada casi unánimemente (aun en los casos en que se discute de forma global esa política o aspectos determinados de ella) no sólo por el hecho de que éste es el partido comunista europeo con mayor realidad social detrás y con mayor incidencia cultural en la sociedad en que se mueve, sino también por la combinación de inteligencia táctica y agudeza teórico-crítica que tradicionalmente se expresa en sus filas.

Otro motivo es que fuera de Italia y después de la crisis teórica y política abierta sobre todo a partir de 1968 en el movimiento comunista se tiende a ver en el pensamiento político de Gramsci la única versión del leninismo que resiste en la actualidad; que resiste precisamente por el hecho de que Gramsci fue uno de los escasos comunistas que ya a finales de los años veinte supo plantearse la cuestión central del movimiento obrero en los países capitalistas de la Europa occidental: las razones de su derrota en 1919-1923 y las posibilidades de una estrategia de recambio de largo alcance para un período de consolidación del capitalismo imperialista.

Por último, seguramente ha influido también el que en esa crisis abierta se haya puesto de manifiesto la insuficiencia de las principales reflexiones teóricas de los años sesenta sobre la reorientación del marxismo y del comunismo. Lo cual lleva a ver en Gramsci una formulación de la relación entre política y teoría profundamente antidogmática y por lo general perdida en otros desarrollos más recientes.

Claro está que la urgencia con que se acude a Gramsci en busca de respuestas para problemas políticos y político-culturales de hoy tiene a veces como consecuencia una lectura instrumental o el renacimiento de la hagiografía sobre su obra, particularmente fuera de Italia. En este sentido no faltan, entre las más recientes publicaciones sobre Gramsci, las de quienes creyendo estar hablando de Gramsci hablan en realidad sobre la política actual del PCI, ni tampoco aquellas otras que olvidan que nuestra crisis de hoy no es la misma que vivió Gramsci a principios de los años treinta. Brota de ahí un «gramscismo» de orientaciones contrapuestas pero que coincide en la intención instrumentalizadora: en unos casos ese «gramscismo» sirve como cobertura para deshacerse globalmente de aquel otro «ismo» que se supone en crisis, el «leninismo»; y en otros casos, descubriendo a veces tardíamente que Gramsci es también un leninista, se exige presuntamente del PCI que rompa con el conjunto de su tradición de la cual Gramsci es parte esencial.

Entre ese doble reduccionismo y la negativa de los más sóli-

dos estudiosos de la obra de Gramsci a convertir ésta en un cuerpo de doctrina, en un nuevo rótulo que sustituya a otros más deteriorados (véase al respecto el trabajo de Gerratana aquí traducido) está discurriendo el debate durante los últimos meses. Un debate que, como se ve, privilegia el aspecto más directamente político del pensamiento de Gramsci, que pone el acento en sus consideraciones sobre el estado y la concepción de la hegemonía, y que arranca casi siempre de una preocupación sólo parcialmente ajena al conocimiento de la obra del propio Gramsci: la continuidad o no respecto de Gramsci de una política que hoy se expresa en la fórmula de «hegemonía en el pluralismo».

En ese contexto seguramente conviene explicar el título de este volumen. «Gramsci hoy» significa para nosotros la lectura y el estudio de la obra de Gramsci, como un clásico que es del pensamiento político revolucionario, en su entorno histórico. Con la idea, eso sí, de que de ese estudio, sin beatería ni instrumentalización, es posible extraer algunas lecciones que pueden ayudarnos de manera positiva en la lucha entre las clases actualmente.

* * *

Dicho eso, y ya en referencia al presente volumen, hay que añadir un par de cosas más. Una, que lamentamos el retraso con que finalmente es publicado. Nuestra intención inicial era haberlo hecho durante el año 1977. No ha sido posible. Y dos, que lamentamos igualmente no haber podido incluir todos los textos en un principio anunciados, y especialmente el de Manuel Sacristán. Este, junto con otros artículos de Paolo Spriano («Gramsci en la cárcel y el partido») y de Valentino Gerratana («Gramsci como pensador revolucionario»), se publicará en próximos números ordinarios de la revista.

Finalmente una breve referencia a los textos aquí recogidos. El artículo de M. L. Salvadori fue publicado en enero de 1977 por la revista del partido socialista italiano *Mondoperaio* y constituyó el comienzo de una polémica (a la cual se hace referencia en los otros artículos italianos traducidos en este mismo volumen) que ha estado presente también en el reciente III Convegno de estudios gramscianos celebrado en Florencia. Los textos de V. Gerratana, L. Paggi y B. de Giovanni proceden del seminario de estudio que se desarrolló a principios del pasado año en el Instituto Togliatti de Frattocchie por iniciativa de la sección cultural y de la sección central de formación del PCI; fueron publicados en *Rinascita* del 4 de febrero de 1977. (Los trabajos de Salvadori y Gerratana han sido traducidos también al catalán por la revista *Taula de canvi*). Por último, los artículos de R. Argullol, A. Domenech, F. Fernández Buey

y J. Lleixá son reelaboraciones —en mayor o menor medida— de sus intervenciones en varios seminarios u homenajes dedicados a Gramsci y que tuvieron lugar durante el pasado año en Barcelona y Zaragoza. A los organizadores de los mismos, y señaladamente a los estudiantes de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona, nuestro agradecimiento.

MATERIALES

Antonio Gramsci y los orígenes del fascismo italiano

FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY

Si se tiene en cuenta que los historiadores de formación marxista siguen discutiendo todavía hoy acerca de la naturaleza del fascismo italiano, de sus orígenes y de sus componentes de clase¹ no hay por qué extrañarse de que la gran mayoría de los dirigentes proletarios de los años veinte, momento en el cual surge y se impone el fascismo en Italia, se sintieran bastante perplejos ante aquel nuevo fenómeno social y experimentaran considerables dificultades para proporcionar una caracterización adecuada de la situación que estaban viviendo. Esta fase de perplejidad de la vanguardia del movimiento obrero ante la aparición del fenómeno fascista comprende los meses que van desde la conclusión de la primera guerra mundial hasta octubre de 1922, aunque es justo añadir que en esa última fecha —cuando tiene lugar la Marcha sobre Roma— no eran ya tan excepcionales los comunistas y socialistas que en Italia y fuera de Italia habían comprendido por lo menos los rasgos generales de la coyuntura político-social así como el sentido central del fascismo italiano en el nuevo estado.

Aquí se trata, pues, de dar a conocer las opiniones de Antonio Gramsci sobre el fascismo desde que éste empieza a actuar como movimiento hasta la Marcha sobre Roma, la cual ratificó la derrota de las organizaciones políticas y sindicales de la clase obrera al tiempo que posibilitaba la toma del poder por Benito Mussolini y la formación de su primer gobierno. La exposición de las opiniones de Gramsci al respecto y su contrastación con las incidencias de la lucha entre las clases sociales italianas durante aquellos meses tiene ante todo un interés histórico. Pues el Gramsci de 1921-1922 suele ser el menos cono-

1. Un testimonio bastante reciente sobre algunos aspectos de esta discusión puede verse en la conversación mantenida por Michael A. Ledeen con Renzo de Felice y publicada por la editorial Laterza (Bari, 1975) con el título de *Entrevista sul fascismo*.

cido y, cuando es conocido, el más criticado. Pero, dadas las frecuentes comparaciones que hoy se hacen entre la situación italiana actual y la crisis del estado liberal desencadenadora del movimiento fascista de los primeros años veinte,² la consideración histórica, por limitada que sea en este caso, puede ser también un factor no despreciable para ayudar a comprender algunas de las contradictorias manifestaciones político-sociales nuevas que nos afectan de manera más directa e inmediata.

Hay un hecho que por encima de cualquier otra consideración explica las perplejidades, las dudas, las vacilaciones de los dirigentes políticos y sindicales de la clase obrera de la época con respecto al fascismo. Ese hecho —conviene subrayarlo desde el principio— es el fulgurante ascenso de lo que primero sería movimiento y luego partido fascista: a finales de 1919 el fascismo era un fenómeno social casi marginal en la vida italiana, una organización tan minoritaria que no contaba con más de cinco mil votos en la ciudad que fue su cuna, Milán; tres años después, sin embargo, estaba en el poder. Pese a ello, es decir, pese a la enorme rapidez de ese desarrollo, tampoco el crecimiento del fascismo fue lineal; conoció sus altibajos, sus crisis, sus contradicciones internas y precisamente la existencia de éstas hicieron nacer en sectores importantes de las clases trabajadoras la ilusión de que se trataba en realidad de un fenómeno efímero, llamado a desaparecer con la misma velocidad con que había surgido. En ese desarrollo es posible distinguir tres momentos.

El primero se extiende desde la primavera de 1919 hasta octubre de 1920. Es la época del fascismo minoritario, ambiguo, ambivalente tanto por la retórica que de un modo consciente utilizan sus dirigentes como por los elementos sociales que lo componen; la época en que sufre un primer revés electoral importante, se presenta a sí mismo como un movimiento contra la corriente dominante y trata de amalgamar en su seno la primaria, elemental y básica vocación antiobrera, antisocialista, con las huecas y demagógicas exclamaciones insultantes contra la monarquía, contra el capitalismo, contra la iglesia católica en general y contra el papado en particular. Esa amalgama, con sus aspectos contradictorios, expresa muy bien la

2. El renacimiento del fascismo en Europa con formas más o menos expresas o encubiertas viene siendo observado desde distintos ángulos al menos a partir de finales de los años sesenta. El tema ha saltado, sin embargo, a la prensa de gran difusión durante el último año en relación con el informe de la Comisión Triateral sobre la "ingobernabilidad de las democracias". La decadencia del parlamentarismo en la mayor parte de los países capitalistas avanzados, la involución antidemocrática de la República Federal Alemana o la orientación abiertamente anticomunista de algunos sectores del movimiento estudiantil y juvenil italiano. Por lo que hace a Italia la comparación de la situación actual con la crisis de principios de los años veinte se ha convertido ya en un lugar común (y no sólo para la dirección del PCI) durante los últimos meses.

procedencia diversa de los iniciadores del movimiento: sindicalistas y pseudorrevolucionarios que un día tuvieron como meta la anarquía y que en los fragores de la guerra imperialista acabaron identificando su objetivo etéreo con la grandeza de la nación italiana, con el nacionalismo; ex-socialistas que empezaron criticando el reformismo de las organizaciones obreras y acabaron vendiéndose al gran capital; legionarios que aprendieron a afirmar su prepotencia en los cuerpos militares especializados en el asalto y que no pudieron soportar luego la marginación social; intelectuales y artistas que, conscientes de la crisis de la civilización burguesa, vieron en el primer fascismo la continuación de su obra de destrucción cultural de los valores establecidos; y también, desde luego, jóvenes herederos de la burguesía terrateniente en quienes la defensa del interés de clase se unió al deseo de emular las gestas militares de sus antepasados. En total, no obstante, unos centenares en toda Italia. Por ello, por su composición y por su número, es natural que en ese primer momento el fascismo fuera tan aficionado a la glorificación idealista e indiscriminada de la voluntad.

El segundo momento se inicia en el invierno de 1920 y llega hasta noviembre de 1921. Fue ese un año crítico y contradictorio en la historia del fascismo, un año que habría de resultar decisivo para su futuro, un año que estuvo marcado por la primera derrota importante del proletariado industrial después de su gesta en la ocupación de las fábricas durante el otoño de 1920. Y no sólo por esa derrota sino también por la emergencia y el predominio del fascismo rural particularmente en Bolonia, por el enfrentamiento entre los dirigentes parlamentarios del fascismo y los representantes en el movimiento de la reacción agraria así como por la decisiva colaboración con ellos de las autoridades del estado. El objetivo central del escuadrismo fascista durante esos meses fue minar, a través del terror, las bases principales que, en largos años de lucha y de actividad parlamentaria, el movimiento obrero de las ciudades y de las zonas rurales había conseguido implantar en la sociedad italiana. A pesar de los enfrentamientos, a pesar de la crisis que en un determinado momento estuvo a punto de convertirse en ruptura entre el escuadrismo y el fascismo parlamentario, el movimiento siguió creciendo durante esos meses. Y no sólo por la colaboración gubernamental directa o indirecta sino además por el progresivo decantamiento hacia el fascismo de sectores importantes de la industria pesada y de la alta finanza.

El tercer momento se inaugura con el congreso fascista que tuvo lugar en Roma durante la segunda semana de noviembre de 1921 y concluye el 28 de octubre de 1922 con la Marcha sobre Roma. La primera fecha señala el final de las principales

divergencias entre el fascismo de Mussolini, el «fascismo parlamentario» como se le llamó entonces, y el fascismo de los escuadristas de predominio agrario, el «fascismo nacional» como quisieron bautizarle sus principales dirigentes. En el congreso de Roma el programa antiobrero del fascismo se clarifica, el movimiento se convierte en partido centralizado, repudia los regionalismos, toma nota de su crecimiento numérico y constata que el factor central de su fuerza es la violación de las escuadras. Desde entonces la evolución de la situación económico-social, con la quiebra de algunas entidades bancarias importantes, las dificultades de la gran industria siderúrgica y el notable crecimiento de la tasa de parados, parece —pese a una vacilante recuperación económica global que se iniciaba en 1922— acelerar la urgencia de un desenlace para el cual el poder paralelo que era ya el fascismo en esos meses contaba con las mejores armas. Aprovechando la miopía de los sindicatos obreros mayoritarios con respecto a la problemática de los parados, el fascismo lograba crear una incipiente base sindical reforzada mediante la violencia en las zonas «ocupadas» por sus escuadras. Y así en el verano de 1922 multiplica las violencias, las ocupaciones de ciudades y pueblos poniendo a prueba la preparación de sus milicias y actuando ya en algunos casos como un cuerpo de ejército. Finalmente, a principios de septiembre, con ocasión de la huelga general de resistencia que convocan los sindicatos obreros, el fascismo rompía las últimas defensas obreras aumentando la ya notable desmoralización existente en las filas proletarias.³

De esta sumaria enumeración de los momentos del desarrollo del fascismo hasta la toma del poder se desprende una primera aproximación al problema de la composición social del movimiento y de la funcionalidad clasista de la actividad política del mismo. Podría decirse, pues, que el fascismo de la primera hora se nutrió principalmente de militantes procedentes de la pequeña burguesía urbana con las oscilaciones ideológicas propias de las capas medias de las ciudades; que luego, en el segundo momento, se añade a ésta otra componente, la reacción agraria representada por la burguesía rural; y que por último, en el tercer momento, las dos categorías anteriores se integran con sectores importantes de la gran industria poniéndose progresivamente al servicio de los intereses globales del gran capital.⁴

3. Los datos para ese resumen han sido tomados de Angelo Tasca, *El nacimiento del fascismo*, trad. castellana, Barcelona, Ariel, 1969; Enzo Santarelli, *Storia del fascismo*, I, Editori Riuniti, Roma, 1973 (2.ª ed.); y AA.VV., *Fascismo e antifascismo*, Feltrinelli, Milán, 1963 (2.ª ed.).

4. Tal es el esquema que sigue, por ejemplo, Lelio Basso, «Le origini del fascismo» en *Fascismo e antifascismo*, ed. cit., pp. 9-42. Se puede contrastar, sin embargo, con Renzo de Felice, *Intervista sul fascismo*, ed. cit., pp. 30 y siguientes, quien añade matices de interés sobre la orientación de las capas medias en esa época.

Lo que corresponde ahora es describir cómo concebía Gramsci el fenómeno fascista en cada uno de esos tres momentos para intentar dar al final un juicio conclusivo de conjunto.

1. *El fascismo como consecuencia de la degeneración «normal» del estado capitalista.*

Para entender bien, y no desvirtuar, la escasa atención prestada por Antonio Gramsci al fenómeno fascista antes de noviembre de 1920 conviene no perder de vista lo dicho antes sobre el primer momento del desarrollo de ese movimiento. Pero es necesario añadir además una consideración sobre el contexto general del país. Como otras naciones de Europa, Italia vivió durante todo el año 1919 una progresiva agudización de las luchas entre las clases sociales. El porcentaje de los conflictos obreros, cuyo objetivo era el aumento de salarios, la resistencia ante la carestía de la vida y la reducción de la jornada de trabajo, superó ampliamente todas las cifras de años anteriores. A la ofensiva de los trabajadores de la industria se fue añadiendo la movilización de los jornaleros del campo orientada hacia la ocupación de las tierras. Con todo ello el número de militantes del partido socialista aumentó notablemente durante todo el año y siguió aumentando en el siguiente; la cifra de sindicatos en la Confederación General del Trabajo dio un salto de importancia pasando de los 320.000 sindicatos antes de la guerra mundial al millón de 1919 y a superar los dos millones a finales de 1920.

Este aumento de la militancia obrera y la exasperación de la lucha de clases tuvo también su repercusión política interna en el partido socialista configurándose una orientación hacia la izquierda que, entre otras cosas, influyó notablemente en la adhesión formal del partido a la Internacional Comunista. De este modo el ala derecha del socialismo italiano, representada por el grupo parlamentario y los dirigentes sindicales, se vio acosada una y otra vez desde la base y por los cuadros mismos de las principales ciudades industriales una parte de los cuales se sintió inmediatamente atraída por el ejemplo de los bolcheviques rusos. La propia orientación reformista y burocrática de la dirección sindical contribuyó de manera no despreciable, en aquel momento de crisis, al auge que precisamente como oposición a la burocracia sindical fueron cobrando en Turín, desde mediados de 1919, los consejos de fábrica. Las elecciones de noviembre de ese año confirmaron, por lo demás, la extensión de la esperanza en una transformación radical de la sociedad: el partido socialista obtuvo más de 1.800.000 votos y 156 mandatos de diputados en la Cámara convirtiéndose así en el más fuerte de los partidos italianos del momento.

En ese contexto de constante crecimiento de las organizaciones obreras en las cuales estaba muy presente el ejemplo de la revolución rusa de 1917 se comprende que la primera reunión fascista del 23 de marzo de ese mismo año pasara casi desapercibida. La atención de los trabajadores estaba centrada entonces, por lo que hace a la situación internacional, en el llamamiento para la fundación de la III Internacional o en el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios en Alemania y, en el ámbito interior, en la lucha de los obreros metalúrgicos, los cuales conseguían precisamente en ese mes la implantación de la jornada laboral de ocho horas. Por eso cuando el 15 de abril se produjo el asalto fascista a la redacción milanese del *Avanti!*, órgano del partido socialista, la posición mayoritaria de los agredidos fue afrontar con calma la provocación, exigir de los tribunales el castigo de los culpables y abrir una suscripción popular para reparar los daños causados por la barbarie. El argumento que entonces se dio para explicar la actitud del partido fue éste: «No quemar el mañana precipitándose en la respuesta puntual de provocaciones minoritarias». Gramsci, quien desde el mes de mayo formaba parte de la comisión ejecutiva de la sección torinesa del PSI, compartió ese punto de vista y lo defendió en polémica con el meridionalista Gaetano Salvemini, uno de los intelectuales que más habían influido en su formación durante los años anteriores.

En efecto, inmediatamente después del incendio por un grupo fascista de la sede del *Avanti!* Salvemini había escrito en su periódico un artículo llamando la atención sobre el peligro fascista para el futuro y considerando como una derrota el hecho de que los socialistas se hubieran limitado a levantar acta del asalto sin lanzarse a un rápido contrataque. Gramsci le contestó en *L'Ordine Nuovo* con una diatriba en la que, recogiendo sustancialmente la argumentación del partido socialista, domina el tono del discípulo que aprovecha la oportunidad para romper abiertamente con la admiración de antaño por el maestro: «alquimia profesoral», «jacobinismo de profesor», «abstraccionismo» son algunos de los epítetos que emplea para ridiculizar la posición de Salvemini. En su opinión, éste sobrevaloraba la importancia del fascismo, no tenía en cuenta la fuerza efectiva del partido socialista y exageraba la valoración pesimista de la situación con la inconfesada intención de mantener la actitud de árbitro intelectual a que su propia organización aspiraba. Frente a las lamentaciones salveminianas Gramsci considera entonces que «el haber resistido a las presiones de los impacientes y el haber tomado buena nota del hecho ha sido uno de los actos de mayor fuerza que el partido socialista ha sabido realizar en este período». Y su respuesta a Salvemini concluye con un sarcástico retrato del viejo profesor en cuya agudeza aflora también la inadvertencia del futuro peligro:

«El asalto al *Avanti!* y la falta de reacción de los socialistas han turbado los sueños de nuestro profesor: si uno de los contendientes, los bolcheviques (como le gusta decir entre sus íntimos), es demasiado débil y el otro prevalece, el gobierno se echará en brazos de Mussolini y Gaetano Salvemini se quedará desocupado.» Una ironía antiabstraccionista, como se ve, que resultaría trágica. Y que Gramsci remacha afirmando que no se trata de una caricatura sino de una fotografía de las especulaciones políticas salveminianas.⁵

Pero, de momento, los hechos de los meses inmediatamente siguientes parecen dar la razón a Gramsci, pese a que los consejos de fábrica de Turín, sobre las premoniciones que Salvemini adelantara desde su aislamiento intelectual. En efecto, el fascismo sigue desarrollándose todavía embrionariamente, aunque la aventura de Gabriele D'Annunzio en Fiume, donde estableció un gobierno autónomo en oposición al poder central,⁶ daba nuevas bazas a los sentimientos nacionalistas exacerbados por la guerra y sobre todo por los acuerdos entre las potencias al finalizar la misma. En octubre Giovanni Giolitti, el forjador del estado italiano anterior a la guerra, pronunciaba un discurso preletoral en el que se captan las transformaciones derivadas del conflicto bélico, se toma nota de la modificación en la correlación de fuerzas políticosociales y se defiende una moderada orientación hacia la apertura de un período constituyente en Italia. Y el resultado de las elecciones de noviembre de 1919, con el éxito socialista, no sólo parece alejar definitivamente el peligro de una reacción antidemocrática sino que hace pasar a primer plano la cuestión de la toma del poder por los trabajadores. Entre tanto las luchas obreras siguen en alza y con ellas también la polémica interna en el partido socialista entre reformistas y revolucionarios.

Unos meses después, en un momento en que los consejos de fábrica de Turín están en pleno desarrollo y se esboza ya la contraofensiva de los empresarios, Gramsci empieza a prever la posibilidad de una reacción importante en el país. Su preocupación central, junto al impulso que hay que dar a los consejos de fábrica, es entonces la renovación del partido socialista en un sentido comunista y las orientaciones de la patronal. A principios de abril de 1920 estalla la más importante huelga general que hasta entonces había conocido la comarca de Turín y que representa el nivel más alto de intervención político-sindical de los consejos de fábrica. La evolución de esta

5. En "Salvemini", *L'Ordine Nuovo (1919-1920)*, Torino, Einaudi Editore, 1972, pp. 257-259.

6. Para los detalles de la ocupación de Fiume por D'Annunzio (ocupación que tuvo lugar a mediados de septiembre de 1919 y que se prolongó, con incidentes varios, durante un año) véase Angelo Tasca, obra citada, capítulo IV, p. 51 y ss.

huelga que, pese a la gran extensión que alcanzó en Turín, no pudo generalizarse al resto del país por la oposición a ella de los dirigentes sindicales, propició la ruptura en el partido socialista. Para Gramsci fue además un importante elemento de clarificación política: de un lado, frente al reformismo parlamentario y sindicalista; de otro, frente al sindicalismo pseudorrevolucionario y el anarquismo intelectual.

Pues también de esto último hubo abundantes muestras en aquella coyuntura. Así, por ejemplo, el propio Benito Mussolini, el animador de los fascios, escribía el 6 de abril de 1920: «Yo también estoy contra la hora legal... Yo estoy en favor del individuo y contra el estado. Abajo el estado en todas sus formas y sea cual sea su encarnación: el estado de ayer, de hoy y de mañana, el estado burgués y el socialista. A nosotros, que somos los últimos sobrevivientes del individualismo, sólo nos queda en el oscuro presente y para el tenebroso mañana la religión absurda, pero siempre consoladora de la anarquía». Poco antes el mismo Benito Mussolini había enviado un telegrama de felicitación a Enrico Malatesta con motivo del regreso de éste a Italia.⁷

Ese demagógico lenguaje con el que fascismo celebra la ceremonia de la confusión vistiendo la práctica reaccionaria con las galas verbales de la acracia es para el Gramsci de entonces cosa ya conocida y en gran modo superada, puesto que también él, algunos años antes, se dejó ofuscar por el revolucionarismo verbal de aquel mismo Mussolini que en 1914 pasaba por ser el ala izquierda del partido socialista. Por eso más que el verbalismo fascista le preocupa la fría reflexión de un empresario como Olivetti sobre el poder que pretenden representar en la fábrica los consejos y sobre la decisión del patronato de impedir rápidamente la consolidación de un doble poder en las empresas. No es casual que la primera prognosis gramsciana sobre la importancia de la reacción en Italia esté separada sólo por una semana de la publicación en *L'Ordine Nuovo* de ese informe de Olivetti sobre los consejos. La caracterización gramsciana de la situación en mayo de 1920, muchas veces citada por su importancia, dice así:

«La fase actual de la lucha de clases en Italia es la fase que precede a la conquista del poder político por el proletariado revolucionario, mediante el paso a nuevos modos de producción y de distribución que permitan una recuperación de la

7. El artículo de Mussolini está citado en Nino Valeri, "La marcia su Roma", *Fascismo e antifascismo*, ed. cit., p. 109. Algunos meses después, reflejando el crecimiento de la oleada reaccionaria, Mussolini introduciría, como suele ser habitual en esas circunstancias, la referencia a Nietzsche: "El mundo se desplaza hacia la derecha, sobre todo en el sentido del antisocialismo... La masa es materia, no espíritu. Nietzsche exigía que se concediera a las masas todo el bienestar material posible para que no turbaran con sus tumultos las manifestaciones más altas y transcendentales del espíritu".

productividad, o bien una tremenda reacción de la clase propietaria y de la casta de gobierno. Ninguna violencia dejará de aplicarse para someter al proletariado industrial y agrícola a un trabajo de siervos; se intentará destruir inexorablemente los organismos de lucha política de la clase obrera (Partido Socialista) e incorporar los organismos de resistencia económica (los sindicatos y las cooperativas) al sistema de engranajes del Estado burgués».⁸

Gramsci considera en este momento la reacción como un fenómeno global, consecuencia de la degradación del estado burgués posterior a la guerra imperialista y, por tanto, el riesgo principal de involución reaccionaria lo ve en las orientaciones del patronato y del vértice mismo del aparato estatal más que en el movimiento encabezado por Benito Mussolini. Así lo confirma, entre otras cosas, un artículo de julio de 1919 en el que, después de la invasión fascista de la sede del *Avanti!* en Roma, Gramsci polemiza con el editorialista del diario *La Stampa*. A éste, que había acuñado el término de «maximifascismo» para calificar a los enemigos (extremistas socialistas y fascistas) del estado, Gramsci le contesta que la pequeña burguesía democrática y liberal no sabe justificar de otro modo los fenómenos que la atormentan sino viendo una acción coincidente de ambos extremos políticos preparada de antemano. No se trata —escribe en ese artículo— de una simple conjura, sino del hecho de que «toda la máquina estatal burguesa está afectada por la carcoma fatal», de manera que lo que se está viendo es «una degeneración del estado que los comunistas ven como un fenómeno normal del sistema capitalista, el cual desencadena fuerzas que ya no puede dominar con su legalidad». Y de esta aplicación al caso italiano del análisis hecho por Marx del fenómeno bonapartista concluye que se está ante algo previsto por el marxismo y cuya solución radica «en el derrocamiento del poder capitalista y en la instauración del comunismo».

2. Los dos fascismos.

Este concepto de la reacción como una consecuencia directa del agonizar del estado capitalista encontraría especificaciones posteriores en los artículos escritos por Gramsci para el *Avanti!* durante los últimos meses de 1920, esto es, en una situación mucho más desfavorable ya para el movimiento obrero, pues la ruptura del PSI se presentaba como inevitable después de la polémica que en el seno del partido se produjo acer-

8. Véase "Para una renovación del partido socialista", traducción castellana en *Antología* (preparada por M. Sacristán), Madrid, Siglo XXI, 1974 (2.ª ed.) p. 72.

9. "La 'congiura'", en *L'Ordine Nuovo (1919-1920)*, ed. cit., pág. 346.

ca de las causas y las responsabilidades del fracaso de la ocupación de las fábricas. Tal inevitabilidad estaba además determinada por la insistencia de los órganos dirigentes de la III Internacional en el sentido de que los comunistas debían separarse de los elementos reformistas para así favorecer la resolución revolucionaria de la crisis. Por eso, tanto en los meses inmediatamente anteriores al congreso de Livorno (enero de 1921) como en los siguientes, las consideraciones de Gramsci sobre el fascismo van siempre unidas a la reflexión sobre la decadencia del socialismo y la necesaria implantación del partido comunista.

En general esas consideraciones tuvieron una doble vertiente. En primer lugar se subraya que la guerra imperialista ha tenido como resultado en Italia una deterioración de las condiciones económicas dando lugar a ilusiones nacionalistas y desilusiones oportunistas, las cuales impedían ver a sectores importantes de la burguesía y de la pequeña burguesía otra salida que no fuera una urgente transfusión de sangre para salvar al viejo régimen. Puesto que, en opinión de Gramsci, el capitalismo no podía dominar ya las propias fuerzas productivas que genera ni hacer trabajar a los obreros con los medios ordinarios, estaba obligado a preconizar la utilización de medios extraordinarios, violentos, para garantizar su supervivencia.

En segundo lugar se avanza la idea de que la reacción que se estaba contemplando no era un fenómeno exclusivamente italiano sino internacional. De ahí infiere Gramsci una caracterización global del fascismo como «fase preparatoria de la restauración del estado: si el fascismo representa la ilegalidad del estado capitalista, la restauración del estado a la cual aspira la clase dominante será la legalización de la violencia.¹⁰ Pero ya en esos mismos días de preparación del Congreso de Livorno añade a esas consideraciones otra destinada a captar la particularidad del caso italiano y que luego habría de tener un lugar principal en su descripción de la sustancia del fascismo.

Se trata de la inexistencia en Italia de un estado parlamentario «bien ordenado» como, por ejemplo, en Inglaterra. La causa de este atraso, es decir, de que un tipo de estado así no haya llegado a existir en Italia, la ve Gramsci en un rasgo característico de la burguesía y de la pequeña burguesía nacional: la ausencia de civismo y de lealtad hacia las instituciones.

10. Esa idea aparece ya en el artículo titulado "La reazione" (*Avanti!*, 17 de octubre de 1920), pero se desarrolla en "Cos'è la reazione" (*Avanti!*, 24 de noviembre de 1920) y en un artículo publicado algunos meses después en *L'Ordine Nuovo* con el título "Italia e Spagna", en el cual Gramsci considera la orientación reaccionaria del somatén catalán como un antecedente de los fascios.

Un rasgo característico este que, al pasar también al partido socialista por el predominio en él de elementos pequeño burgueses, acabó determinando igualmente la misma falta de civismo y de lealtad entre los socialistas, en este caso, con respecto al estado alternativo que se trataba de construir, con respecto al estado obrero.¹¹ La aventura nacionalista de Gabriele D'Annunzio en Fiume («el eterno pulular de los D'Annunzio») sería la prueba última de esa falta de civismo que se manifiesta en la *teatralidad* de la pequeña burguesía que corrompe y arruina las principales instituciones estatales.

Así, pues, por lo que hace a su composición social y a su orientación ideológica, el fascismo como movimiento empieza siendo para Gramsci una manifestación, una representación de la pequeña burguesía urbana. Pero pronto, al hilo de los acontecimientos principales de la vida político-social de esos meses, va introduciendo matices varios en esa caracterización general. Por ejemplo, a finales de enero de 1920, comentando las expediciones fascistas en varias ciudades italianas y ante la eventualidad de que un ataque semejante se produzca también en Turín, Gramsci pone especial énfasis en señalar, de una parte, la superior preparación táctica de la clase obrera torinesa («Mientras en las otras ciudades industriales la clase obrera no ha superado todavía la fase de los ataques frontales en masa... en Turín esa fase ha sido superada ya definitivamente») y, de otra, la diferencia entre el fascismo guerrero de los excombatientes que operan en Bolonia y el fascismo declamatorio de los tenderos de Turín, «de una categoría social que no es célebre precisamente por sus sublimes virtudes guerreras».¹²

En ese mismo sentido, mes y medio después, con ocasión de un enfrentamiento que se produjo en Turín entre fascistas y legionarios, volvía a llamar la atención sobre las diferentes actitudes y orientaciones que en el movimiento antiproletario se derivan de la complejidad de su composición social. Gramsci parte entonces de la observación de que los fascistas, particularmente en Turín, son ante todo «jóvenes bienestantes, estudiantes, profesionales, ex-oficiales que viven de renta» mientras que los legionarios son en su mayoría desplazados que sienten en su carne el acoso de la crisis económica y que constituyen «un grupo característico de todas las épocas de descomposición social». Pero además en este caso no se queda en la mera constatación empírica sino que tematiza de modo explícito la necesidad de distinguir entre el parasitismo de la burguesía bienestante y la marginación de los excombatientes:

11. Cf. "Lo stato operaio" en *Socialismo e fascismo (L'Ordine Nuovo, 1921-1922)*, Torino, Einaudi, 1971, pp. 3-7, e "Il popolo delle scimmie", en la misma edición de *Socialismo e fascismo* citada, pp. 9-12.

12. "La guerra è la guerra", en *Socialismo e fascismo*, ed. cit., pp. 55-58.

«Porque creemos sano que los obreros estén informados de las varias formas que viene asumiendo el movimiento político incluso en las fracciones de la burguesía más distantes de nosotros, y porque es indispensable que los trabajadores se habitúen a considerar con sentido realista y con perfecto conocimiento de causa el sistema de fuerzas que constituye el frente de los adversarios».¹³

Esa elemental necesidad cognoscitiva de distinguir las motivaciones y orientaciones en el frente adversario, de no meter en un mismo saco a burgueses, fascistas y legionarios como si se tratara de un bloque único e inescindible, tenía entonces (y tiene siempre como método) su razón de ser práctica: la urgencia política de restar fuerzas al enemigo en un momento en el que los fascios actuantes en Italia se aproximaban ya al millar. Pero lo cierto es que en los decisivos meses que se acercaban Gramsci no siguió siempre el sano método de la distinción. Al contrario, la lectura de los artículos escritos por él en *L'Ordine Nuovo* entre marzo de 1921 y febrero de 1922 lleva más bien a la conclusión de que, con oscilaciones varias, lo predominante es la tendencia a borrar las diferencias y a generalizar en exceso tanto en lo que hace al campo de las fuerzas proletarias como en lo referente al frente de los adversarios.

En esas oscilaciones no faltan, sin embargo, algunos esbozos de mérito que podrían haber posibilitado no sólo un más preciso conocimiento de las orientaciones del enemigo sino también la fundamentación de una política comunista menos dependiente, por su fijación polémica, de las iniciativas del partido socialista. De esos esbozos se pueden señalar aquí dos: la profundización del análisis de la particularidad del fascismo italiano como un hecho que tiene sus raíces en la tradición, y la relevancia concedida a la estimación de las diferencias sociales que estaban por debajo de la distinción entre un fascismo urbano y un fascismo rural.

En lo que hace al primer punto Gramsci parece recoger el hilo de una reflexión suya expresada algunos años antes y en la que era evidente la orientación liberal-libertaria.¹⁴ «Puesto que no existe —argumenta— un estado político, una cohesión moral y de disciplina en los organismos y entre los individuos que forman el aparato estatal, tampoco existe una cohesión ni una disciplina en la organización fascista, en el estado oficioso que hoy dispone a su gusto de la vida y de los bienes de la

nación italiana». Esta ausencia de cohesión moral y de disciplina orgánica hace que el movimiento fascista sólo pueda ser considerado *parcialmente* como fenómeno de clase y que, por tanto, «tenga que ser explicado en referencia al bajo nivel de civilización que la nación italiana había logrado alcanzar en estos sesenta años de administración unitaria».

Desde este punto de vista, pues, fascismo es el nombre que toma en Italia la descomposición de la sociedad que acompaña inevitablemente a la descomposición del estado; fascismo es «la ideología bárbara y antisocial de algunos estratos del pueblo italiano no modificados todavía por una tradición nueva... por la convivencia en un estado bien ordenado y bien administrado».¹⁵ La prédica de la violencia y la práctica de la misma por el escuadrismo obliga, en opinión de Gramsci, a identificar fascismo con delincuencia y a pensar que la única conclusión lógica de las expectativas del sector más bajo de la burguesía italiana es el intento de tomar el poder mediante un golpe de estado.¹⁶

De todas formas Gramsci no confundió nunca la explicación de ese particular modo de delincuencia política, que, como hecho motivado por hábitos tradicionales, arraigaba en ciertos estratos de la población italiana, con la funcionalidad clasista de la violencia de los fascios de la época. Al contrario: la indisciplina, la falta de organicidad interna del fascismo, la delincuencia, la ausencia de lealtad y de civismo son factores que operan en contra de la posibilidad de creación de un nuevo orden y que, por eso mismo, no son independientes de la tendencia política representada por la clase dominante ni de los intereses que esta última trata de imponer. Pues una cosa son las fuerzas elementales en las cuales el fascismo encuentra su base de maniobra y otra el sentido último del proyecto político que se va imponiendo en el movimiento fascista en 1921 y 1922. Teniendo en cuenta esa distinción —que a veces no se hace— se comprende perfectamente que Gramsci pueda dar al mismo tiempo dos caracterizaciones del fascismo en apariencia antinómicas: la del fascismo como hecho de costumbre o como delincuencia y la del fascismo como expresión orgánica de la clase propietaria, como hijo espiritual de Giovanni Giolitti.¹⁷

Se trata para Gramsci de dos caras de una misma moneda: la cara oficial de ella es el aparato estatal tradicional que actúa

13. "Fascisti e legionari", en *Socialismo e fascismo*, ed. cit., pp. 76-79.

14. Sobre el enlace entre la concepción del estado italiano del joven Gramsci de 1917 y esta reflexión sobre el fascismo puede verse Leonardo Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, Roma, Editori Riuniti, 1970. Paolo Spriano, en un hermoso libro reciente, ha puesto de manifiesto la proximidad de las reflexiones del liberal Gobetti y del comunista Gramsci sobre los orígenes italianos del fenómeno fascista. Cf. Paolo Spriano, *Gramsci e Gobetti*, Torino, Einaudi, 1977, pp. 20 y ss.

15. "Forze elementari", en *Socialismo e fascismo*, cit., pp. 150-151.

16. Esa idea se repite en varios de los artículos de esos meses. Cf., por ejemplo: "Política fascista" (*L'Ordine Nuovo* del 17 de mayo de 1921), "Socialisti e fascisti" (*L'Ordine Nuovo* del 11 de junio de 1921) y "Política e delinquenza" (*L'Ordine Nuovo* del 14 de junio de 1921); todos ellos recogidos en *Socialismo e fascismo*.

17. Cf., por ejemplo, "Il carnefice e la vittima", en *Socialismo e fascismo*, ed. cit., pp. 241-243.

coactivamente contra la clase obrera dejando hacer al mismo tiempo a las escuadras fascistas; la cruz es en este caso el aparato punitivo, paralelo al oficial, que se nutre de la «delincuencia» y que sustituye al poder del estado oficial allí donde la descomposición y la ineficacia de éste no le permiten actuar. En 1920 y parte de 1921 la relación entre esos dos aparatos no estaba desprovista de tensiones; pero ya en julio en 1921 podía Gramsci hacer esta previsión:

«Un simple cálculo de utilidad induce a prever que la clase dominante, al llegar a un cierto punto, querrá amalgamar también oficialmente estos dos aparatos y que romperá las resistencias opuestas por la tradición de la base estatal mediante un golpe de fuerza dirigido contra los organismos centrales de gobierno. Entonces tendremos un 'golpe de estado' según el esquema que las ideologías democráticas sobre el estado han construido... La parte más reaccionaria y sin prejuicios de la clase dominante impondrá su dictadura sangrienta, desarticulará las organizaciones obreras, pondrá todos los poderes en manos de la casta militar...».¹⁸

El otro punto notable en la caracterización gramsciana del fascismo durante esos meses es la interpretación sociológica de los dos fascismos. En julio de 1921 socialistas y fascistas mantuvieron conversaciones para llegar a un pacto de pacificación que permitiera restablecer el orden en Italia; esas conversaciones se prolongaron y finalmente, en agosto, se llegó a concluir un acuerdo rápidamente roto por las agresiones de las escuadras que no se sometían a la autoridad de Benito Mussolini. La división del fascismo en dos se hizo entonces patente. Gramsci, que había señalado ya antes las razones de fondo de las numerosas muestras de indisciplina en las filas fascistas, trata en esa coyuntura de dar una interpretación más general de las diferencias; vuelve sobre la corta historia del movimiento, establece una hipótesis globalizadora acerca de las diferencias existentes en el movimiento fascista y adelanta una previsión sobre el futuro de los acontecimientos en Italia.

La historia es simple; es el relato de las dificultades con que desde 1919 topó el intento de amalgamar intereses inmediatos y contrapuestos de fracciones de clase distintas. Mientras que la pequeña burguesía urbana —argumenta Gramsci— aspiraba simplemente a neutralizar la ofensiva proletaria y a ocupar su lugar en el Parlamento, la burguesía agraria no podía contentarse con esa neutralización puesto que aspiraba a mantener la opresión sobre los trabajadores agrícolas y consideraba al Parlamento como un residuo contraproducente, inservible para conservar las relaciones de propiedad. Desde esa perspectiva la

18. En "Colpo di stato" (*L'Ordine Nuovo* del 27 de julio de 1921), artículo recogido en *Socialismo e fascismo*, ed. cit., pp. 257-259.

crisis del fascismo no es una crisis coyuntural en julio/agosto de 1921 sino la manifestación de un vicio de origen, una crisis de siempre. El fascismo, por tanto, está abocado a la división definitiva: de un lado la pequeña burguesía urbana, cuya representación política ostentaría Mussolini y cuyo proyecto no podía ser sino la creación de un partido intermedio entre socialistas y populares; de otro lado el fascismo de la burguesía agraria cuyo centro era la región de Bolonia y que, libre ya de las debilidades ideológicas de la pequeña burguesía urbana, se convertiría en una organización homogénea cuyo objetivo es el golpe de estado en colaboración con una parte del aparato estatal.¹⁹

Esta versión de los dos fascismos con su conclusión, según la cual Mussolini y el sector del movimiento por él encabezado no contaban nada en la situación italiana, la mantuvo Gramsci desde agosto de 1921 hasta noviembre de ese mismo año, esto es, hasta los días en que el congreso fascista de Roma, al unificar las dos tendencias antes dichas, refutó materialmente la prognosis del director de *L'Ordine Nuovo* (y de tantos otros comunistas, socialistas y liberales de la época). Pero muy probablemente la errónea conclusión de Gramsci sobre la «inevitable división» en la filas del fascismo no hay que achacarla tanto a una visión demasiado rígida de la contraposición de intereses entre pequeña burguesía urbana y burguesía rural como a una infravaloración de la capacidad de maniobra del propio Benito Mussolini. Pues, en efecto, el desprecio de Gramsci por Mussolini es algo muy patente en todos los escritos de esos meses: en junio habla del «blanquismo formal del epiléptico Mussolini» cuyo subversivismo es mera fachada oportunista; a principios de agosto afirma que el fascismo que cuenta no es el de Mussolini; a mediados de ese mes ratifica su desprecio por aquellos elementos que, como Mussolini, «son siempre inciertos y oscilantes»; una semana más tarde escribe que «Mussolini tiene un concepto equivocado de la realidad capitalista porque cree que el capitalismo sigue siendo el de antes de la guerra»...²⁰

3. Para salir de la crisis.

En general tanto la caracterización por Gramsci del período posterior a la ocupación de las fábricas, como su punto de

19. Esa idea se desarrolla en "La crisis del fascismo" (9 de agosto), "Contro il terrore" (19 de agosto) y, sobre todo, en "I due fascismi" (25 de agosto); artículos recogidos en *Socialismo e fascismo*.

20. Cf. los artículos citados en la nota anterior y además "Tra realtà e arbitrio", en *Socialismo e fascismo*, ed. cit., pp. 300-301. La conclusión de Gramsci, en ese último artículo, es que los errores en la valoración de la realidad capitalista "condenan al líder fascista [a Mussolini] a la imposibilidad de entrar de un modo activo en la realidad de las luchas políticas del momento, que son reflejo de la realidad de las luchas económicas".

vista acerca de la forma en que la crisis del estado podía ser superada favorablemente para las clases trabajadoras, estuvo mediatizada primero por la polémica dentro del partido socialista contra el ala reformista del mismo y luego por la discusión de las opciones socialistas desde el punto de vista de la III Internacional y del Partido Comunista de Italia. La política de este último, dirigida durante la fase que aquí nos ocupa por Amadeo Bordiga, ha sido calificada con razón de «sectaria»; y de ese sectarismo de grupo que acaba de nacer tampoco se libró Antonio Gramsci, particularmente en los meses transcurridos desde noviembre de 1921 hasta su salida de Italia para Moscú en mayo de 1922.

Precisamente en el momento en que la unificación de los dos fascismos y las sucesivas crisis de gobierno que se produjeron desde febrero hacían prever un recrudecimiento del peligro de golpe de estado reaccionario, Gramsci acentúa el tono agresivo de su crítica no sólo al ala derecha del Partido Socialista sino también a la corriente dirigida por Serratti (el cual se definía a sí mismo como comunista, partidario de la IC, y que no mucho después ingresaría en el PC de Italia). El propio Gramsci al pasar más tarde revista a su actuación de entonces reconoció autocríticamente que a partir de la derrota de la ocupación de las fábricas entró en una especie de estado de necesidad que acentuaba su dependencia del mecanicismo de Bordiga. Ese estado podría describirse así: saber que el peligro del fascismo sólo podía conjugarse con la fuerza de la clase obrera y ser consciente al mismo tiempo de que la clase obrera no tenía ya la fuerza suficiente para ello. Por eso en algún momento de aquellos meses al tomar nota de la desorientación de las masas obreras, de la cual culpa a la conducta equívoca y oportunista del socialismo serrattiano, no puede contener tampoco él la decepción y habla de «la amargura que crece en nosotros» y de «estos últimos tiempos que sólo tienen para los obreros enseñanzas dolorosas».²¹

Su posición política, pues, en ese tercer momento del ascenso del fascismo arranca de una estimación de los hechos en la que tampoco faltan rasgos de lucidez. Gramsci supo captar, entre otras cosas, que la noción misma de 'revolución' había cambiado para las masas trabajadoras italianas con el surgimiento del fascismo; y a la pregunta ¿qué significa hoy [noviembre de 1921] la revolución para el obrero italiano? supo contestar poniendo de relieve la crudeza de los tiempos que corrían:

«La revolución ha tomado un significado preciso y determinado. No se trata de superar el capitalismo genéricamente [...]

21. Cf., por ejemplo, el artículo titulado "I colpevoli" (12 de agosto de 1921), en *Socialismo e fascismo*, pp. 279-282.

Se trata de hacer un cálculo matemático: puesto que vamos hacia la ruina completa, puesto que vamos hacia una situación en la que el stock de bienes materiales existente en el país no asegura ya la vida física a la población, se trata de detener el proceso de destrucción del régimen capitalista, se trata de sustituir el estado burgués no por una sociedad comunista ni tampoco por un estado que pueda llamarse propiamente obrero, sino por un estado burgués... sin la burguesía, esto es, por un estado parecido en todo al actual y que se diferencia del actual sólo por el hecho de que el poder no está en manos de los burgueses sino de una vanguardia proletaria, de un partido proletario que ejerce el poder en beneficio de la clase obrera para impedir la muerte de los obreros acribillados hoy por los golpes de la desocupación, del fascismo, de la corrupción. *La cuestión está así de crudamente planteada; no hay elección, no se puede hacer lo que se quiere».*²²

Eso está dicho contra el anarquismo intelectual, contra la afirmación verbal de la libertad, y para favorecer el armamento ideológico, moral y físico de la clase obrera. Pero teniendo razón contra el anarquismo intelectual y teniendo igualmente razón contra la alternativa reformista de participación socialista en un gobierno fuerte cuyo principal objetivo sería restablecer el orden, Gramsci no puede concretar el tipo de actividad necesaria para salir de la crisis. Unos meses antes había propiciado la extensión de formaciones para la autodefensa de los trabajadores contra la agresión fascista, la organización de los «arditi del popolo», única iniciativa en la que llegó a cuajar en la Italia de esa época la resistencia popular contra la involución reaccionaria. Sin embargo, las vacilaciones del Partido Socialista, el pacto de pacificación entre fascistas y socialistas y el dogmatismo de la dirección del PC de Italia propiciaron el debilitamiento y luego la desaparición de aquellas formaciones, debilitamiento y desaparición aceptadas por el propio Gramsci de forma un tanto fatalista.

En esas condiciones la intervención política de Gramsci después de noviembre de 1921 se limitó a cargar sobre los hombres socialistas la responsabilidad por la liquidación de la experiencia de los «arditi del popolo», a argumentar (con bastante plausibilidad, ciertamente) contra la tesis del ala derecha del PS según la cual un gobierno fuerte con la participación de socialistas y populares lograría aislar al fascismo, a escarbar en la crisis del socialismo italiano sin tomar nota al mismo tiempo del paralelo y progresivo debilitamiento del partido

22. En "Il congresso anarchico" (4 de noviembre de 1921), recogido en *Socialismo e fascismo*, ed. cit., pp. 384-386. Ese artículo tiene un interés complementario porque prueba la continuidad del pensamiento de Gramsci sobre el anarquismo, la constancia de su idea de que comunistas y anarquistas son ambos "libertarios", y la repetición de su desprecio por el anarquismo intelectual, por los "dogmáticos que han hecho de la libertad un ídolo".

comunista, y a redoblar las acusaciones contra Serratti por sus vacilaciones a la hora de romper con los reformistas. Su repetida pregunta a los dirigentes sindicales de la CGL sobre qué estaban haciendo en la práctica para organizar la defensa de los trabajadores contra el fascismo²³ expresa un recocimiento de la insuficiencia de las fuerzas propias y va seguida, además, de la acusación a aquéllos por malversación de fondos obreros. Finalmente, la polémica antisocialista concluye en la consideración de la socialdemocracia como el enemigo principal. En este sentido, el 5 de febrero de 1922 escribe Gramsci: «La lucha contra la socialdemocracia, la lucha contra el partido socialista traidor, se identifica con la lucha por la liberación del proletariado de Italia de toda esclavitud». Y veinte días después, en una situación en la cual a la crisis económica y del estado se ha añadido la crisis coyuntural del gobierno («Una crisi nella crisi») ratifica: «Ningún gobierno podrá vivir con estabilidad sin la colaboración socialista. Por eso el gobierno socialdemócrata que se delinea en el horizonte de la vida italiana, lejos de ser el 'gobierno mejor', será el peor que el proletariado puede esperar».²⁴

Durante el II Congreso del PC de Italia, reunido a finales de marzo, Gramsci no hizo tampoco ninguna aportación particular que se diferenciara sustancialmente del mecanicismo de las Tesis de Roma propuestas por la dirección bordiguiana del partido y allí aprobadas. En ellas se restringía la estrategia de frente único, avanzada por la Internacional Comunista, exclusivamente al ámbito sindical y se cerraba, por tanto, las puertas a una eficaz alternativa antifascista. Algunos años más tarde Gramsci sometería a una dura crítica aquellas Tesis. Pero para comprender lo que esa orientación tendente al aislamiento consciente del Partido Comunista significaba en la primavera italiana de 1922 hay que recordar que por esas fechas los fascios organizados rebasaban ya los dos millares y el número de afiliados con que contaba el fascismo superaba los 350.000, mientras que los efectivos socialistas no llegaban ya a 100.000, los comunistas se mantenían alrededor de los 30.000 y el número de sindicatos en la CGL había descendido por debajo del

23. Esa pregunta es otra constante de los artículos de Gramsci en esa fase. Cf., por ejemplo: "Alcune domande ai capi sindacali" (12 de noviembre).
24. Así en "La sostanza della crisi" (5 de febrero de 1922), en "Illusioni socialdemocratiche" (9 de febrero) y en "Una crisi nella crisi" (24 de febrero). La identificación polémica de fascismo y socialdemocracia no es en Gramsci tan obsesiva como en otros comunistas de la época, pero también aparece en sus escritos de esos meses. En este sentido, refiriéndose a Mussolini, al sindicalista D'Aragona y a Serratti, escribía el 22 de junio de 1921: "Son todos una gran familia. Tanto el uno como los otros representan una misma impotencia"; y el 25 de septiembre de ese mismo año añade: "El fascismo se aproxima nuevamente al socialismo: la pequeña burguesía trata de romper los vínculos con la gran propiedad de la tierra e intenta tener un programa político que curiosamente acaba pareciéndose al de Turati y D'Aragona". Gramsci es hijo de su época. Y ni siquiera faltan en sus artículos de entonces exageraciones que habrían de resultar trágicas. Como ésta: "Serratti ha hecho enormemente más daño al movimiento socialista italiano de lo que hubieran podido hacer diez Mussolinis". (En "Ragionamento molto semplice", *L'Ordine Nuovo* del 22 de septiembre de 1921.)

millón (esto es, había perdido un millón de afiliados en un año). El fascismo en crecimiento empezaba a ser, pues, por entonces algo más que un partido minoritario.

4. Algunas conclusiones.

Durante algún tiempo los biógrafos de Gramsci han dedicado una atención comparativamente escasa a sus artículos de 1921-1922,²⁵ bien fuera porque la orientación apologética dificultaba el enfrentarse con un período particularmente oscuro, bien porque se consideró preferible insistir sobre otros aspectos más productivos de la obra de Gramsci plasmada en los escritos de 1919-1920 o en los *Quaderni del carcere*. Como en tantas otras cuestiones relacionadas con el pensamiento de Gramsci, corresponde a Togliatti el mérito de haber llamado la atención sobre las deficiencias y los errores de la política que Gramsci compartió con Bordiga en aquel período. Esa reflexión crítica de Togliatti fue primero alusiva, en 1936-37, y luego mucho más explícita cuando se ocupó de historiar la evolución del grupo dirigente del PCI; su conclusión —con diferencias que son casi siempre de matiz— ha sido recogida posteriormente por investigadores de formación diversa y desde presupuestos políticos varios. En esquema puede decirse que el juicio generalmente compartido sobre la actividad de Gramsci durante aquellos años es negativo.

Diferentes son, en cambio, las conclusiones de unos y otros sobre los factores que condicionaron en mayor grado la inercia y el relativo sectarismo del Gramsci de esa época. Pero es posible enumerar aquí algunos de esos factores: 1.º El hecho de que, contra ciertas previsiones optimistas, el partido comunista salido de Livorno fuera una fracción minoritaria excesivamente orientada hacia la izquierda. 2.º Los virajes bruscos de los órganos dirigentes de la Internacional Comunista, quienes pasaron de un desbordante optimismo sobre la actualidad de la revolución en la Europa occidental de 1919-1920 a un moderado realismo, en 1921-1922, expresado en la estrategia de coincidir con los partidos socialistas —con los cuales se había roto un año antes— en un frente unido contra la reacción. 3.º La intransigencia de la dirección bordiguiana del PC de Italia que no aceptó estas últimas orientaciones por considerar, entre otras cosas, que no era deseable unir inmediatamente lo que se había roto sólo unos meses antes. 4.º El aislamiento y la dispersión física y política del grupo originario de *L'Ordine Nuovo* (Gramsci, Togliatti, Terracini, Tasca), lo cual habría impedido una reflexión colectiva sobre las primeras derrotas

25. Es significativo el que en la por tantas razones excelente biografía de Fiori Vita di Antonio Gramsci, Bari, Laterza, 1966) sólo se dediquen a este período cuatro páginas.

obreras en Italia. 5.º El estado de ánimo pesimista que se extendió entre amplios sectores de las clases trabajadoras italianas después de la ocupación de las fábricas.

La influencia de esos factores es constatable, desde luego, en Gramsci lo mismo que en otros dirigentes del comunismo italiano de la época. Y explican, junto a la miopía y a la utopía reformista de la socialdemocracia, la más bien escasa resistencia opuesta al ascenso del fascismo. De manera que, en este sentido, hay que compartir el juicio, formulado por Angelo Tasca, de que «no es el fascismo el que ha vencido a la revolución sino la inconsistencia de la revolución la que provoca la expansión del fascismo». Pues, en efecto, la inconsciente amalgama de la demagogia maximalista, que se limitaba a asustar con palabras rimbombantes a la clase en el poder, y de la política reformista de colaboración de clases, que al perder el objetivo de la revolución sólo tenía como norte las concesiones a aquella misma clase, acabaron colaborando en indicar al enemigo el momento propicio para liquidar las organizaciones del movimiento obrero. Cuando la burguesía descubre que debajo de las frases no hay solidez revolucionaria ni programa, y que debajo del movimiento que pierde su meta sólo hay debilidad, convierte la contraofensiva económica en ofensiva política directa, para lo cual cuenta con dos aparatos, el legal y el ilegal, que juntos resultarían en aquella oportunidad invencibles.

Gramsci intuyó esa situación. La intuyó incluso mejor que otros comunistas y gracias a ello pudo llegar luego más lejos también que los demás en su reconsideración de los problemas de la revolución en occidente. Pero en su caso particular probablemente influyeron también otros factores que le ofuscaron la mirada. Podrían señalarse al menos dos que son complementarios. El primer lugar el peso vitalista de su formación de años anteriores que en ciertos momentos actuó como una rémora para la estimación adecuada de las realidades nuevas. Así se explica, por ejemplo, su apasionada defensa del futurismo —que fue uno de los componentes del primer fascismo— como visión «marxista» de la revolución cultural, de la lucha contra la vieja civilización, todavía en 1921; esto es, de un movimiento al que años más tarde él mismo juzgaría como propio de la pequeña burguesía.

Y en segundo lugar, su esquemática concepción productivista de los cambios ocurridos en la economía capitalista con el imperialismo y la guerra mundial, cambios que por lo general quedan reducidos en los artículos de Gramsci durante esos años a observar la sustitución del viejo capitán de empresa por las más sutiles maniobras del empresario vinculado a las finanzas. Esa debilidad en el análisis económico fue quizás una de las

razones que explican el error consistente en infravalorar la capacidad que un movimiento como el dirigido por Benito Mussolini podía tener a la hora de restablecer la productividad y de dominar las fuerzas productivas generadas por el capitalismo.

Gramsci fue a partir de 1924 el primer crítico de sí mismo al poner como tarea política central la necesidad de estudiar la sociedad capitalista italiana, de superar la ignorancia de la tradición socialista. Y con ello inauguraba uno de los méritos principales del PCI: el haber sabido ser el más conscientemente autocrítico de todos los partidos comunistas respecto de los errores de sectarismo de sus dirigentes (incluido Gramsci) en el período de 1921-1922.

Hegemonía y Estado en el período de entreguerras. El pensamiento político de Gramsci

JOAQUIM LLEIXA

Dos meses después de la primera insurrección espartaquista de enero de 1919 en Berlín, la izquierda comunista proclamó finalmente en Moscú la fundación de la III Internacional. En los documentos y manifiestos allí aprobados resonaba, por primera vez, un llamamiento a la realización de la *revolución mundial*. La madurez objetiva de la estructura burguesa del mundo define la *fase imperialista* y, con ella, se abre una época en la que el paso a una estructura y un orden social nuevos deviene actual. De ahí que el proletariado deba erigirse en sujeto político nuevo y autónomo y, por consiguiente, la cuestión del poder político y del Estado cobre el mayor relieve. Así, la *actualidad de la revolución* propugnada por Lenin no brota tanto, ni principalmente, de los horrores y la destrucción de la primera guerra mundial como del análisis del imperialismo en tanto que nueva fase, la *fase superior*, del desarrollo capitalista. Esta nueva perspectiva de revolución mundial, junto a la victoria de los revolucionarios rusos, impone a las vanguardias políticas e intelectuales de Europa aquel problema de la conquista y ejercicio del poder que ninguna de ellas había emplazado aún abiertamente en el centro de su lucha contra las fracciones de derecha de sus respectivos partidos. Gramsci participará de lleno en el curso de la nueva perspectiva. Y en el seno de ella reelaborará su pensamiento.¹

La actualidad de la revolución

1. Un momento significativo de aquella reelaboración surge cuando la estructura social y política nacional pasa a ser considerada como mera variante de una única estructura capitalista fundamentalmente idéntica. Ello hace posible la superación de

1. Véase Leonardo Paggi, *Gramsci e il moderno principe*, vol. I, Riuniti, 1970, pp. 269 y ss.

aquel juicio, en cierto modo común a la cultura italiana marxista y no marxista, acerca de Italia como país atrasado, destinado a recorrer todavía por un largo período el camino abierto por las grandes naciones europeas. La experiencia rusa permite relacionar la noción de atraso con el concepto de revolución, abriendo la perspectiva de un cambio social y político que transforme el país en un centro de irradiación de nuevas experiencias sociales. Es más, la progresiva inserción de la situación nacional en la crisis más general del capitalismo muestra que Italia forma parte ya del imperialismo como sistema mundial; ello induce a revisar el análisis de las condiciones objetivas de la revolución, que ahora hallará su fundamento específico en la teoría del desarrollo desigual del capitalismo. Desde esta apreciación, se entienden ciertos paralelismos: la Rusia de 1917 presentaba la imagen de una rápida descomposición de un Estado burgués, y Gramsci se esforzará en la búsqueda de aspectos correlativos en Italia, mediante el estudio, que ya le es familiar, de la debilidad del Estado unitario italiano surgido del *Risorgimento*.

Cuando en el verano de 1919 comienza a introducir en el movimiento socialista de Turín la nueva temática del consejo de fábrica, ha elaborado una nueva conclusión sobre el problema del poder: «L'essenziale fatto della rivoluzione russa è l'instaurazione di un tipo nuovo di Stato: lo Stato dei consigli. Ad esso deve rivolgersi la critica storica. Tutto il resto è contingenza...».² En realidad, el marxismo de la II Internacional había eludido el concepto teórico y político de Estado. Con el leninismo, por el contrario, el genérico radicalismo basado en la contraposición entre explotados y explotadores, que sitúa la revolución en una perspectiva etérea, resulta desplazado y la cuestión del poder y del Estado dan contenido al proceso. Togliatti subrayó la presencia de este aspecto nuclear en la investigación y en la acción política de Gramsci, quien seguiría así las trazas del pensamiento leniniano. La problemática configurada por la forma y los modos en que la clase obrera, en la nueva época abierta por el imperialismo, podía construir un nuevo Estado, esto es, constituirse concretamente como la fuerza capaz de agregar y dirigir la sociedad, «diventare Stato», sería, al decir de Togliatti, común a Lenin y Gramsci.³

Esa problemática, que late en toda la obra gramsciana incluidos los *Quaderni del carcere*, aparece ya plenamente en el artículo *Democrazia operaia*, con el que se abre en *L'Ordine Nuovo* la discusión sobre los consejos: «Come dominare le immense forze sociali che la guerra ha scatenato? Come discipli-

narle e dar loro una forma politica che contenga in sé la virtù di svilupparsi normalmente, di integrarsi continuamente fino a diventare l'ossatura dello Stato socialista nel quale si incarna la dittatura del proletariato? Come saldare il presente all'avvenire, soddisfacendo le urgenti necessità del presente e utilmente lavorando per creare e "anticipare" l'avvenire?».⁴ Así pues, el consejo es en primer lugar un nuevo instrumento de organización de masas en las condiciones de la inmediata postguerra. A título de ejemplo revelador, solamente la C. G. de L. pasa en esa época de 244.095 a 2.200.100 afiliados.⁵ En esta situación, el consejo representa ante todo la tentativa de crear un medio apto para una acción de masas que desborda el asociacionismo tradicional.

Su principal característica no es tanto la mayor garantía de «participación» que ofrece a las masas trabajadoras como la peculiar relación con el proceso productivo, en una nueva situación en que la aparición del capital financiero provoca, insiste Gramsci, la escisión entre producción y beneficio, la cual genera la posibilidad de que la fábrica se configure como ámbito de una posible acción política de la clase obrera.

El consejo, efectivamente, «anticipa» el futuro, el nuevo Estado, pero no desde un punto de vista jurídico. La nueva relación entre economía y política es la única premisa realista de un desarrollo del poder de la clase obrera, el cual no puede ser garantizado ni por el partido ni por el sindicato en tanto que organismos de tipo voluntario, basados esencialmente en la consciencia de sus miembros.⁶ La aparición de este nuevo organismo revela el inicio de un proceso político que abre un nuevo terreno de confrontación en el que el problema del poder se halla objetivamente cuestionado. De este modo, Gramsci definiendo el consejo como verdadera expresión estatal del proletariado y ve en él la garantía de ruptura revolucionaria. La creación del Estado de los consejos queda subordinada entonces a la creciente profundización de una conyuntura de dualismo de poder.

2. La participación de Gramsci en el complejo de ideas y convicciones de la izquierda comunista europea en la inmediata postguerra, y singularmente la perspectiva de la fundación de un Estado obrero nacional, provoca también la reelaboración de su patrimonio de conocimientos y posiciones acerca de la reciente historia de Italia. En efecto, en 1919-1920 propugna desde *L'Ordine Nuovo* una alianza entre obreros y campesinos que ya no puede considerarse inspirada en la tradición meri-

2. A. Gramsci, *Leninismo e marxismo di Rodolfo Mondolfo*. En *L'Ordine Nuovo, 1919-1920*, Einaudi, 5.ª ed., 1972, p. 374.
3. P. Togliatti, *Il leninismo nel pensiero e nell'azione di A. Gramsci y Gramsci e il leninismo*. En *Studi gramsciani*, Riuniti, 1958.

4. A. Gramsci, *Democrazia operaia*. En *L'Ordine Nuovo, 1919-1920*, op. cit., p. 10.
5. Citado por L. Paggi, op. cit., p. 257.
6. L. Paggi, op. cit., p. 259 y ss.

dionalista italiana. Esa alianza hay que referirla al concepto de dictadura del proletariado —hasta entonces de significación prepolítica para él—, que se especifica ahora en un examen de las fuerzas sociales que pueden sustentar una nueva forma de poder.

Apoyándose en análisis efectuados precedentemente y en los resultados del pensamiento meridionalista, Gramsci examina de nuevo el predominio de la burguesía industrial del norte de Italia en el proceso de unificación del Estado italiano y la situación de profundo atraso impuesto por aquella al campo, dominado aún por una propiedad de tipo feudal. El verdadero talón de Aquiles del Estado liberal y la raíz de sus métodos autoritarios de gobierno radicaban, tras ese examen, en la insuficiente política agraria de la burguesía industrial italiana. Ciertamente, el problema meridional, de acuerdo con la tesis de Gaetano Salvemini —el último gran representante del meridionalismo— era un problema de propiedad de la tierra. Pero en el Gramsci de 1919-1920, la solución no se agota en la división del latifundio sino que se inscribe de hecho en el cuadro más general de la reconstrucción del aparato productivo del país bajo la dirección de una nueva clase. Solamente el Estado obrero puede ya garantizar la solución del problema campesino. Por consiguiente, la cuestión meridional deviene una forma particular de la estrategia obrera para la conquista del poder. También aquí es visible la influencia del bolchevismo. El Lenin dirigente obrero en la revolución democrática rusa había puesto en el centro de su análisis, y elaborado por primera vez, la idea de hegemonía del proletariado, la cual en términos históricos significaba lograr la alianza del campesinado pobre. En la práctica de la revolución, el proletariado guía a sus aliados.

En los años sucesivos, el análisis gramsciano de la cuestión meridional se enriquecerá notablemente, pero conservará los resultados adquiridos en 1919-1920. Seis años más tarde en *Alcuni temi della questione meridionale*, Gramsci atribuirá a los comunistas turineses de *L'Ordine Nuovo* el mérito de haber superado la forma «indistinta» e «intelectualista»⁷ de abordar esa problemática. Leonardo Paggi concluye⁸ que el concepto de alianza de clase, con toda probabilidad sugerido por la experiencia soviética y en todo caso ajeno a la tradición socialista italiana, juega un papel nuclear en dicha superación.

7. A. Gramsci, *Alcuni temi della questione meridionale*. En *La costruzione del partido comunista, 1923-1926*, Einaudi, 3.ª ed., 1971, p. 139.

8. L. Paggi, *op. cit.*, p. 298.

Las formas de aproximación a la revolución proletaria en Occidente

Gramsci resultaría sorprendido por la precocidad con que se manifestó la reacción italiana. En la alternativa entre revolución y reacción que había planteado en los primeros meses de 1920 se patentizaba su consciencia de la dramaticidad de la lucha por el poder, pero en absoluto la previsión de los acontecimientos políticos de tan sólo seis meses más tarde, cuando la ocupación de las fábricas aceleraría de forma extraordinaria un enfrentamiento, probablemente inevitable, para el que el movimiento revolucionario no estaba aún maduro. La crisis de orientación política que cristalizará en este momento no debe ser fundamentalmente referida al ordinovismo en cuanto tal sino a la perspectiva de revolución mundial que subyace en él.

1. La Internacional Comunista nació en 1919 con la esperanza de la victoria de la revolución socialista en una serie de países en los años sucesivos. Esta esperanza presuponía un rápido fin del reformismo en el movimiento obrero. Sin embargo, la *Carta abierta*⁹ del partido alemán en enero de 1921 empezó a tomar en cuenta el reflujo de la oleada revolucionaria, la relativa vitalidad del capitalismo y del reformismo. El III Congreso de la I.C. significaría un incipiente y sumamente dificultoso viraje en cuanto dio paso a una nueva línea política, que denominada poco después de *Frente Unico*, se proponía en primer lugar el logro de la dirección de la mayoría de la clase obrera. Esta nueva política, que implicaba cierta unidad de acción con las organizaciones reformistas, tuvo su conclusión lógica y necesaria en 1922 y 1923 en la táctica de *gobierno obrero y campesino*, la cual no correspondía a una nueva fase real de la lucha por el poder, ya que la solución revolucionaria del problema del Estado no podía darse sino bajo la forma de dictadura del proletariado. Con estas nuevas propuestas se proseguía la búsqueda de formas nuevas de acceso a la revolución socialista, búsqueda a la que Lenin incitaba ya en abril de 1920 en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. Antes incluso, en marzo de 1918, en el *Informe sobre la guerra y sobre la paz*, Lenin había advertido que «comenzar sin ninguna preparación la revolución en un país en el que el capitalismo se ha desarrollado y en el que hasta el último ciudadano ha adquirido una cultura y un método democrático de organización, sería un desacierto, es absurdo...»; «...la revolución no llegará tan pronto como esperábamos...»; «...la revolución socialista en los países avanzados no puede empezar tan fácilmente como en Rusia...».¹⁰ Es el mismo Lenin que

9. Carta de 7 de enero de 1921 del organismo directivo de la K.P.D. a los restantes partidos y sindicatos obreros alemanes, instando a la acción común por las reivindicaciones económicas y políticas de los trabajadores.

10. V. Lenin, *Obras Escogidas*, t. V, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1965, p. 77.

en 1922, desde la tribuna del IV Congreso de la I.C., insta a «estudiar», «y además empezando desde el principio», a asimilar el contenido universal de la revolución rusa y profundizar el conocimiento de las distintas realidades nacionales, pues «lo más importante del período que comienza es el estudio».¹¹ Gramsci, dirigente de la I.C., dedicará su esfuerzo entre 1923 y 1926 a la introducción y desarrollo de la nueva política comunista en Italia y a dar nuevos pasos en el «reconocimiento del terreno» nacional italiano.¹²

Pocos meses después de que Zinoviev presentara la política de gobierno obrero y campesino,¹³ Gramsci escribía en la carta de septiembre de 1923, con motivo de la fundación de *L'Unità*: «...nosotros debemos dar importancia especialmente a la cuestión meridional, esto es, a la cuestión en la que el problema de la relación entre obreros y campesinos se plantea no sólo como un problema de relaciones de clase, sino también y especialmente como un problema territorial, o sea, como uno de los aspectos de la cuestión nacional».¹⁴ La fecundidad de esta concreción nacional de la táctica de frente único será notable, hasta el punto que Hajek afirmará¹⁵ que la concepción gramsciana del gobierno obrero y campesino —en la que se fundamentará la consigna de «República federal de obreros y campesinos»— fue la aportación más relevante en la discusión que precedió el V Congreso de la I.C. A decir verdad, el Comintern prestó una atención preferente a la unidad de acción de la clase obrera, y mostró tan sólo un interés relativo por el problema de los aliados de ésta. Sin duda, ello reflejaba las concepciones de la época acerca de las formas y el ritmo de la revolución. Todo lo cual viene a subrayar la originalidad del impulso que mueve a Gramsci, impulso que probablemente hunde sus raíces en la reciente historia italiana y en el proceso de fascistización de esta sociedad.

2. Lenin pudo elaborar el concepto de hegemonía en cuanto había sabido formular un juicio histórico concreto acerca de la burguesía en la formación económico-social rusa y acerca del modo en que aquella clase había ido formándose. De todo ello resultaba una burguesía inconsecuentemente democrática y pactista, y por eso el proletariado debía participar del modo más enérgico y resuelto posible en la revolución democrático-burguesa, con el fin precisamente de disputar, aun cuando su desarrollo social como proletariado fuese todavía escaso, la

11. V. Lenin, *Perspectivas de la revolución mundial a los cinco años de la revolución rusa*. En *Obras Escogidas*, op. cit., t. VI, pp. 454-455.

12. Véase Hobsbawm, *Una pietra angolare del marxismo. Dall'Italia all'Europa in Rinascita (Il Contemporaneo)*, núm. 30, de 25 de julio de 1975.

13. Informe presentado en la reunión del Comité Ejecutivo ampliado del Comintern de junio de 1923.

14. Citada por Milos Hajek, *Storia dell'Internazionale comunista (1921-1935)*, Feltrinelli, 1969, p. 95.

15. M. Hajek, op. cit., pp. 95 y ss.

dirección de la misma a la propia burguesía liberal. Pero no sólo en la revolución democrático-burguesa se plantea la hegemonía del proletariado. Así, en 1915-1916 Lenin propugna la fusión de la lucha de liberación nacional con la perspectiva socialista en las condiciones del imperialismo. Y en sus Tesis de abril, de 1917, defiende el paso a la dictadura del proletariado para hacer posible la hegemonía de éste en la configuración de fuerzas posterior a febrero.¹⁶ En todos los casos, la hegemonía del proletariado, su capacidad dirigente, se plasma, desde el punto de vista político, en la realización de determinadas alianzas. La propia dictadura del proletariado es la dirección de un determinado tipo de alianzas. Para Lenin, el proletariado que se ha organizado estatalmente es *dirigente* respecto de sus aliados y *dominante* respecto de las fuerzas políticas y sociales adversas. Gramsci manifiesta siempre el mayor interés en subrayar el carácter medular del concepto de hegemonía en el pensamiento y en la acción leninianos, precisamente para vincularse con esta tradición. A este respecto, en 1926 escribe: «I comunisti torinesi si erano posti concretamente la questione dell'*egemonia del proletariato*, cioè della base sociale della dittatura proletaria e dello Stato operaio». Y añade, recogiendo en forma articulada la concepción leniniana: «Il proletariato può diventare classe dirigente e dominante nella misura in cui riesce a creare un sistema di alleanze di classi che gli permetta di mobilitare contro il capitalismo e lo Stato borghese la maggioranza della popolazione lavoratrice, ciò che significa, in Italia, nei reali rapporti di classe esistenti in Italia, nella misura in cui riesce a ottenere il consenso delle larghe masse contadine».¹⁷

A esta altura del discurso, Gramsci enuncia un criterio metodológico que, en su opinión, es fundamental. Se trata de pasar de la táctica de frente único en el plano general e internacional a la consideración de los problemas específicos de la vida nacional. Y ello porque la relación debe establecerse con fuerzas populares históricamente determinadas. Dicho sea brevemente, este criterio revela desde esta óptica la *línea de masa* implícita en la teoría de la hegemonía, puesto que la identificación de la especificidad y el análisis concreto han de hacer posible la elaboración de objetivos políticos intermedios, la relación efectiva con las masas y su movilización.¹⁸ Por eso, no será justo en Italia —como no lo es en ningún país capitalista— plantear la cuestión campesina en general. Debe partirse, por el contrario, de sus formas históricamente configuradas, a saber: la cuestión meridional y, puesto que la Iglesia cató-

16. Véase Luciano Gruppi, *Il concetto di egemonia in Gramsci*, Riuniti - Istituto Gramsci, 1972, pp. 60 y ss.

17. A. Gramsci, *Alcuni temi della questione meridionale*, op. cit., pp. 139-140.

18. Este punto de vista es uno de los elementos vertebradores del discurso de Giuseppe Vacca en su *Saggio su Togliatti e la tradizione comunista*, De Donato, Bari, 1974, pp. 78-136.

lica tiene una singular influencia en la mayoría del campesinado, la cuestión vaticana. Por consiguiente, para conquistar la mayoría del campesinado, será preciso comprender sus exigencias de clase, incorporarlas al programa revolucionario de transición, y asumirlas en la lucha reivindicativa cotidiana; en otro plano, será preciso proveer un equilibrio entre el Estado socialista y el Vaticano.

En la concepción de la hegemonía, en Lenin y en Gramsci, ocupa un lugar esencial el *partido revolucionario*. Quisiera ahora destacar solamente un aspecto del mismo. En el informe al C.C. de mayo de 1925¹⁹ se pregunta Gramsci: «...qué acción política real debe realizar el partido... para determinar la coalición de todas las fuerzas anticapitalistas guiadas por el proletariado en una situación dada a fin de derrocar el capitalismo...». En el período ordinovista, y hasta 1923, el partido representó ciertamente la voluntad de creación de un nuevo Estado. Pero ésta era una afirmación de principio. Hacía falta la «táctica».²⁰ La formulación de la pregunta en el mencionado informe muestra, por el contrario, hasta qué punto la «táctica» está ya en el centro de la preocupación de Gramsci, que en ese momento está dirigiendo efectivamente el P.C. de Italia. En este orden, y desde la crisis ocasionada por el asesinato de Matteotti, Gramsci madura una concepción de la *iniciativa política* del partido revolucionario que halla su raíz en la experiencia leninista. La iniciativa política, acción política real que incide en el centro de gravedad de una correlación de fuerzas políticas dada, tiene como referencia particular la efectiva situación de las masas y hace posible la línea de masa del partido.²¹

3. En la Europa de esos años —excepción hecha de Italia—, la relación de fuerzas en el seno del movimiento obrero evolucionaba de modo favorable al reformismo. Sin embargo, hasta la primavera de 1925 la I.C. no reconoció la «estabilización relativa», estabilización con carácter transitorio, del capitalismo. Y, como concluye Humbert-Droz, «...per anni le analisi dell'Internazionale e le sue tesi avrebbero parlato della "vacillante stabilità del capitalismo" continuando a sperare in una nuova fase di lotta del movimento operaio simile a quella degli anni 1917-1920».²² Las limitaciones de la política de frente único guardaban relación, obviamente, con esa dificultad para valorar de modo justo la situación. Gramsci, por el contrario,

19. Citado por M. Hajek, *op. cit.*, pp. 134-135.

20. L. Paggi, *op. cit.*, p. 327.

21. Franco Calamandrei, *L'iniziativa politica del partito rivoluzionario da Lenin a Gramsci e Togliatti*, en *Critica Marxista*, núm. 4-5, 1967, pp. 67-103. También, Emilio Sereni, *Blocco storico e iniziativa politica nell'elaborazione gramsciana e nella politica del P.C.I.*, en *Critica Marxista*, Quaderni n.º 5, cincuentésimo del P.C.I.

22. J. Humbert-Droz, *Il contrasto tra l'Internazionale e il P.C.I., 1922-1928*, Feltrinelli, 1969, p. 25.

se halló situado durante estos años entre quienes —«pesimismo de la inteligencia»— eran especialmente sensibles a la especificidad de la revolución socialista en Europa y a las vicisitudes de su avance. Ya en julio de 1920, tras el fracaso de la revolución húngara, había advertido que «...después de la rusa, todas las demás revoluciones en dos etapas han fracasado...».²³ En febrero de 1924, empeñado en la reconstrucción del partido, subrayaba que en Europa occidental, a diferencia de lo sucedido en Rusia, la acción de las masas es «más lenta y más prudente» como consecuencia de las superestructuras políticas creadas por el mayor desarrollo del capitalismo, el cual ha originado, además, «la aristocracia obrera con sus anejos de burocracia sindical y de grupos socialdemócratas».²⁴ Y en agosto de 1926, en una formulación que, ahora sí, va más allá del discurso de Lenin y de las argumentaciones usuales en los medios de la I.C., afirma: «en los países capitalistas avanzados la clase dominante posee toda una serie de reservas políticas y organizativas que no poseía en Rusia. Esto quiere decir que ni siquiera las crisis económicas más graves tienen inmediatas repercusiones en el campo político. La política siempre está retrasada y muy retrasada respecto del momento económico...»,²⁵ de modo que, en la crisis, el aparato estatal resiste y logra organizar fuerzas de apoyo imprevistas. Tampoco en la URSS la revolución avanza satisfactoriamente.

En una conocida carta²⁶ al C.C. del P.C. (bolchevique), Gramsci advierte sobre los peligros que conlleva la agudización de las diferencias entre la mayoría y la oposición en el seno de la dirección del partido, organizando su razonamiento con referencia al «principio y la práctica de la hegemonía del proletariado» que resultaban, aunque de modo distinto, cuestionados por unos y otros, en una fase en que la clase políticamente dominante no era aún económicamente dominante.

En los *Quaderni del carcere* —al igual que en Lenin y en el Gramsci de esos años de acción política— la problemática de la hegemonía seguirá abarcando tanto al proletariado que aún no ha tomado el poder y ejerce la función dirigente respecto de sus aliados, como al proletariado ya organizado en Estado. La profundización de dicha problemática, en Oriente y Occidente, constituirá el principal hilo conductor que anuda el polifacético discurso de los *Quaderni*.

23. A. Gramsci, *Due rivoluzioni*. En *L'Ordine Nuovo, 1919-1920*, *op. cit.*, p. 139.

24. A. Gramsci, Carta a Togliatti, Terracini y otros (9-2-1924). En *Antología de Gramsci*, a cargo de Manuel Sacristán, Siglo XXI, 1970, p. 146.

25. Citado por E. Ragionieri, *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, selección de artículos por Francisco Fernández Buey, E. Grijalbo, 1971, p. 207.

26. A. Gramsci, Carta al C.C. del P.C. (bolchevique) de la Unión Soviética (14-10-1926), en *Antología*, *op. cit.*, pp. 200-207.

¿Una nueva restauración?

Discurriendo acerca de las interpretaciones de la crisis de 1929, se pregunta Gramsci: «Quando è cominciata la crisi?», puesto que ésta no es un acontecimiento, sino un proceso complejo, sin causa única, originado en el modo de producción y de cambio, con manifestaciones políticas, económicas e ideológicas que de hecho son difícilmente discernibles. Así, los acontecimientos del otoño de 1929 (el *crack* de la Bolsa de New York y sus secuelas) no son sino una manifestación clamorosa de un mismo proceso crítico. En realidad, «tutto il dopoguerra è crisi, con tentativi di ovviarla, che volta a volta hanno fortuna in questo o quel paese...».²⁷ La propia guerra mundial es una manifestación de ella. Una manifestación, por otra parte, decisiva en cuanto representa una «frattura storica» que modifica «la struttura generale del processo precedente».²⁸ En la determinación de esta fractura han intervenido una serie de factores, que se acumulaban «molecolarmente» antes de 1914, entre los que Gramsci destaca la constitución de una nueva fuerza social —el proletariado— con un peso ya no desdeñable y con una incidencia en la organización liberal-democrática del Estado y en la organización industrial. Desde esta óptica, la crisis consiste según él «nel fatto che il vecchio muore e il nuovo non può nascere»,²⁹ esto es, la existencia de un bloque histórico burgués en crisis, pero coincidente con una hegemonía proletaria aún incapaz de desarrollarse. Este diagnóstico que va afirmándose tras el cambio de perspectiva política subsiguiente al período 1917-1921, y que en todo caso es ya una convicción firme en su época carcelaria, le empuja asimismo a un cambio de perspectiva teórica.³⁰

1. En su continuado esfuerzo por leer a través de la coyuntura y captar el verdadero proceso político en curso, Gramsci va articulando fatigosamente, y a lo largo de los *Quaderni del carcere*, el concepto de *revolución pasiva*,³¹ uno de los exponentes del mencionado cambio de perspectiva teórica.

La revolución pasiva es una de las formas que puede tomar el desarrollo político en una época de complejas mutaciones históricas. El *Risorgimento* italiano —y aquí Gramsci prosigue su

27. A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, edición crítica del Instituto Gramsci, a cargo de Valentino Gerratana; Einaudi Ed., Torino, 1975, pp. 1755-1757. En lo sucesivo, esta edición se citará mediante una Q.

28. O., p. 1824.

29. O., p. 311.

30. Véase Leonardo Paggi, *La teoria generale del marxismo in Gramsci*; en AA.VV., *Storia del marxismo contemporaneo*, a cargo de Aldo Zanardo, Feltrinelli, Milano, 1974 (vol. XV de los *Annali Feltrinelli*, 1973), p. 1357.

31. Ernesto Ragionieri llamó la atención acerca del carácter medular de ese concepto. Véase su trabajo en *Attualità del pensiero politico di Gramsci*, op. cit., pp. 212-220. Entre los trabajos recientes que recogen este punto de vista, puede notarse: Franco de Felice, «Una chiave di lettura» in «Americanismo e Fordismo», en *Rinascita*, 27 de octubre de 1972, número de *Il Contemporaneo* dedicado al fascismo. Y también Christine Buci-Glucksmann, *Gramsci et l'Etat*, Fayard, Paris, 1975, pp. 355-370.

reflexión política, como hace a menudo, ejemplificándola históricamente³²— fue un proceso de este tipo. El pequeño Estado norteño del Piemonte hizo las veces de una clase dirigente en el proceso de creación del moderno Estado nacional italiano, puesto que los grupos locales de la hipotética clase dirigente aspiraron tan sólo a *dominar*, a hacer valer de forma inmediata sus intereses. Así, la hegemonía de estos grupos alcanzó al conjunto de la propia clase social, pero no se extendió a otras fuerzas sociales (campesinado fundamentalmente). De ahí la imposibilidad de potenciar el movimiento, de radicalizarlo según el modelo *jacobino*. Ahora bien, en el seno de la propia burguesía, los moderados³³ sí ejercieron su capacidad *dirigente* —de orden político, intelectual y moral— respecto del Partido de Acción,³⁴ que en cierto modo representaba la tendencia jacobina. Y esta hegemonía de los moderados se manifestaba en el *transformismo*, esto es, en la gradual absorción mediante métodos diversos, en el Parlamento y en la vida social, de los elementos activos de los grupos aliados e incluso de los enemigos (que resultaron así decapitados por largo tiempo) en el seno de la clase dirigente de la vida estatal italiana desde 1848. Ese análisis del *Risorgimento* explica, en opinión de Gramsci, la ausencia de una verdadera iniciativa popular en la reciente historia italiana. Explica también las *restauraciones* alentadas por la clase dominante, que constituyen una reacción frente al «sovversivismo» esporádico y desorganizado de las masas populares, que recoge en cierto modo parte de las exigencias de éstas. En suma, «rivoluzione-restaurazione», o revoluciones pasivas. En realidad, el *Risorgimento* fue una modalidad de un fenómeno más general. Efectivamente, la gran revolución francesa de 1789 se extendió por Europa, pero no provocó el hundimiento inmediato de los antiguos regímenes sino más bien una «corrosión reformista», que duró hasta 1870. De modo que, la *Restauración* ofreció un marco flexible de lucha de clases que permitió a la burguesía alcanzar el poder sin rupturas, mediante pequeños movimientos de tipo reformista, constituidos por una combinación de intervenciones desde arriba por parte de las monarquías, guerras nacionales y, en menor medida, luchas sociales. Así, se consiguió salvar la posición política y económica de la vieja clase feudal, evitar la reforma agraria y, singularmente, impedir que las masas populares efectuaran experiencias políticas como las francesas de 1831 y 1848.

32. En el seno de las principales categorías de Gramsci —hegemonía, bloque histórico, guerra de posiciones, etc.— se da una conexión esencial entre el análisis histórico y la teoría política, de modo que no existe en su obra aquella separación metodológica entre política y cultura tan frecuente en el movimiento obrero.

33. Grupo dirigente de la unificación italiana, cuya principal figura era Cavour.

34. Partidario de una unificación republicana del país, con contenidos sociales más avanzados (Mazzini y Garibaldi).

2. En la crisis de entreguerras, el concepto de revolución pasiva aparece como el principal criterio de interpretación de los diversos desarrollos de la sociedad capitalista, que —desde el *New Deal* hasta el fascismo— serán considerados nuevas modalidades de revolución pasiva. A este respecto, De Giovanni ha afirmado recientemente que el discurso teórico de Gramsci desde 1929 es cualitativamente nuevo, ya que en este momento, en el curso de la «gran crisis», se inicia el proceso de reestructuración del dominio del capital en el mundo entero, esto es, un proceso de «revolución desde arriba» ante la larga, y fallida, fase revolucionaria de los años 20. La nueva relación economía-política y los subsiguientes cambios en la relación Estado-masas configurarían una distinta «morfología de la política» que Gramsci captaría en profundidad en sus *Quaderni*.³⁵

En todo caso, el *americanismo* y el *fordismo* constituyen un tema principal en los *Quaderni*, cuya primera reflexión sobre el tema, ya desde el primer cuaderno, se inicia con la siguiente pregunta: «L'americanismo può essere una fase intermedia dell'attuale crisi storica? La concentrazione plutocratica può determinare una nuova fase dell'industrialismo europeo sul modello dell'industria americana? Il tentativo probabilmente sarà fatto (razionalizzazione, sistema Bedaux, taylorismo, ecc). Ma può riuscire?».³⁶ Y prosiguiendo con estas preocupaciones, repetidamente se preguntará hasta qué punto el Estado, desde el exterior del proceso productivo, puede inducir el desarrollo del mismo.³⁷ En cualquier caso, el americanismo es interpretado como una contratendencia a la ley marxiana de la caída tendencial de la tasa de beneficio. Pero también como un esfuerzo, de una envergadura inédita, dirigido claramente a la creación de un nuevo tipo de trabajador y de hombre.³⁸ Gramsci percibe que la problemática del americanismo y el fordismo se inscribe en el paso del viejo «individualismo económico» a la «economía programática».³⁹ Y los cambios acaecidos en la configuración de las masas, en las relaciones entre gobernantes y gobernados, a iniciativa de los primeros y en una época de crisis radical, permiten calificar el americanismo como una moderna revolución pasiva. Aquí, Gramsci formula de nuevo su pregunta: ¿Puede abrirse en Europa una nueva

35. Biagio de Giovanni, *Lenin, Gramsci e la base teorica del pluralismo*, en *Critica Marxista*, núms. 3-4, mayo-agosto de 1976, pp. 29-53. El mismo autor expone un planteamiento semejante en *La teoria politica delle classi nel "Capital"*, De Donato, Bari, 1976, pp. 307-311, donde el «ritorno a Marx» de Gramsci le permite formular la sugerencia de una lectura de los *Quaderni* desde el punto de vista de la teoría de la reproducción y de sus peculiaridades en el capitalismo tardío. Similar orientación se encuentra en Giacomo Marramao, *Teoria del crollo e capitalismo organizzato nei dibattiti del "estremismo storico"*, en AA.VV., *Lenin e il leninismo*, Franco Angeli Ed., 1977, p. 94-95, donde se apunta la complementariedad de los análisis de Gramsci y Grossmann en relación con el «mecanismo único del capitalismo contemporáneo».

36. Q., p. 70.

37. Q., p. 2140.

38. Q., p. 2165.

39. Q., p. 2139.

fase de restauración, de revolución pasiva, como consecuencia de la aparición de las «economías programáticas»? ⁴⁰

3. El concepto de revolución pasiva hace posible también un análisis del fascismo, netamente original, al parecer, en el ámbito del movimiento obrero de entreguerras. Pocas veces el fascismo aparece explícitamente en los *Quaderni* como objeto de análisis. Ello es debido a que Gramsci se sitúa en un horizonte histórico-social bastante más amplio y de mayor densidad teórica. Así, el fascismo es considerado como una forma particular de reacción burguesa,⁴¹ una forma política (destinada a no hacer «época») de un dominio social que hunde sus raíces en las zonas profundas de la sociedad y la historia italianas y de la que debe dar cuenta «el reconocimiento del terreno nacional» y el análisis de la correlación de fuerzas en la conjuntura dada, pero que es definible y teóricamente integrable en la crisis general de la postguerra. Este fascismo, que ha introducido la «economía corporativa», no puede convertirse, en su opinión, en una forma italiana de americanismo. La distinta configuración de las clases y los grupos sociales en Italia (con una notable presencia de parasitismo) y el distinto tipo de Estado (que debería ser liberal, en el sentido de la libre iniciativa y el individualismo civil, económico), así como la política económica de éste, lo impiden. Sin embargo, ¿no es el fascismo heredero, en cierto modo, del liberalismo moderado? ¿no representa, hasta cierto punto, una prolongación de la tendencia histórica de la clase dominante italiana a la revolución pasiva? De ahí que Gramsci formule la siguiente hipótesis «ideológica»: «si avrebbe una rivoluzione passiva nel fatto che per l'intervento legislativo dello Stato e attraverso l'organizzazione corporativa, nella struttura economica del paese verrebbero introdotte modificazioni più o meno profonde per accentuare l'elemento 'piano di produzione'» ... «Nel quadro concreto dei rapporti sociali italiani questa potrebbe essere l'unica soluzione per sviluppare le forze produttive dell'industria sotto la direzione delle classi dirigenti tradizionali, in concorrenza con le più avanzate formazioni industriali».⁴² E independientemente del grado de realización de este esquema,⁴³ importa subrayar el efecto político e ideológico de esta perspectiva en cuanto que abre un «período de espera y esperanza», especialmente en la gran masa de pequeña burguesía urbana y rural, de modo que aquélla coadyuva al mantenimiento del

40. Q., p. 1358.

41. Véase Athos Lisa, *Memorie. In carcere con Gramsci*, Feltrinelli, Milano, 1973, p. 91.

42. Q., p. 1228.

43. En las interpretaciones del pensamiento gramsciano, es frecuente la presentación del fenómeno fascista como simple «cesarismo» moderno de tipo regresivo, originado en un equilibrio catastrófico de fuerzas —con perspectiva de destrucción mutua—. Se omite, entonces, la revolución pasiva que origina el fascismo. Este es el caso de Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, Siglo XXI, México, 1971.

sistema hegemónico y el mecanismo de poder militar y civil de la clase dirigente tradicional.

En suma, el fascismo es considerado como variante italiana de una tendencia general de las clases dominantes, ante la crisis abierta con la guerra y la revolución, a alentar regímenes políticos de tipo nuevo, abiertamente reaccionarios, conformados para integrar en lo económico-corporativo a las grandes masas, desorganizándolas y propiciando su pasividad. Gramsci disienta frontalmente del punto de vista de la Internacional sobre la crisis económica y sus efectos, y, lejos de cualquier concepción «catastrofista», en este respecto del fascismo, tendía a subrayar el carácter de adecuación y transformación interna que la política económica fascista había sabido derivar de la crisis.

4. La revolución pasiva es un objetivo político para los que, al igual que los moderados italianos del *Risorgimento*,⁴⁴ se caracterizan por su hegemonía alicorta sobre otras fuerzas sociales, por el pánico que ésta induce ante todo movimiento jacobino, es decir, ante toda intervención activa de las grandes masas populares como factor de progreso histórico.

En realidad, el proceso de revolución pasiva en su conjunto es fruto de la correlación de fuerzas históricamente dada.⁴⁵ Profundo antimecanicismo y profundo antifatalismo, pues, el de Gramsci. Hasta el punto que, ya en un plano teórico general, su concepción de la dialéctica le lleva a considerar el concepto de revolución pasiva como el corolario del prefacio a la *Introducción a la crítica de la economía política* de Marx, por cuanto afirma que aquél «deve essere dedotto rigorosamente dai due principii fondamentali di scienza politica: 1) che nessuna formazione sociale scompaie fino a quando le forze produttive che si sono sviluppate in essa trovano ancora posto per un loro ulteriore movimento progressivo; 2) che la società non si pone compiti per la cui soluzione non siano già state covate le condizioni necessarie ecc.». Ambos principios «devono essere riportati alla descrizione dei tre momenti fondamentali in cui può distinguersi una 'situazione' o un equilibrio di forze»,⁴⁶ poniendo el énfasis en el momento político y, singularmente, en el político-militar.

La hegemonía...

El proceso de revolución pasiva entraña, por así decir, una estrategia de repliegue de las clases dominantes ante la crisis

44. Q., p. 1767.

45. Véase Gramsci, *Análisis de las situaciones. Correlaciones de fuerzas*, en *Antología* citada, pp. 409-419.

46. Q., p. 1774.

orgánica abierta con la primera guerra mundial. Y es la expresión de su incapacidad de verdadera hegemonía. Pero es también un proceso posible en cuanto la correlación de fuerzas está determinada asimismo por la insuficiente hegemonía del proletariado. ¿Qué entiende Gramsci por *hegemonía*? Pregunta tanto más relevante cuanto que la concepción que de ella elabora en los *Quaderni* no representa ya una mera profundización de Lenin. La acción de una clase o grupo social sobre otra u otros grupos es hegemónica si se ejerce bajo la forma de *dirección intelectual y moral* y no bajo la forma de *dominio*. La hegemonía, distinta del dominio directo, se manifiesta así en el *consenso* «espontáneo» que esos grupos otorgan a la *dirección* del grupo social hegemónico. La capacidad hegemónica nace de la fuerza económico-social unida a un hecho de orden intelectual y moral, pero su elemento específico radica en esto último, es decir, en el influjo cultural y educativo del grupo hegemónico. El ejercicio del poder —en determinadas fases del desarrollo histórico— está caracterizado por esta dialéctica, y, entonces, ambos momentos representan dos realidades parciales, combinadas en la totalidad social y política. En el proceso de formación del Estado unitario nacional de Italia, la relación entre los grupos burgueses dirigentes y las masas populares (sobre todo campesinas) fue de puro dominio, y por tanto constituyó un fenómeno de *dictadura*, sin hegemonía, hecho éste que en opinión de Gramsci está en la base de la historia contemporánea italiana y en la base de la revolución pasiva que en ella ha tenido lugar.

En la *fase económico-corporativa*, la clase o grupo social manifiesta sus intereses de forma inmediata y particularista. Que el grupo se plantee la defensa de estos intereses «sórdidamente judaicos», como decía el joven Marx, mediante cambios legislativos en el seno de un marco estatal, dado no indica en absoluto que haya superado el campo meramente económico. En cambio, la fase propiamente política,⁴⁷ aquella en la que aparece la hegemonía, presupone que una clase fundamental toma en consideración los intereses y tendencias de los grupos por ella dirigidos, realizando compromisos —que no afecten a lo esencial—, logrando equilibrios y aceptando sacrificios de orden económico-corporativo. Estableciendo esta relación política con estos grupos, da paso a un ámbito que tiende a ser «universal» y la unidad que entonces se hace posible es de orden no ya económico sino «intelectual y moral». Dicha tendencia de la hegemonía a la totalidad, así como su necesaria expresión en el consenso «espontáneo» de los grupos subalternos, explica el carácter ético que reviste. Sin embargo, la hegemonía

47. Gramsci remite a *Miseria de la filosofía* de Marx, donde éste nota que el mantenimiento de la organización sindical reviste, llegado a cierto punto, un carácter «político» y la clase es «para sí». Asimismo, es obligado recordar cómo Lenin fustiga, en su *Qué hacer*, la orientación «tradeunionista».

es ético-política, pero también es económica, «non può non avere il suo fondamento nella funzione decisiva che il gruppo dirigente esercita nel nucleo decisivo dell'attività económica».⁴⁸

El paso de la estructura a la superestructura que de este modo se produce viene protagonizado por los *intelectuales* —y más precisamente por los *intelectuales orgánicos* respecto de la clase en cuestión— quienes realizan un cometido organizativo, en sentido amplio y no formal, en el ámbito de la producción, de la cultura y en el político-administrativo. La función del estrato social que así se origina, profundamente ligado a la división social del trabajo que impulsa cada clase dirigente, es vital porque define la trama de las relaciones de hegemonía. En todo caso, los diversos grupos de intelectuales convergen hacia la clase dirigente, capaz de «transformare in forza politica il fondamento economico delle attività soprastrutturali specifiche dell'egemonia».⁴⁹ Así, las acciones e iniciativas políticas e intelectuales son finalmente una expresión orgánica de lo económico, mejor aún, «la sola espressione efficiente dell'economia».⁵⁰ La acción hegemónica de la clase dirigente tiende a la *asimilación* de los restantes grupos sociales, y propicia así la unificación interna del pueblo-nación, de los intelectuales con las masas, de dominados y dominadores. La asimilación eleva a la vida cultural y política a los grupos sociales que permanecían «pasivos».

Sin embargo, cuando la función progresiva de la clase hegemónica languidece, la unidad política entre dirigentes y dirigidos se quiebra, y la fuerza ocupa el espacio de un consenso que tiende a diluirse. En suma, la regresión a la fase económico-corporativa que entonces se produce está aparejada al ejercicio de la fuerza. La fase económico-corporativa se presenta también como característica de los grupos subalternos. Justamente en este terreno expone Gramsci la crítica radical del sindicalismo teórico, y concretamente del pensamiento de Sorel a este respecto. El sindicalismo teórico, incapaz de una acción política, se apoya en una espontaneidad elemental de las masas que de por sí tiende a disgregarlas. Y en la medida que renuncia a la transformación de las propias masas, el sindicalismo teórico es expresión no de la autonomía de éstas sino de su posición pasiva y subalterna. Finalmente, la tercera modalidad de existencia de la fase económico-corporativa se refiere al período subsiguiente a la toma del poder político por una clase progresiva. La polivalencia de este concepto permitirá a Gramsci reformular su diagnóstico sobre la crisis abierta con la guerra mundial: «I raggruppamenti sociali regressivi e conservativi si riducono sempre piú alla loro fase iniziale economico-corporativa, mentre i raggruppamenti progressivi e in-

48. Q., p. 1591.

49. Giorgio Nardone, *Il pensiero di Gramsci*, De Donato, Bari, 1971, p. 128.

50. Q., p. 1591.

novatori si trovano ancora nella fase iniziale appunto economico-corporativa».⁵¹

Cuando Gramsci elabora estas posiciones teóricas tiene ante sus ojos la etapa histórica abierta con las revoluciones burguesas. El Estado feudal, organizado sobre la base de «castas cerradas», se había caracterizado por la separación permanente y estática de la clase dominante respecto de las clases subalternas, sin traspaso «orgánico y molecular» de elementos de las clases subalternas a la clase dominante. Por el contrario, la burguesía, como ya subrayaron Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*, no puede existir sin revolucionar continuamente el conjunto de las relaciones sociales y —prosigue Gramsci— «pone se stessa come un organismo in continuo movimento, capace di assorbire l'intera società, assimilandola al suo livello culturale ed economico».⁵² Sin embargo, en cierto momento de su desarrollo, la burguesía queda «saturada», desasimila parte de sí misma. Es la hora de una nueva clase, el proletariado, capaz de asimilar verdaderamente a toda la sociedad.

Paggi ha mostrado⁵³ cómo la antinomia fuerza-consenso, que está incorporada a la tradición política italiana (el Centauro de doble naturaleza, de Maquiavelo), sirve a Gramsci en el análisis —en 1921 y 1922— de la crisis del Estado liberal italiano y del nacimiento del fascismo.⁵⁴ A su vez, en los años subsiguientes, la antinomia hegemonía-dictadura está en el centro de la reflexión en profundidad que Gramsci realizará acerca de la tradición política leninista y, en particular, la experiencia de construcción del socialismo en la URSS. Por eso Paggi puede subrayar⁵⁵ la heterogeneidad de experiencias y raíces históricas subyacentes en las categorías políticas del pensamiento gramsciano. Por lo que hace a la hegemonía, ésta no es solamente un concepto político relativo a la estrategia revolucionaria, como en la tradición leninista, sino que, asumiendo aquella diversidad de raíces, deviene una categoría de interpretación general,⁵⁶ válida para Occidente (fascismo, americanismo, etc.) y Oriente, burguesía y proletariado, o fracciones de la misma burguesía.

51. Q., p. 690.

52. Q., p. 937.

53. Q., Leonardo Paggi, *Gramsci e il moderno Principe*, op. cit., capítulo X, y especialmente pp. 372-376.

54. El propio Paggi muestra en estas páginas (véase nota 53) el notable influjo de *Líneas fundamentales de la filosofía del derecho* de Hegel en el análisis gramsciano de la crisis estatal italiana. Por ello es obligado notar que la mencionada antinomia fuerza-consenso se halla también en este texto de Hegel, hecho que no desvirtúa, por otra parte, la referida conclusión de Paggi acerca de los vínculos de Gramsci con la tradición política italiana.

55. Togliatti había indicado anteriormente el nexo complejo entre el Gramsci «político nacional» y el leninismo. Véase Togliatti, *Gramsci e il leninismo*, en *Studi gramsciani*, op. cit., p. 422.

56. Hecho subrayado por Gerrata en su trabajo reproducido en el presente número de *Materiales*.

En el Estado antiguo y medieval la concentración social y política-territorial era mínima, de modo que dentro del ámbito de la comprensión político-militar los grupos subalternos —con exclusión de los esclavos, los siervos de la gleba y otros— poseían vida autónoma e instituciones propias, a veces incluso con funciones estatales, que hacían del Estado una «federazione di gruppi social con funzioni diverse non subordinate». ⁵⁷ Por el contrario, en el Estado moderno desaparece el «blocco meccanico di gruppi sociali» y se centraliza la vida estatal. Este proceso encarna justamente la autonomización de lo político y, contemporáneamente, la connotación de clase no inmediata del poder. En esta configuración histórica brota el fenómeno de la hegemonía. Así, el «Stato moderno sostituisce al blocco meccanico di gruppi sociali una loro subordinazione all'egemonia attiva del gruppo dirigente e dominante», y se crea lo que Gramsci denomina un *bloque histórico*. Por eso, la combinación de subordinación y hegemonía, fuerza y consenso, es rasgo específico del tipo de Estado moderno, y singularmente del régimen parlamentario.

El Estado es una superestructura que se fundamenta en la función económica y educativa del grupo hegemónico, y es instrumento de su afirmación. Superada la fase económico-corporativa, el Estado «è concepito, sí, come organismo *proprio di un gruppo*, destinato a creare le condizioni favorevoli alla massima espansione del gruppo stesso», ⁵⁸ pero ésta se presenta, ya que se trata de un grupo hegemónico, como asociada a una «espansione universale» y a un desarrollo de las «energie nazionali» en su conjunto. De ahí que todo Estado sea «ético» o *educador*, puesto que «tende a creare e a mantenersi un certo tipo di civiltà e di cittadino (e quindi di convivenza e di rapporti individuali), tende a far sparire certi costumi e attitudini e a diffonderne altri» ⁵⁹ entre las masas populares, a tenor de las necesidades de desarrollo de las fuerzas productivas —por tanto, de los intereses de las clases dominantes— y de las necesidades del organismo político. ⁶⁰ En suma, la revolución burguesa por lo que respecta al derecho y al Estado consiste en su voluntad de *conformación* del hombre-masa, en su «conformismo». ⁶¹ Resulta inteligible, así, la ampliación inaudita de la categoría de los intelectuales en el mundo moderno —en el «sistema sociale democratico-burocratico»—, la cual a menudo se justifica por las necesidades políticas del

57. Q., pp 2287 y 302-303. La relevancia de las notas de los *Quaderni* donde se contraponen la organización política preburguesa y el Estado moderno ha sido advertida por Nicola Auciello, *Socialismo ed egemonia in Gramsci e Togliatti*, De Donato, Bari, 1974, pp. 64-67.

58. Q., p. 1584.

59. Q., p. 1570.

60. Q., p. 1566.

61. Q., p. 937.

grupo dominante y no por las exigencias del aparato de producción.

Esta concepción del Estado *educador* se refiere al mundo burgués en general y, en particular, al Estado burgués que Gramsci tiene ante sus ojos, el cual se presenta, en la nueva relación política-economía que se afirmaba en esos años, como «uno strumento di 'razionalizzazione', di accelerazione e di taylorizzazione», el cual «opera secondo un piano, preme, incita, sollecita, e 'punisce'». ⁶² Sin embargo, parece claro que dicha concepción comprende también a la URSS, y que la experiencia soviética constituye una referencia de primer orden para Gramsci.

La correspondencia entre los términos antitéticos *fuerza* y *consenso* y la escisión de la superestructura en dos planos da lugar a la *sociedad política* y la *sociedad civil*. La *sociedad política* está definida por la coerción, por el dominio *directo*, aunque exprese también un consenso. La *sociedad civil*, por el contrario, aunque no excluye por completo las relaciones de fuerza, está definida en su especificidad por el consenso, por el influjo ético-cultural, y en ella se afirma de modo específico la hegemonía. La *sociedad civil* se configura como el «contenido ético del Estado». Gramsci —según manifiesta explícitamente— otorga a dicho concepto la misma significación que Hegel, ⁶³ teórico de la especificidad del Estado moderno por su concepción de los intelectuales y de la *sociedad civil*. El Estado goza del consenso de los gobernados, pero también «educa» este consenso mediante asociaciones políticas y sindicales, que son organismos privados, en manos de la iniciativa privada de la clase dirigente.

En la *sociedad civil*, *base* del Estado, prevalecen algunos organismos (iglesia, sindicatos, escuela, etc.) que constituyen el *aparato hegemónico* de la clase dominante, en cuanto que son organismos «comisionados» por ella. Un papel especial desempeña el *partido político*, también organismo privado, ya que, permaneciendo en la *sociedad civil*, «regna e governa» al propio tiempo. Es pues un exponente de la presencia de la *sociedad civil* en la *sociedad política*, del movimiento que impulsa la *sociedad civil* a actuar en forma jurídica. Se manifiesta en este entrelazamiento cómo el principio activo del poder estatal radica en el seno de la *sociedad civil*.

62. p. 1571.

63. Cerroni ha indicado recientemente cómo el Estado «ético» de Hegel, separado de la *sociedad civil* y considerado como la superación de éste, que promociona el *bourgeois a citoyen*, pretende alejarse de la concepción liberal propia de la filosofía política del siglo XVIII —asociada, singularmente, a Locke, Kant y Humboldt—, que atribuye al Estado la mera función de tutela de la propiedad y de la vida de los individuos. Véase Umberto Cerroni, *Società civile e Stato politico in Hegel*, De Donato, Bari, 1974, pp. 83-92.

No todos los grupos son asimilables por el grupo que expresa su fuerza en el Estado, cuya faceta coercitiva es perfectamente visible para aquellos. Entonces, la sociedad civil, emplazamiento de los grupos subalternos y ámbito de actuación del Estado, deviene el teatro de un enfrentamiento. Dichos grupos son objeto de la acción que el grupo hegemónico —parte de la sociedad civil— ejerce como Estado en la entera sociedad civil. Así pues, la existencia del Estado expresa que la particularidad del grupo hegemónico subsiste. Una plena hegemonía haría innecesario el Estado. No hay hegemonía sin que la voluntad educativa y asimiladora de la clase dirigente asuma la forma de poder estatal. De modo que la fuerza tiene un papel cierto en toda construcción ético-política —cosa que la histografía de Croce, ligada al consenso, ha querido ignorar—. Sociedad política y sociedad civil aparecen, pues, entretreídas y parcialmente identificadas. Sus relaciones configuran la realidad como un *equilibrio* de fuerza y consenso, de público y privado. El *Estado integral* es síntesis de los dos momentos, y no sólo sociedad política, o dictadura, o aparato coercitivo. En este sentido, puede afirmarse que el Estado es «società politica + società civile, cioè egemonia corazzata di coercizione».⁶⁴ La distinción entre Estado y sociedad civil es meramente metodológica. De ahí la crítica radical de todo «economismo», del sindicalismo teórico y, singularmente, de la teoría política liberal, que considerando la actividad económica como propia de la sociedad civil, olvida que también «il liberismo è una 'regolamentazione' di carattere statale, introdotto e mantenuto per via legislativa e coercitiva».⁶⁵

En otro orden de cosas, la concepción del Estado integral permite reformular la perspectiva marxista de la extinción del Estado. A través de diversas fases que Gramsci bosqueja, «l'elemento Stato-coercizione si può immaginare esaurentesi mano a mano che si affermano elementi sempre più cospicui di società regolata (o Stato etico o società civile)».⁶⁶ En este proceso histórico resulta decisiva la creación de intelectuales orgánicos del proletariado, la cual está ligada a la superación de la división social del trabajo propia del capitalismo y a la tendencia a cegar la división entre gobernantes y gobernados, así como a la progresiva elaboración de una cultura no subalterna.⁶⁷

No sólo lo político se distingue de lo estatal sino que en ciertas fases históricas lo limita, provoca su crisis orgánica. Las clases

64. Q., pp. 763-764.

65. Q., p. 1590.

66. Q., p. 764. El subrayado es mío.

67. Giuseppe Vacca ha abordado específicamente el problema de la creación de los intelectuales orgánicos del proletariado en *La "questione politica degli intellettuali" e la teoria marxista dello Stato in Gramsci*, en *Lavoro Critico*, núm. 9, enero-marzo de 1977, pp. 199-247, y singularmente pp. 240-247.

subalternas logran su autonomía y consiguen aliados, de modo que se origina una *separación* entre sociedad civil y sociedad política, esto es, «si è posto un nuovo problema di egemonia, cioè la base storica dello Stato si è spostata. Si ha una forma estrema di società politica»⁶⁸ y las dictaduras contemporáneas que entonces surgen —Gramsci tiene ante sus ojos el fascismo— destruyen las «formas de autonomía» (partidos, sindicatos, asociaciones culturales) y «si sforzano di incorporarle nell'attività statale». «Statolatría» y «accentramento legale... 'totalitario'».⁶⁹ En su papel medianero entre estructura económico-social y Estado, la sociedad civil participa de una dinámica que la enlaza con la estructura y es ámbito, al propio tiempo, de la acción hegemónica y estatal. Se configura pues como un auténtico *campo de fuerzas*. De ahí que, a partir de la crisis de hegemonía y la nueva relación política-económica que observaba Gramsci, el Estado se adentre y arraigue, desde entonces, cada vez más profundamente en la sociedad civil y se afirme una forma de Estado más «intervencionista» en refuerzo de las posiciones hegemónicas del grupo dominante. Lo político hunde sus raíces en lo económico, y el Estado, mediante su actuación ético-política, expande el área difusa de lo político.

Guerra de posiciones

La concepción del Estado es inseparable de la concepción de la revolución. Así, el concepto de hegemonía constituye el núcleo teórico y político de una nueva propuesta estratégica: la *guerra de posiciones*. La «struttura massiccia delle democrazie moderne, sia come organizzazioni statali che come complesso di associazioni nella vita civile costituiscono per l'arte politica come le 'trincee' e la fortificazioni permanente del fronte nella guerra di posizione: essi rendono solo 'parziale' l'elemento del movimento che prima era 'tutta' la guerra ecc.»⁷⁰ Por ello, tras el Octubre soviético, último episodio de la *guerra de movimientos*, es preciso pasar, en tanto no sea posible el ataque frontal, a la guerra de posiciones, en Occidente y en Oriente. El papel medular del *partido político del proletariado* —en su doble dimensión de alternativa «estatal» y de agente unificador cultural de la masa a través de la disgregación del bloque intelectual tradicional— deriva también de la inaudita relevancia de los mecanismos de dominio burgués en la sociedad civil.

Asimismo, Gramsci parece llegar a la conclusión de que un pro-

68. Q., p. 876.

69. Q., p. 2287.

70. Q., p. 1567. Gramsci observa que la existencia de las grandes organizaciones populares políticas y sindicales, que empezaron su andadura a mediados del siglo pasado, es la premisa histórica del concepto de hegemonía.

ceso de revolución pasiva impone una estrategia de guerra de posiciones. En todo caso, así sucede en las revoluciones pasivas generadas tras la primera guerra mundial. De este modo el fascismo es el adversario en una guerra de posiciones y la ideología moderada de Croce —incitadora de una dialéctica innovación-conservación— una modalidad de ideología reformista, y en cuanto tal obstaculizadora de la necesaria «es-cisión» del proletariado y sus aliados en el curso de la revolución pasiva.

La ciencia política de Gramsci, su conceptualización de la experiencia política, está alentada por la necesidad de reformular la «actualidad de la revolución» (Lenin) en los países de capitalismo tardío, y por la exigencia de una época de guerra de posiciones —que todavía es la nuestra— necesitada de la elevación de la teoría al rango de guía de la lucha revolucionaria.

De la vigencia de Gramsci: esbozo para la controversia*

ANTONI DOMENECH

Dedico estas páginas a la memoria de mi padre, bondadoso y paciente interlocutor mío (y al que por serlo le hubiera gustado leerlas), cuya temprana muerte, serena y valiente, se produjo en el entretiempo de su redacción.

El cuadragésimo aniversario de la muerte de Gramsci se conmemora probablemente en el momento culminante de la celebración de su obra y de su vida en diversos ambientes obre-ros y revolucionarios. A su espléndida divulgación y a su extendido conocimiento en Italia, y a su posterior difusión en Francia y en España, hay que añadir la creciente influencia que ejerce ya su reflexión en la cultura socialista anglosajona, así como el brote de un espontáneo, casi repentino, interés por el marxismo de Antonio Gramsci en la República Federal Alemana. Puede, pues, registrarse sin mayor incomodo el hecho de que Gramsci constituye hoy un punto de referencia obligado para la controversia en torno de las cuestiones que, por rotularlas de un modo operativo, suelen incluirse en la problemática de la Revolución en Occidente. Por eso la conmemoración en estos momentos del aniversario del fin de su atormentada y admirable vida, hecha como es el caso de la presente desde el punto de vista de la discusión de la actualidad, de la vigencia, de su reflexión, no puede sino situarlo

* El presente trabajo aprovecha parcialmente los materiales de las charlas sobre el mismo tema realizadas en abril de 1977, en el cuadragésimo aniversario de la muerte de Antonio Gramsci, en la Escuela de Sociología de la Diputación de Barcelona y en la Facultad de Historia de la Universidad de Barcelona. Estos materiales parcialmente reproducidos aquí se han reelaborado sobre la base de las críticas y sugerencias recibidas de varios amigos asistentes y coparticipantes. Sobre todo, de Francisco Fernández Buéy, Manuel Sacristán, Joaquim Lleixà, Jordi Guàrdia, Enrique Pérez Nadal, Víctor Ríos y Josep M.^a Domingo.

respecto de la disputa sobre la actualidad de la misma Revolución en Occidente y respecto de la vigencia de la noción marxiana de la Revolución. O cuando menos intentarlo.

La constatación de la especificidad de los procesos revolucionarios en Occidente no hay que cargarla sin más en el exclusivo haber de Gramsci. Frente a la degeneración reformista del marxismo occidental de la II Internacional, y frente a la tendencia de un sector mayoritario de la III a entender la Revolución en Occidente como un tuplo de la Revolución rusa, se alzaron en el seno mismo de la Internacional Comunista voces tan diversas como las de Paul Levi, Karl Radeck y Eugen Varga, o Anton Pannekoek y Amadeo Bordiga, por mencionar nombres notorios y relevantes de la derecha y de la izquierda comunista de principios de los años veinte.¹ Pero ya la apariencia de que se polemizara en torno de los problemas que ofrecía la interpretación del proceso revolucionario en el Occidente desarrollado como si de una controversia marxista temáticamente nueva se tratara tiene algo de paradójico: pues las principales contribuciones de Marx y Engels a la fundamentación de la posibilidad emancipatoria estaban circunscritas precisamente a esa zona geográfica, en la que el despegue industrial había originado una clase obrera moderna. Es claro que esta paradoja remite a un fenómeno de mayor alcance: el estallido de la primera Revolución socialista en un país de capitalismo «poco desarrollado». Mas lo que tiene aquí que merecer nuestra atención es otra cosa, a saber: que Gramsci, y los marxistas comunistas con sensibilidad revolucionaria «occidental» polemizan duraderamente *sobre todo* —ya lo proclaman abiertamente, ya se desprenda, en cambio, del sentido histórico de su disputa— con la herencia «ortodoxa» del marxismo occidental reformísticamente degenerado de la socialdemocracia —con el telón de fondo, naturalmente, de la Revolución rusa—. Y sólo secundariamente con el marxismo de cuño eslavo cuyo sucedáneo en Occidente, como tendremos ocasión de ver, vino a representar el papel de ala izquierda del kautskysmo en algunos aspectos. En todo caso, por lo menos, es convicción del autor de estas líneas que resulta más productivo enfocar de ese modo el problema, vérselas con él de esta manera y tomar luego si acaso en consideración la otra perspectiva. Sólo contemplada así la cosa, la originalidad y la fecundidad de la reflexión gramsciana resaltan y adquieren auténtico relieve respecto de aportaciones antecedentes y coetáneas —y posteriores— de ella.

1. Sin olvidar que un inventario algo completo de esas voces debería incluir también a la del último Lenin (nada entusiasmado al principio, por ejemplo, con las consecuencias de la expulsión de Paul Levi de la K.P.D.).

«El comunismo es un movimiento real...»

En la tradición marxista clásica las contribuciones intelectuales propias se han entendido siempre como fundamentación de la plausibilidad de la emancipación social. El marxismo así practicado es ante todo basamentación científica de la tarea emancipatoria, «socialismo científico» como lo calificó Engels, o «teoría de la Revolución» como quiso Lukács. De modo que le resultan atinentes dos tipos de problemas: los derivados de la naturaleza misma del mal social, de su legaliformidad, y los que tienen que ver con la constitución del sujeto revolucionario, del agente emancipatorio en primera instancia. Ambos aspectos de la «teoría de la Revolución» están estrechamente imbricados en la idea que de ellos se ha hecho el marxismo porque el mal social engendra a su propio cirujano: que no es otro que el enfermo más grave. El joven Marx expresó esta concepción calificando al agente emancipador de la humanidad, esto es, a la clase obrera, como el sujeto más desposeído históricamente de las características esenciales de la especie humana. Sin embargo, Marx cambió y matizó varias veces en su vida su posición en lo que hace al modo de constituirse el sujeto revolucionario a partir del mal social específicamente capitalista. En el *Manifiesto Comunista*, por ejemplo, puede encontrarse expresada la calibración optimista siguiente:² «La formación social basada en el modo de producción capitalista agudiza como ninguna otra formación anterior las contraposiciones de clases, reduciéndolas cada vez más a dos antagonistas hostilmente enfrentados. Eso en primer lugar. En segundo lugar, la implantación del capitalismo destruye los nexos aparentemente personales de las relaciones sociales precapitalistas y crea unas relaciones sociales nuevas, objetivadas, entre los hombres, relaciones en las que ha desaparecido la ilusión —medieval, sobre todo— personalizante de los vínculos sociales, dando a la explotación del hombre por el hombre una apariencia objetiva, independiente de los individuos. Ese factor bastaba, pues, en el *Manifiesto Comunista* para inferir que la formación de la consciencia de clase del proletariado industrial moderno era cosa mucho más sencilla, rápida y continuada que la de cualquier otra clase explotada inserta en un marco social diferente.² Las previsiones, no obstante, del Marx de 1847 se vieron convulsionadas por la *derrota de la Revolución* de 1848. Esa experiencia indujo a Marx a la investigación pormenorizada del mal social burgués, a la exploración científica de las tendencias objetivas a la *longue* del capitalismo y a atemperar su entusiasmo respecto de la facilidad con que la consciencia proletaria de clase encarnaba

2. No poco debieron influir en la redacción del *Manifiesto* las optimistas conclusiones a que había llegado antes Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

en los trabajadores sometidos a la explotación del capital. He ahí algunos de los resultados a los que llegó:

Las relaciones sociales de producción que actúan en el capitalismo diluyen, ciertamente, la *ilusión* de que se trate de vínculos personales y *aparecen* ante sus agentes como relaciones objetivas independientes de su voluntad y de su hacer. Más aún: como relaciones entre cosas y no entre hombres. Por eso el capitalismo engendra un nuevo tipo de falsa consciencia —*específicamente social*— respecto de las relaciones de producción, pues éstas se constituyen como entes autónomos de los individuos, con una legaliformidad propia, semejante a la que rige los procesos de la naturaleza y que como ésta se impone a los individuos «ciegamente». En cambio, la falsa consciencia ilusoria precapitalista no era propiamente social, sino que afectaba primordialmente al entorno *natural* de los hombres —a las «condiciones materiales» de la producción—, y sólo indirectamente a las relaciones entre ellos, esto es, sólo en la medida en que esas relaciones no eran sino vínculos y nexos aún insuficientemente desprendidos de la naturaleza.³ Cuanto más desarrollado, por tanto, el tejido social cuyas fibras son las relaciones sociales capitalistas, tanto más naturalmente aparecerá la legaliformidad que orienta su constitución y su reproducción como algo sobrehistórico —o sea, sobresocial— y de eterna vigencia. La evolución del capitalismo conlleva, pues, una indiscutible tendencia al fortalecimiento de la ideología como falsa consciencia social; como obstáculo, por ende, para la formación de la consciencia de clase. Tal es la contrapartida de la eufórica estimación engelsiana ya evocada a propósito de las ventajas revolucionarias que ofrecía la concentración obrera provocada por la industrialización capitalista. Marx ha descubierto, empero, en el movimiento evolutivo del capital un elemento que es de importancia cardinal: el proceso de acumulación conlleva unas interrupciones bruscas y periódicas derivadas de la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia que, aunque funcionales en principio al desarrollo capitalista, producen cuando aparecen crisis de fuertes consecuencias sociales. En la medida en que la envergadura del proceso acumulativo crece, mayores son también los costes sociales de las crisis que le son inherentes. Y entre esos costes está el que sigue: la destrucción de la apariencia de naturalidad y eternidad, de sobrehistoricidad, de las relaciones sociales burguesas; tanto más intensa, cuanto mayor alcance y entidad cobre la crisis económico-social.⁴ La constitución, por lo

3. Cfr. Antoni Domènech, "Ideología, conocimiento y consciencia de clase". *Materiales*, n.º 3, p. 55-75. (Dicho sea entre paréntesis, debo la matización que acabo de introducir a la estimulante y detallada crítica que de mi trabajo sobre la ideología y la consciencia de clase realizaron en su día José M.ª Ripalda y Manuel Sacristán.)

4. Más adelante encontrará el lector motivos para corregir esta unilateral afirmación marxiana.

tanto, del sujeto de la Revolución —entendiendo por tal el *conjunto* de la clase obrera⁵— tiene ahora que ver con los transitorios cíclicos de la vida del capital. El que Marx no diera hasta los borradores de *El Capital* con la clave explicativa de la diferencia cualitativa de las relaciones sociales burguesas respecto de los nexos precapitalistas se debe probablemente a la influencia de la dicotomía entre la «sociedad natural» antigua y la moderna «sociedad civil» burguesa establecida por los politólogos ingleses dieciochescos y por la antropología filosófica de la segunda Ilustración alemana. La asimilación de la economía política y el descubrimiento del reino de las constricciones materiales-sociales, aclara el cambio de actitud y la consiguiente matización de las expectativas. De manera que el descubrimiento de la limitación histórica del capitalismo y de la necesaria conflictividad de su evolución a través de períodos críticos arrojaba a la vez el resultado de una mayor precisión en lo que concierne a la evaluación del proceso de formación del agente emancipatorio, a su naturaleza y al *modo* —puntual, discontinuo— de su génesis a partir de los mecanismos reguladores de la sociedad burguesa.

Sin embargo, las hipótesis marxianas básicas acerca del mundo burgués no fueron cabalmente entendidas (no lo son aún, en gran parte) por la mayoría de sus seguidores, sobre todo por los epígonos de la «ortodoxia» socialdemócrata alemana. Se impuso, en cambio, de ordinario la idea según la cual los males que aquejaban al capitalismo estaban originados por la depauperización creciente de las masas trabajadoras y la consiguiente desproporcionalidad surgida entre el creciente aparato productivo del capital y la menguante esfera del consumo que restringía los mercados. El capitalismo, según esta concepción, tendría un problema crónico de *realización* de la ganancia que no podría sino agravarse.⁶ Aparte de otras consideraciones, esta concepción errónea de la naturaleza de las crisis resultaba incapaz de explicar las fases y los períodos culminantes del capitalismo (estando paradójicamente formulada en uno de ellos)⁷: los tiempos de vacas flacas y las épocas de vacas

5. La teoría de las crisis revolucionarias implica en Marx la identificación de la clase con el partido —o viceversa—: con los nuevos resultados adquiridos tendría ahora que decirse que la constitución de la clase en sujeto revolucionario —o sea, en partido— sólo puede ser cíclica —y no continuada—. Volveremos correctivamente sobre este extremo que es la base del *inevitable* espontaneísmo de la teoría marxiana de la constitución del agente emancipatorio.

6. Esta era, además, una concepción refutada a diario por los hechos, pues había cuajado nada menos que en un período expansivo del capital: a Bernstein le asistía toda la evidencia empírica que acumuló en su debate con la ortodoxia kautskyana a principios de siglo. Del mismo modo que a la crítica de izquierda de Rosa Luxemburg cuando registraba (desgraciadamente, desde una matriz científica parecida a la de Kautsky) el hecho de la nueva expansión colonial-imperialista en pos de nuevos mercados como factor contrarrestador de la supuestamente creciente "irrealizabilidad" de la ganancia.

7. Cfr. la excelente crítica de toda la matriz científica subyacente al razonamiento económico kautskyano de Henryk Grossmann, *Das Akkumulations- und Zusammenbruchgesetz des kapitalistischen Systems* (1929), Frankfurt, 1967 (reprint), pág. 60 y ss. Puede encontrarse aquí también una devastadora

gordas se solapaban en una solución de continuidad tan *gradualista* como fatal: de *paulatina* pero irreversible evolución del capitalismo hacia su ruina final. ¿Qué estrategia podía derivarse de aquí? ¿Cómo debía responder el movimiento obrero ante las expectativas que ese análisis le ofrecía? ¿Qué consecuencias tenía ese análisis para la conducta del proletariado organizado? Veámoslo sin perdernos en los detalles históricos. No describiendo una primera o una tercera elaboración estratégica suelta; ni mucho menos la serie entera de las sucesivas disputas socialdemócratas sobre los fundamentos de su acción. Consideremos sólo una de ellas: una elaboración estratégica ejemplar porque deja aflorar todos sus presupuestos.

En 1910 se desarrolló en las páginas de la *Neue Zeit* una polémica entre Karl Kautsky y Rosa Luxemburg a raíz de un artículo de aquél en el que se defendía una «estrategia del cansancio» (*Ermattungstrategie*). Según Kautsky la clase obrera debía conducirse de modo que contribuyera al desgaste del adversario: se trataba de una estrategia a largo plazo en la que no se descartaba el momento de la ruptura revolucionaria, pero se la postergaba hasta que hubiera condiciones para ello. Y esas condiciones no eran otras que el cansancio del enemigo de clase, la llegada de su postrer aliento y acaso su rendido desmayo. Como es natural, el *background* que hacía plausible esta estrategia era la estimación de que el capitalismo padecía unas insuficiencias crónicas que *paulatina y gradualmente* conducirían a su derrumbe. Kautsky opuso esta actitud táctica a la «estrategia de aniquilamiento» (*Niederwerfungsstrategie*) o de asalto frontal a los valladares enemigos.⁸ El comportamiento político estrictamente electoral y parlamentario, la organización y la lucha sindicales meramente reivindicativas y otras características de menor relieve de la política socialdemócrata se desprendían de un modo nada artificial de aquella estimación del capitalismo y encontraban un marco programático-estratégico adecuado en la *Ermattungstrategie* kautskyana.⁹ Como se puede apreciar (y como se comprobó luego catastrófi-

crítica de la pervivencia de esas ideas en la Internacional Comunista —Varga, Bujárin, etc.— (pp. 490 y ss.). En lo que hace a Varga —el influyente economista comunista, “el Polonio de Stalin” como le llamaría luego despectivamente Trotsky—, puede consultarse una interesante autografía de sus textos realizada por Elmar Altvater: Eugen Varga, *Die Krise des Kapitalismus und ihre politischen Folgen*, Frankfurt, 1969; resulta esclarecedor, sobre todo, el trabajito “Los primeros diez años del período de decadencia del capitalismo”, incluido en la antología (pp. 67-79) y escrito en 1927.

8. La terminología se recibía de la ciencia militar decimonónica prusiana, en especial del gran historiador militar Hans Delbrück (*Über die Verschiedenheit der Strategie Friedrichs und Napoleons*, Berlín, 1881) —inspirado a su vez en la obra de Clausewitz—, que opuso a la “estrategia del cansancio”, de las tropas prusianas, estrategia característica, según él, de las fuerzas armadas del *Ancien Régime*, la “estrategia aniquiladora” rápida napoleónica, expresión según su convicción de la irrupción de las masas en la historia. Las opiniones de Delbrück, naturalmente, fueron drásticamente censuradas por la crítica militar de la integrista Prusia (y quizá sea algo más que un azar cultural el que Kautsky —que conocía probablemente a Delbrück por las aficiones militares de Mehring— se sumara indirectamente a esa censura).

9. A la que agudamente la Luxemburg le oponía una estrategia “de lucha”.

camente), las principales implicaciones que esa estrategia, fundada en una falsa concepción de la conflictividad del desarrollo capitalista, tiene para el movimiento obrero son: en primer lugar, la *desorientación* en que sume a éste respecto de las diversas fases —críticas o pujantes— por las que de verdad pasa el capitalismo, puesto que la vida del capital es presentada de un modo duraderamente agonizante; en segundo lugar, la *inutilización* del movimiento obrero organizado en las situaciones auténticamente críticas del capital, puesto que en esas situaciones —ya sea con guerras interimperialistas, ya con el ascenso de regímenes de excepción, ya con ambas cosas a la vez— resulta irremediabilmente socavado el terreno en el que se afirma la «estrategia del cansancio» (por lo menos en las crisis del estilo de las que se conocen desde comienzos del siglo xx). Así, cuando se produjo la convulsión capitalista que dio lugar a la primera Guerra Mundial, la socialdemocracia se encontraba *organizativa y doctrinalmente desprevenida* y fue sorprendida por el marasmo del mundo burgués: de otro modo no resultan explicables el chauvinismo con que contempló el advenimiento del conflicto bélico y las consiguientes votaciones de los créditos de guerra de los parlamentarios socialdemócratas alemanes (por atender a las más llamativas muestras tempranas de su degeneración). La guerra, la Revolución socialista rusa y las insurrecciones proletarias en cadena en la Europa Central y Oriental refutaron sin paliativos la errónea concepción kautskyana del capitalismo y las expectativas políticas en ella basadas. La escisión comunista se produjo en polémica con esa concepción y motivada por la crisis general en que se debatía el capitalismo europeo de la postguerra.¹⁰

El «período histórico de decadencia del capitalismo» que parecía abrirse en la inmediata postguerra puso la Revolución al orden del día. Dio de nuevo sentido a la afirmación del *Manifiesto Comunista* y de la *Ideología Alemana* según la cual «el comunismo no es un ideal por el que se lucha, el comunismo es un movimiento real...». La «actualidad de la Revolución» presidió los primeros tiempos de la Internacional Comunista. En 1919 escribe Zinoviev: «El movimiento evoluciona a una velocidad tan vertiginosa que podemos sostener con certeza que en un año empezaremos a desmentir que se haya combatido en Europa por el comunismo: en un año toda Europa será comunista». Sólo un par de años más tarde, en el III Congreso de la Komintern, Trotsky llega, sin embargo, a la conclusión de que «no estamos tan cerca del objetivo final, de la conquista del poder, de la revolución mundial. En 1919 decíamos: es cuestión de meses; hoy decimos que incluso es cuestión de años». Entre

10. Crisis que se malentendió desde el principio como irreversible e irreparable y que, según se decía (así Lukács, por ejemplo), imponía una estrategia de “acción parcial” (*Teilsaktion*), de insurrecciones sueltas.

1918 y 1921 se consuma, en efecto, la derrota de la Revolución en Europa y comienza un largo período de repliegue del movimiento obrero: la táctica de frente único constituye el primer momento de este repliegue. Se trata, no obstante, de un repliegue realizado durante bastantes años en el marco de un capitalismo crónicamente estancado, o —como se le calificó en medios comunistas a partir de 1923-25— sólo *relativamente* estabilizado que acabó por desembocar en el fenomenal *crash* mundial de la economía capitalista en 1929. *La reflexión gramsciana post-ordinovista —que es la que nos interesa considerar aquí— es básicamente una reflexión sobre la derrota de la Revolución en Occidente y una reconsideración de las hipótesis marxianas acerca de las crisis sociales revolucionarias.* Es una manifestación de perplejidad ante el hecho de que una crisis como la de 1929 —antecedida de un largo período depresivo— no abriera una «brecha decisiva» en el cerco enemigo e impusiera, por el contrario, una estrategia *defensiva* al movimiento obrero occidental. Es el reconocimiento *veraz* de esa situación, sin renuncia a la búsqueda de una salida revolucionaria a la misma ni a la afirmación de los principios de una política comunista, en unas circunstancias en las que la «actualidad de la Revolución» había desaparecido ya del horizonte. Eso distingue radicalmente la aportación de Gramsci respecto del espectro socialista de su tiempo:

«La revolución es como la guerra...»

La distingue en primer lugar del kautskismo: la socialdemocracia es integrada culturalmente por el marco burgués en los ciclos altos del capital (ella misma es, en realidad, un exponente de éstos) y se descompone en sus fases depresivas. (Recordemos ahora cuánto contribuye a ello su falsa concepción de la naturaleza de los límites del capitalismo.) La diferencia también de la cultura política estalinista: ésta, a pesar de la relativa intuición táctica que la caracteriza, de su sorprendente capacidad de adaptación a las circunstancias, lo corrompe todo con la falsaria estimación a que constantemente somete su propio hacer político: no ha dado nunca un paso atrás: jamás dice retroceder o articular una estrategia defensiva para ponerse a cubierto de los embates del capital (¿y qué otra cosa eran, pongamos por caso, los frentes populares?): va de «victoria en victoria» poniendo —eso sí— constantemente plazos a la Revolución, introduciendo «etapas» y «fases» a la conquista proletaria del poder y a la realización del comunismo: ésta practica, en suma, un inveterado optimismo de la inteligencia cuyo sabio «realismo» tacticista se encarga muy bien de refutar aunque no lo confiese nunca. Así, el estalinismo ha acabado representando de alguna manera en Occidente el papel de ala izquierda del kautskismo. Al igual que éste desasiste al movi-

miento obrero en lo que hace a la consciencia de su situación respecto de los ciclos del capital y de las involuciones de la vida civil y política burguesa,¹¹ aunque, en cambio, gracias a la férrea disciplina organizativa que lo reviste, *resista* los temporales del capitalismo (a diferencia esta vez de la tradición socialdemócrata). En cierto modo, empero, el falsario subjetivismo estalinista no es sino la prolongación del positivismo mecanicista kautskyano. El lema que define centralmente la metódica de la actitud de Gramsci es, sin embargo, bien diferente: apreciación clara y explícita de la situación objetiva, y por lo tanto consciencia lúcida respecto del propio hacer, y revolucionario voluntarismo no obliterador de esta consciencia: «pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad». Ya hemos apuntado antes a las motivaciones de ese pesimismo. Vale la pena detenerse ahora en ellas si lo que se pretende es claridad acerca del optimismo voluntarista con el que Gramsci lo acompaña.

El que Gramsci fuera capaz —sobre todo a partir de 1929— de recomponer el cuadro de la derrota de la Revolución en Occidente definiendo a la vez las condiciones que éste imponía a una política comunista tiene sin duda que ver con la génesis, con el proceso de formación de su marxismo. De un modo sumario, podemos comenzar registrando el hecho de que su cultura socialista está filosóficamente mediada por el idealismo croceano. (Su temprana reflexión sobre el papel de los intelectuales es una expresión —entre muchas otras— de esa influencia; como lo es también su decidida oposición al marxismo positivista socialdemócrata.) Este es, de todos modos, un punto ya muy prolijamente abordado. Menos lo es la circunstancia —que podemos, pues, registrar en segundo lugar— que constituye específicamente al movimiento obrero italiano respecto de la tradición alemana, húngara o rusa. Circunstancia a la que se adapta el consejismo del Gramsci ordinovista —presidido aún por la «actualidad de la Revolución»— y que contribuye también a ponerlo en una situación particularmente adecuada para entender y elaborar *políticamente* luego el repliegue: en Italia se desarrolló un movimiento para el control de la producción mucho antes de que se dieran las condiciones para el asalto al poder burgués. (A diferencia de Rusia o de Hungría en la que sólo con la plena disolución del Estado que significaron los Gobiernos de Kerensky o Karoly empezó a tomar aliento un movimiento semejante. Y a diferencia de la *Rätebewegung* alemana, la cual —aunque más compleja y articuladamente formada que los soviets rusos— encontró

11. Característica compartida con el pensamiento trotskysta tradicional —el basado, sobre todo, en el *Programa de transición*— cuyo miope catastrofismo económico —nada corregido por la *Realpolitik* de la táctica, como en el caso del estalinismo— lo ha convertido en un naufragio político a la desesperada —y no por eso menos estrabiliaria— búsqueda de una isla en la que echar raíces.

su primer y más relevante impulso en la crisis de disolución que afectaba al Reich guillermino al perfilarse la catástrofe militar.) El modelo organizativo del que se dotó la clase obrera italiana —la *Camera del lavoro*—, si bien revelaba un grado menor de estructuración interna de la clase obrera y resultaba incapaz de constituirse plenamente sobre la base de las federaciones de oficios —según el modelo alemán avalado por los reformistas—, expresaba una mayor disponibilidad política, una capacidad interna mayor para resistir a las desviaciones tradeunionistas características de los movimientos obreros de otros países europeos «más desarrollados». Ese modelo era sólo un índice de la particularidad histórica del movimiento obrero italiano, a saber: su estrecha dependencia del proceso histórico que concluyó con la formación del Estado unitario y que hacía inmediatamente evidente el nexo entre la lucha económica y la lucha política. Sin duda, el joven Gramsci, interesado ya centralmente por los problemas del Estado desde su contacto con la filosofía política de caracterizados intelectuales meridionales —Salvemini, señaladamente—, encontró en ello un motivo de meditación que rebasaba la estricta inquietud intelectual: la cualificación de la fábrica como «organismo político» viene a dotar a ésta de una capacidad «para unificar en profundidad a la clase obrera, independientemente de las diversificaciones introducidas por los oficios y las cualificaciones, para convertirse en la base de una nueva forma de organización horizontal en la que las masas obreras encuentran la posibilidad de expresar, no sólo episódica y discontinuamente, su presencia decisiva en la sociedad».¹² Gramsci, buen lector de las *Lecciones de filosofía de la historia* de Hegel, no ha pasado nunca por alto el problema del Estado: con Hegel ha entendido desde joven la historia como un proceso incontenible de liberación humana desarrollada a través de sucesivas modificaciones del Estado. Eso le llevó, precisamente en los momentos de mayor actualidad de la Revolución, a tener constantemente presente el problema de la transición, de la dictadura proletaria, tentado formas originales de realización de la misma en Italia y concibiendo ante todo el movimiento de los soviets rusos como proceso de fundación de un nuevo Estado. La influencia filosófica del vitalismo organicista, por otro lado, contribuyó no poco a apartar a Gramsci del consejismo espontaneísta tan visitado por los intelectuales comunistas del momento: la búsqueda, en efecto, de un orden orgánico capaz de remontar la caótica crisis por la que atravesaba el capitalismo¹³ estaba estrechamente

12. Leonardo Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno principe*, I, (Nella crisi del socialismo italiano), Roma, 1970, p. 255. Para la formación histórica del movimiento obrero italiano, cfr.: G. Procacci, *La lotta di classe in Italia agli inizi del secolo XX*, Roma, 1970; S. Merli, "La grande fabbrica in Italia e la formazione del proletariato industriale di massa" en *Classe. Quaderni sulle condizioni e sulle lotte della classe operaia*, Milán, 1969.

13. Cfr. Manuel Sacristán, "Gramsci: el orden, el tiempo, la Revolución en Occidente", que se publicará en un próximo número de *Materiales*.

vinculada a la organización de la voluntad de acabar con éste y fundar aquél, esto es, al Partido Comunista que, en las vicisitudes de su nacimiento en Italia, describe como «fuerza que emerge del caos».¹⁴ Unos meses antes, y a propósito de la derrota húngara, abre unos inquietantes interrogantes: «¿Significa sin más la descomposición de la burguesía potenciamiento del proletariado? ¿Qué signos indican en el proletariado la real voluntad de fundar un Estado obrero? ¿Qué táctica debe seguir el Partido Comunista en relación a otros partidos políticos de la clase obrera?»¹⁵ Luego de las ocupaciones de fábricas desarrolladas en la Italia industrial a lo largo de 1920, y cuyo relativo fracaso induce a Gramsci a un notable pesimismo, éste refuerza crecientemente sus convicciones acerca del papel central que ha de desempeñar el Partido Comunista: «el Partido Comunista existe y se desarrolla en cuanto es la organización disciplinada de la voluntad de fundar un Estado, de la voluntad de dar una estructuración proletaria a la ordenación de las fuerzas físicas existentes y de poner las bases de la libertad popular».¹⁶

La exaltación de la función del Partido Comunista es paralela —y resultante— de la nueva estimación de la situación derivada del intento fallido de control de la producción por parte del movimiento obrero italiano, de las derrotas de Baviera y Hungría y, en general, de los primeros síntomas de agotamiento de la perspectiva revolucionaria en Europa; es el primer indicio —y acaso uno de los más relevantes— de abandono de la prospectiva ordinovista y del comienzo de la reflexión sobre la derrota de la Revolución en Occidente: «... un movimiento revolucionario no puede fundarse más que en la vanguardia proletaria y tiene que ser conducido sin consultas previas, sin aparato de asambleas representativas. La revolución es como la guerra; debe prepararse minuciosamente por un estado mayor del ejército. [...] A la vanguardia proletaria compete mantener vivo en las masas el espíritu revolucionario, crear las condiciones que predisponen a las masas para la acción, crear las condiciones en las que las masas responden inmediatamente a las consignas revolucionarias».¹⁷ Es verdad —como queda dicho— que ya la concepción consejista gramsciana contenía los gérmenes que posibilitaron el buen entendimiento del repliegue: su comentario crítico del *Massenstreik* luxemburguista, su desconfianza de la «eficacia pedagógica» espontánea que la Luxemburg suponía en el desarrollo capitalista mismo —en sus períodos críticos— bastaría ya para de-

14. Gramsci, *Scritti 1915-1921* (edición a cargo de S. Caprioglio), Turín, 1968, p. 140.

15. Gramsci, "Gli insegnamenti della rivoluzione ungherese", *L'Ordine Nuovo* (21 de agosto de 1920), Turín, 1954, p. 99.

16. Gramsci, "Il Partito Comunista", *L'Ordine Nuovo* (4 de septiembre de 1920), recogido en la *Antología* de Gramsci de Manuel Sacristán, México, 1970, p. 107.

17. Gramsci, *L'Ordine Nuovo*, op. cit., p. 171.

mostrarlo convincentemente.¹⁸ Pero en los años siguientes Antonio Gramsci encontró motivos sobrados para abonar sus hipótesis y reelaborar afirmativamente su disputa con la revolucionaria polaca. La experiencia del fascismo le sitúa, efectivamente, de un modo terminante y sin paliativos ante el siguiente dilema: la crisis y decadencia económica del capitalismo —o el período histórico de decadencia según la no muy feliz pero influyente formulación de Eugen Varga—, no sólo no engendraba por sí sola a su propio enterrador, sino que desencadenaba fuerzas sociales reaccionarias agresivas, preludios de la contraofensiva del capital arraigados en la grey.¹⁹ Gramsci registra la novedad de ese fenómeno (no previsto por la idea que Marx se formó de las crisis sociales revolucionarias ni, mucho menos, por la trivial vulgarización que de ella hizo la socialdemocracia) e individualiza, como es bien conocido, su substancia en la potencia y vitalidad de la sobreestructura de la sociedad civil burguesa *desarrollada*. Por eso su descripción de la cosa adopta la fórmula literaria de la oposición Oriente/Ocidente o países avanzados/países atrasados. Como, por lo demás, la mayoría de contribuciones a la literatura de este género. Así, el exquisito analista holandés Anton Pannekoek —representante de la extrema izquierda comunista— escribe a propósito de la derrota alemana: «La experiencia alemana sitúa exactamente ante el gran problema de la revolución en la Europa occidental. En estos países el antiguo sistema burgués de producción, y la cultura burguesa desarrollada que de él se deriva, han marcado totalmente con su impronta el pensamiento y el sentimiento de las masas populares. Por eso el carácter espiritual, interior, de las masas populares es aquí completamente distinto del que se da en los países orientales, los cuales no conocen ese dominio de la cultura burguesa. De ahí, sobre todo, deriva la diferencia entre el curso

de la revolución en Oriente y en Occidente».²⁰ Pero a diferencia de Pannekoek —y de otros revolucionarios con sensibilidad para estos problemas— el análisis de esa circunstancia es en Gramsci sólo un momento de una elaboración de mayor alcance motivada por el interrogante siguiente: ¿cómo situarse ante la derrota, cómo combatir el y en el terreno que la ha producido? Nada puede entenderse de los *Cuadernos de cárcel* sin tomar en cuenta este interrogante, sin leerlos como aproximaciones —dispersas, fragmentarias, contradictorias incluso— a la respuesta que reclama. Cifámonos de momento —puesto que ya hemos hecho una cala en ella— a su disputa con Rosa Luxemburg, a la remodelación que de su antigua discrepancia hace Gramsci en los *Quaderni*.

Hacia 1932 Gramsci polemiza de nuevo con la presunción de que las crisis capitalistas espoleen sin más el ánimo revolucionario de las masas —¡con el trasfondo esta vez de la terrible depresión económica mundial de 1929, del fascismo mussoliniano en Italia y de la ya muy perceptible amenaza del ascenso de Hitler al poder en Alemania!. Resume la posición de la Luxemburg del modo siguiente: «El elemento económico inmediato (crisis, etcétera) se considera como la artillería de cerco que abre en la guerra una brecha en la defensa enemiga, rotura suficiente para que las tropas propias irrumpen dentro y obtengan un éxito definitivo (estratégico) o, por lo menos, un éxito importante según la orientación de la línea estratégica». Para Gramsci, en cambio: «... la 'sociedad civil' se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a los 'asaltos' catastróficos del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, eac.): las sobreestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras de la guerra moderna. Así como en ésta ocurría que un encarnizado ataque artillero parecía haber destruido todo el sistema defensivo del adversario, cuando en realidad no había destruido más que la superficie externa, de modo que en el momento del asalto los asaltantes se encontraban con una línea defensiva todavía eficaz, así también ocurre en la política durante las grandes crisis económicas; ni las tropas asaltantes pueden, por efecto mero de la crisis, organizarse fulminantemente en el tiempo y en el espacio ni —aún menos— adquieren por la crisis espíritu agresivo, y en el otro lado, los asaltados no se desmoralizan ni abandonan las defensas, aunque se encuentren entre ruinas, ni pierden la confianza en su propia fuerza y en su propio porvenir. Es verdad que las cosas no quedan como estaban antes de la crisis económica, pero no se tiene ya el elemento de rapidez, de aceleración de tiempo, de marcha progresiva definitiva, como lo esperarían los estrategas del cadornismo político».²¹ El marco occidental de la lucha de clases ha vuelto caduca la

18. Gramsci, "Democrazia operaia", *L'Ordine Nuovo*, op. cit., pp. 10 y ss.
 19. Cfr. el artículo de Francisco Fernández Buey publicado en este mismo número de *Materiales*. De ahí deriva la principal corrección que introduce Gramsci en la "teoría de la Revolución" de Marx, corrección que rebasa el espontaneísmo organizativo de éste y se entronca con la tradición comunista inaugurada por Lenin. ("Ocurre casi siempre que un movimiento espontáneo de las clases subalternas coincide con un movimiento reaccionario de la derecha de la clase dominante, y ambos por motivos concomitantes: por ejemplo, una crisis económica determina descontento en las clases subalternas y movimientos espontáneos de masas, por una parte, y, por otra, determina *complots* de los grupos reaccionarios, que se aprovechan de la debilitación objetiva del gobierno para intentar golpes de estado. Entre las causas eficientes de estos golpes de estado hay que incluir la renuncia de los grupos responsables a dar una dirección consciente a los movimientos espontáneos para convertirlos así en un factor político positivo". *Antología*, op. cit., pp. 311-312.) El leninismo occidental de Gramsci tiene que ver sobre todo con su concepción del Partido —ya no identificado, sin mediación, con la clase—, y en la medida en que esa concepción afecta centralmente a la idea leninista de la Revolución, también con su global concepción de la Revolución. Está claro que las coordenadas de Lenin eran otras, otros los tiempos del *¿Qué hacer?* (tan autocriticado por Lenin y tan acriticamente embalsamado por el "marxismo leninista" estaliniano), pero, nos guste o no, es ya hora de admitir que la recepción y afirmación del leninismo en Occidente tiene que ver con la derrota de 1918-1921 y con el repliegue que esa derrota impuso al movimiento obrero. Y el leninismo de Gramsci es, quizá, el momento cumbre y más productivo de esa recepción.

20. A. Pannekoek, *Organizzazione rivoluzionaria e consigli operai*, Milán, 1970, p. 246. (Citado por Leonardo Paggi, op. cit., p. 239.)
 21. *Antología*, op. cit., pp. 419 y 421.

«guerra de movimientos» como estrategia central básica reduciendo su función a momento táctico de una estrategia basada en la «guerra de posiciones», del mismo modo que la primera Guerra Mundial había convertido el asedio en un auxiliar táctico de la maniobra. Por guerra de posiciones se entiende la batalla en la sobreestructura de la sociedad civil por la ocupación de sus trincheras defensivas, intentando ganar en este terreno una parte sustancial de la hegemonía proletaria (entendida como captación del consenso) cuyo corolario es la conquista del poder político y la fundación de un Estado de nuevo tipo (entendiéndola aquí ya como organización del consenso acorazado de coerción). La estrategia basada en la guerra de posiciones, formulada en la circunstancia de una honda crisis económica capitalista, tiene por objetivo completar sobreestructuralmente esa crisis y convertirla en una «crisis orgánica», esto es, básica y sobreestructural a la vez, aniquilando el dispositivo defensivo —y potencialmente contraofensivo— esencial del mundo burgués de su época. No será inútil detenerse ahora en las similitudes formales y en las diferencias de fondo entre esa guerra de posiciones —contrapuesta al asedio, a la guerra de movimientos— y la kautskyana «estrategia del cansancio» —opuesta a la «estrategia de aniquilamiento»—.

La principal de ellas radica en el factor que a continuación se enuncia: «la estrategia del cansancio» está pensada por Kautsky en un período de notorio equilibrio del capital y, por lo tanto, de tranquilidad y calma de la sociedad burguesa, con todas las manifestaciones que le son propias: estabilidad de la forma de Estado democrático-parlamentaria, ejército industrial de reserva de proporciones «normales», posibilidad de un sindicalismo ampliamente organizado sobre bases estrictamente atinentes a la sobrepuja del nivel de vida económico —sin cuestionamiento del plano contractual de las relaciones burguesas de propiedad—, posibilidad, en fin, de ensanchar paulatinamente el espacio político y la influencia del partido en los sucesivos concursos electorales. La conducta política subyacente a esa estrategia se hacía plausible sobre la base de la suposición de que el capitalismo caminaba paulatinamente hacia su ruina final. La primera Guerra Mundial evidenció incontrovertiblemente que el capitalismo tiene unos límites históricos que se manifiestan sólo cíclicamente en las crisis periódicas de envergadura crecientemente superior y de consecuencias sociales y políticas catastróficas a que conduce la acumulación de capital. Si no está claro, pues, que el capitalismo tiende ineluctablemente sin más a su autodestrucción, menos lo está, desde luego, el que tienda a ello gradualmente, sin agudas convulsiones cíclicas, sin traumas sociales, políticos y culturales tan discontinuos como recurrentes que devastan el tablero en el que se podría practicar un ejercicio parecido a la Ermattunstrategie.

La guerra de posiciones gramsciana está, en cambio, pensada como ya se ha dicho, en el marco de un ciclo bajo de la vida del capital y no puede hacerse —y no se hace—, por lo tanto, ilusiones gradualistas o irresponsablemente optimistas respecto de la «vía al socialismo» por ella guiada. La guerra de posiciones intenta abrir una «brecha decisiva» en el cerco enemigo (no espera a que se produzca) introduciéndose en las trincheras y casamatas, en los valladares de la defensa enemiga, presuponiendo el fuego de artillería de la crisis económica y abriendo la expectativa del asedio a la sociedad política burguesa.²² Creando en definitiva una crisis orgánica del sistema de producir, de vivir y de sentir y pensar capitalista, y dotándose como elemento decisivo de esa iniciativa de un Partido Comunista entendido como intelectual orgánico colectivo de la clase obrera.²³

«La crítica de la religión desengaña al hombre...»

Sólo en el contexto de estabilización y prosperidad burguesas de las últimas décadas, sólo en el auge de la segunda postguerra, resulta pensable la interpretación reformista, o gradualista, o parlamentarista (!) del Gramsci de los *Cuadernos de cárcel*. Así, por ejemplo, la versión socialdemócrata defendida por Giuseppe Tamburrano ²⁴ —por considerar un caso residual, pero influyente en nuestro país en ambientes de extrema derecha comunista—, según la cual la estrategia implicada por los *Quaderni* conllevaría la lucha por la hegemonía (entendida sólo como consenso) en la sociedad civil, asumiendo la neutralidad del Estado burgués y la viabilidad, en consecuencia, de luchar sólo en aquella para robustecer —parlamentariamente— la influencia en él hasta hacerse con su control. Versión que —detalles filológicos aparte— olvida: Primero: que Gramsci ha escrito sus notas encarcelado por un Estado fascista de excepción. Segundo: que, en consecuencia con la época que le ha tocado en suerte, su reflexión presupone la crisis económica del capital como conditio sine qua non de la guerra

22. "Todo eso indica que se ha entrado en una fase culminante de la situación político-histórica, porque en la política la "guerra de posición", una vez conseguida la victoria en ella, es definitivamente decisiva. O sea: en la política se tiene guerra de movimiento mientras se trata de conquistar posiciones no decisivas y, por tanto, no se movilizan todos los recursos de la hegemonía del Estado; pero, cuando por una u otra razón, esas posiciones han perdido todo valor y sólo importan las posiciones decisivas, entonces se pasa a la guerra de cerco, comprimida, difícil, en la cual se requieren cualidades excepcionales de paciencia y espíritu de invención. En la política el cerco es recíproco, a pesar de todas las apariencias, y el mero hecho de que el dominante tenga que sacar a relucir todos sus recursos prueba el cálculo que ha hecho acerca del adversario" (*Antología, op. cit.,* pág. 292).

23. Como elemento, por lo tanto, activo desprovisto de la pasividad del partido-propagandista kautskyano. Gramsci se acuerda no por casualidad de Maquiavelo, de las categorías voluntaristas del Renacimiento preilustrado y premarxista para hacerse una imagen del Partido Comunista solicitado por las circunstancias.

24. Giuseppe Tamburrano, Antonio Gramsci. *La vita, il pensiero, l'azione*, Bari, 1963. Tamburrano es miembro del Partido Socialista Italiano.

de trincheras en la sociedad civil burguesa, pues los períodos expansivos del capital conllevan la integración cultural de las masas trabajadoras. Tercero: que las inflexiones críticas del capitalismo europeo han sido hasta ahora —y no hay indicios de que eso vaya a cambiar— preludios de destrucción de las instituciones democrático-formales. Cuarto: que el Estado burgués mismo, por el papel específico que desempeña en el proceso de reproducción del organismo social, tiende a adoptar una *apariencia* de neutralidad respecto de los conflictos sociales que es asimismo un factor precisamente *ideológico*, violador de la consciencia de las masas y generador también de consenso favorable a la clase dominante (como Gramsci mismo ha entendido muy bien por lo general²⁵).

Pero hay otra interpretación del legado gramsciano, acaso más extendida en ámbitos comunistas, que tiene que ver con el talante «politicista» de la cultura socialista de la segunda postguerra. En la medida en que las últimas décadas —hasta comienzos de los años setenta, poco más o menos— han constituido un período particularmente esplendoroso de la vida del capital²⁶ (y en la medida en que el movimiento comunista se había ya insensibilizado en la entreguerra respecto de las vicisitudes de la base económica como consecuencia de la idea según la cual el capitalismo habría entrado en su período histórico de decadencia), se propagó una lectura de los *Quaderni* tendente a hacer de la necesidad virtud y a prescindir de las crisis del capital como *presupesto* ineludible de la «crisis orgánica» que la *iniciativa político-cultural* comunista había de contribuir a producir, de acuerdo con la interpetación contextualizada más plausible de la reflexión gramsciana de cárcel. Así, por ejemplo —mero ejemplo documentador del sobriedo talante— el gran economista del P.C.I., recientemente fallecido, Antonio Pesenti escribía en 1959 en un debate sobre la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia desarrollado en las páginas de la prestigiosa revista norteamericana *Science and Society* lo siguiente: «Para el destino del capitalismo y para los resultados de la lucha de clases recientemente radicalizada la disputa sobre la validez de la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia, incluso desde el punto de vista de la lógica abstracta, carece de sentido».²⁷ Después, claro está, de anatémizar filosóficamente el naturalismo y el mecanicismo en que recaería la opinión contraria.

25. Cfr. la discusión —bastante unilateralizada, no obstante— de este punto por parte de Perry Anderson, "The Antinomies of Antonio Gramsci", *New Left Review*, n.º 100, pp. 6-79.

26. He intentado describir algunas de las particularidades de ese período en "Crisis del capitalismo, eurocomunismo, prospectiva revolucionaria", *Materiales*, n.º 5, pp. 43-58.

27. Antonio Pesenti, "The Falling Rate of Profit" (recogido en *Kapitalismus und Krise*, Frankfurt, 1970, p. 46, volumen en el que se incluyen el resto de contribuciones a la controversia de Morris, Mattick, Dobb, Meek, etc.).

Pero en una fase alta del capitalismo, como aquella de la que acabamos de salir, nada más alejado de la realidad, nada menos verosímil, que la posibilidad de inducir al capitalismo a una «crisis orgánica». La actividad de los grandes partidos comunistas occidentales —y de otras formaciones revolucionarias minoritarias— ha quedado en ese período reducida a algo bien diferente: bloqueados por la guerra fría, acomplejados por la onda expansiva del capital, se han visto forzados a desempeñar meramente un papel de *resistencia* política y cultural revolucionaria en una situación no revolucionaria de fantástica y duradera estabilidad capitalista. (En tanto que los partidos socialistas o socialdemócratas procedentes de la II Internacional claudicaban sin excepción ante la recuperada realidad burguesa, convirtiéndose en muchos casos en celosos administradores de su hacienda.) No, por supuesto, sin consecuencias negativas para su identidad comunista. Por de pronto, en mayor o menor grado, y a pesar de su estancamiento durante años en un reducto relativamente retringido del espectro social, el *take off* burgués de la postguerra los ha integrado culturalmente en el peor de los casos o los ha deteriorado doctrinal y políticamente en el mejor de ellos.²⁸ Y, así, cuando la prosperidad capitalista de la postguerra ha tocado a su fin para dar paso a una crisis de dimensiones y consecuencias —en el futuro inmediato— seguramente mayores y probablemente también más espectaculares —porque es una crisis con complicaciones *sobreestructurales*, es decir, básica y *sobreestructural* a la vez, *civilizatoria*; esto es, una «crisis orgánica» *cuasi-espontáneamente* producida—, los partidos comunistas se enfrentan a ella todavía con esquemas políticos pensados y elaborados para una situación de estabilidad capitalista, y sólo tacticística e incoherentemente comienzan a registrar políticamente sus efectos.²⁹

Que el capitalismo se encuentre de nuevo en una fase crítica no basta, empero, para inferir que sea la nuestra una época análoga a la que le tocó en suerte a Antonio Gramsci. Podría sintetizarse, por el contrario, la diferencia principal así: si la crisis económica de la primera postguerra no fue suficien-

28. Así, el partido comunista europeo de tradición más cerradamente estalinista, el que —prescindiendo ahora de las causas— menos ha sabido hacerse una cultura partidista, es decir, el Partido Comunista de España, es hoy el partido más absorbido culturalmente por la ideología dominante. (Bastaría la mera evocación del malhadado concepto de "fuerzas del trabajo y de la cultura", o la increíble toma de postura del P.C. gallego sobre la autopista del Atlántico, o la del P.S.U.C. sobre los "cristianos", para probarlo.) El partido fundado por Gramsci, en cambio, es sin ninguna duda el que más originalmente ha forjado su propia cultura de partido, el de más intensa vitalidad orgánica interior y el de mayor capacidad de respuesta aún al entorno burgués.

29. Recuérdense las inquietantes afirmaciones de algunos dirigentes del P.C.E. sobre la oportunidad del Pacto de la Moncloa para "salir" de la crisis (como si meramente se tratara de un asunto de buena voluntad y adecuada política económica). No puede por menos de destacarse aquí también la diferencia con la *discutible* pero ya seria y bastante elaborada, posición del P.C.I. sobre la austeridad.

te para abrir el camino de la Revolución en Occidente, si la reflexión de los *Quaderni* llamaba la atención sobre la necesidad de llevar a cabo una iniciativa política y cultural capaz de completar sobreestructuralmente esa crisis, de hacerla «orgánica», la crisis civilizatoria, básica y sobreestructural a la vez³⁰ del capitalismo imperialista de nuestros días no abre tampoco vía revolucionaria alguna; esta vez, sin embargo, la paradoja es mucho más cruda y no tiene ya que ver primordialmente con el mantenimiento de las instituciones generadoras de consenso en Occidente —a pesar de la crisis económica—, sino con la reforzada conservación del aparato militar de los Estados imperialistas —a pesar de la «crisis orgánica»—. La falsaria euforia subjetivista de tradición estaliniana impide reconocer esa circunstancia *expressis verbis* a los grandes Partidos Comunistas, aunque el magro tacticismo que practican refute implacablemente, día tras día, la insensata presunción de que sea el «eurocomunismo» una «nueva» vía al socialismo.

De Gramsci queda por aprender la *veracidad* con que reconoció la derrota y el *talante* de comunista con el que trató de articular una estrategia defensiva no claudicante —es decir, no canceladora de la expectativa revolucionaria—. Porque lo más dañino de la euforia política —a la vez optimista e inerte— no es tanto su falsedad en sí, como la situación de indefensión en que asume a las masas en general y a la clase obrera organizada en particular frente a la ruina a que nos conduce la civilización burguesa. Y puesto que una estrategia basada en la *fabulación desiderativa* —como genialmente calificaban las *Lecciones sobre la religión* de Feuerbach a la falsa conciencia— sólo puede conducir a la catástrofe, parece de todo punto natural que la primera condición necesaria para concebir una política comunista hoy sea la crítica de esa falsa conciencia, engendrada por la impotencia y fabuladoramente diluidora de indeseados obstáculos reales: «La crítica de la religión desengaña al hombre con objeto de que éste considere, plasme, y refigure su realidad como un hombre desencantando, hecho racional, para que se mueva en torno de sí mismo, de su verdadero sol», decía el joven Marx en un hermoso texto crítico de la *Filosofía del derecho* de Hegel. La vigencia de la reflexión de Gramsci radica, sobre todo, más que en un cuerpo cerrado de doctrina (nada tan lejos de su hacer y de su pensar), más que en la operatividad de los conceptos con los que trabaja,³¹

30. Producida de un modo cuasi-espontáneo por la particularidad del desarrollo capitalista de las últimas décadas.

31. Cuando faltan pocos meses para que se cumpla el décimo aniversario de la Revolución de Mayo del 68, y en plena euforia eurocomunista, conviene recordar que la *ultima ratio* de la conservadora actuación del P.C.F. fue como machaconamente insistieron sus dirigentes, y la masacre y el baño de sangre que la intervención de las fuerzas armadas galas hubiera producido en caso de que la impresionante estructura consejista de la prolongada huelga general hubiera derribado al Estado burgués erigiéndose en una dictadura proletaria decidida a realizar el socialismo.

en su comprensión del marxismo como una «organización crítica del saber» que no se engaña a sí misma ni lleva a engaño a los demás. Acaso su actitud ejemplar en este respecto nos sirva hoy para comenzar a desencantarnos.

Gramsci sobre Dante

(«Estructura y poesía». «Racionalidad y pasión»)

RAFAEL ARGULLOL

1. Varias podrían ser las razones de la predilección de Gramsci por el Canto Décimo del «Inferno» de Dante Alighieri. Acaso, por un lado, la singularmente perfecta arquitectura de ese canto le sugería la posibilidad de un análisis literario rico en deducciones estéticas. Sin embargo, por otro lado, uno se inclina a pensar, a tenor del cariz general de las anotaciones críticas de Gramsci sobre arte y literatura, que son razones de «gusto» y de «política»— profundamente vinculadas entre sí, de otra parte— las que mueven su atención hacia el episodio de Farinata y Cavalcante.

Los apuntes de Gramsci sobre el «círculo de los herejes» (el sexto correspondiente al Décimo Canto), incluidos en los *Quaderni del carcere* fueron redactados, con toda probabilidad, entre 1929 y 1931. De ello dan testimonio dos cartas a Tatiana Schucht que permiten seguir el itinerario dantológico de las notas carcelarias. En la primera, del 26 de agosto de 1929, Gramsci anuncia a su cuñada que ha empezado a trabajar en una «nota dantesca» a propósito de una «piccola scoperta» sobre el Canto X del «Inferno»; en la segunda, escrita desde la cárcel de Turi, el 31 de setiembre de 1931, le comunica la conclusión de aquel proyecto y le ruega el envío de las notas adjuntas a su ex-profesor, y dantólogo conocido, Umberto Cosmo.¹ No obstante el interés de Gramsci por la dimensión cultural del Canto Décimo es muy anterior, constancia de lo cual es su artículo «Il cieco Tiresia», aparecido en 1918, en su sección crítica habitual «Sotto la mole» del órgano socialista *Avanti*. Más de diez años después en un fragmento del cua-

1. Las cartas a Tatiana Schucht con referencia al Canto Décimo: *Lettere dal carcere*, p. 82 y p. 141 (Einaudi). En el cuaderno XIII de los «Quaderni» Gramsci reseña la respuesta epistolar de Umberto Cosmo, recibida un año después.

dero XIII —el que, de entre sus cuadernos carcelarios, contiene la mayoría de las acotaciones dantológicas— el propio Gramsci reconocerá, en aquel texto juvenil aparentemente costumbriero, el pre-desarrollo, *in nuce*, de sus tesis posteriores.

2. El artículo «El ciego Tiresia» efectivamente no sólo contiene, aunque en embrión, las hipótesis trazadas una década después, sino que es una muestra de la poderosa capacidad de Gramsci para vincular —políticamente, pero nunca con ánimo sociologista— los análisis estéticos con los fenómenos de la vida social cotidiana. «El ciego Tiresia» alude a una noticia de los periódicos italianos de la época, según la cual dos niños campesinos habían quedado ciegos tras profetizar el fin de la guerra mundial, del mismo modo que, como epicúreos, «Farinata y Cavalcante han sido castigados por haberse excedido en su deseo de ver el más allá, sobrepasando la disciplina católica: han sido castigados con el no conocimiento del presente».² Para Gramsci, que se distancia del «contenido» de la noticia aparecida en las crónicas de sucesos, pero no por ello deja de utilizar su «carga simbólica», «el nexo es evidente: en la tradición literaria y en el folklore, el don de la previsión está siempre vinculado a la enfermedad actual del profeta que, mientras ve el futuro, no ve el presente inmediato porque es ciego».³ De ahí la médula poética del Canto Décimo del «Inferno»: la verdadera oscuridad de las dramáticas existencias de Farinata y de Cavalcante se refiere a lo inmediato; conocen el pasado, intuyen las grandes líneas del futuro histórico, pero desconocen las vicisitudes del porvenir más próximo.

Pausiblemente el entusiasmo de Gramsci por este capítulo de la «Divina Comedia» guarda relación con su convencimiento de que Dante en su obra delinea, con capacidad poética excepcional, los complejos enfrentamientos de toda crisis civilizatoria, la contradictoriedad entre los que viendo el presente no ven el futuro y los profetas que conociendo éste son, sin embargo, ciegos («Esto se vincula a la preocupación por no turbar el orden natural de las cosas; por ello, como ocurre con Casandra, no se cree a los profetas».⁴

3. El motivo trágico del Canto Décimo —que ciertamente, en sí mismo, puede ser considerado como una armónica tragedia— está dominado por esta contradictoriedad. De hecho podría decirse que en ella se debaten tres héroes trágicos: Farinata degli Uberti, caudillo de los gibelinos, al que atormenta el presente dudoso de su causa y de su patria, Florencia; Cavalcante, asimismo noble toscano, obsesionado por el incierto fin de su hijo Guido; y finalmente, Dante que, al con-

trario de sus interrogados, conoce el actual estado de las cosas, pero siente la angustia de los tiempos venideros. La estructura trágica encierra, pues, una triple tensión. La de Farinata, esencialmente *político-histórica*, es la del ciudadano preocupado por los destinos de su nación y la del guerrero poseedor de una ataraxia épica. La de Cavalcante, *pasional*, está dominada por el ansia del amor paternal ante las sombras mortales que se ciernen sobre su hijo. La de Dante, que es quien sostiene los diálogos trágicos con los dos anteriores, participa tanto de la vertiente *político-histórica* en cuanto partícipe de las luchas partidistas de su tiempo, como de la *pasional* por ser amigo del poeta Guido Cavalcanti.

Gramsci conoce, y reconoce, la tragedia de Farinata. No parece probable que un hombre en permanente «tensión político-histórica» como era el caso de Gramsci olvidara la significación fundamental del estoicismo de Farinata. Más bien es posible que Gramsci diera por supuesta la epopeya, reconocida por todos los críticos, de Farinata degli Uberti y se propusiera realzar la, casi olvidada, tragedia de Cavalcante Cavalcanti. Según Gramsci «Cavalcante no está impulsado por la «racionalidad» sino por la «pasión»; no existe ninguna razón para que Guido debiese acompañar a Dante; existe sólo el deseo de Cavalcante de saber si en aquel momento, Guido está vivo o muerto y librarse así de su pena».⁵ Al lado del trágico apolíneo —representado por Farinata— que altivamente desprecia los mismos tormentos infernales bajo la suprema razón de su patriotismo, la figura de Cavalcante, para Gramsci, encarna la grandeza y la fragilidad de la tragedia cotidiana en su aspecto más decisivo: la «pasión» como elemento determinante de las relaciones entre los hombres. Frente al tono distante y enérgico, y en cierto modo ceremonioso, de Farinata, las palabras de Cavalcante, desesperadas y ajenas a toda ceremonia, denuncian el predominio de la pasión-sentimiento sobre la razón.

A pesar de ello la complementariedad de las tragedias de Farinata y Cavalcante, de las tensiones *histórico-política* y *pasional*,

5. Antonio Gramsci: *Quaderni del carcere*, p. 521 (Einaudi). El tema gramsciano de la «pasión», como categoría individual-espontánea de la actividad humana, merecería un estudio específico pues comporta el reconocimiento de una dimensión del análisis social que ha sido infrecuentemente aceptada por la —demasiadas veces, hiperracionalista— tradición marxista. En diferentes fragmentos de los «Quaderni», aunque sin una definición exactamente establecida, aparece el concepto «pasión». Valgan, por ejemplo, los siguientes párrafos del cuaderno XVIII: «El elemento popular 'siente', pero no comprende o no sabe; el elemento intelectual 'sabe', pero no siempre comprende o, especialmente, 'siente' (...). El error del intelectual consiste en creer que puede *saber* sin comprender y, especialmente, sin sentir y ser *apasionado* (no sólo del saber en sí, sino también por el objeto del saber) es decir que el intelectual puede serlo aún alejado y desgajado del pueblo-nación, es decir sin sentir las *pasiones* elementales del pueblo (...) vinculándolas dialécticamente a las leyes de la historia, a una superior concepción del mundo, científica y coherentemente elaborada, el «*saber*» no se realiza *políticamente sin esta pasión...*», p. 1505 (Einaudi).

2. «El ciego Tiresia.» En *Sotto la Mole*, p. 393 (Einaudi).

3. Antonio Gramsci: *Quaderni del carcere*, p. 527, Einaudi. Recuérdese la equivalencia entre folklore y «sabiduría popular» en la obra de Gramsci.

4. Antonio Gramsci: *Quaderni del carcere*, p. 527 (Einaudi).

de la «racionalidad» y la «pasión», es evidente en todo el desarrollo del Canto Décimo. Así lo pone de manifiesto Gramsci cuando escribe: «que existe una íntima relación entre Cavalcante y Farinata resulta, en la poesía de Dante, de la letra del canto y de su estructura. Cavalcante y Farinata son vecinos, sus dramas se entrelazan estrechamente y Farinata cumple la función estructural de *explicator* para hacer penetrar al lector en el drama de Cavalcante. Explícitamente luego del 'ebbe', Dante contrapone Farinata a Cavalcante en el aspecto físico-estatuario que expresa sus posiciones morales. Cavalcante *cae*, se enerva, no aparece más, Farinata, 'analíticamente' no cambia de aspecto, no dobla la cerviz ni se muestra sensible».⁶

Aunque específicamente Gramsci sólo hace referencias a la doble tragedia de Farinata y Cavalcante y no describe a Dante como protagonista trágico, sus anotaciones dejan bien sentado que el tercer héroe del Canto Décimo es el propio poeta. La incorporación de Dante en la trama trágica de su obra, es un hecho aceptado en la actualidad, por los más rigurosos comentaristas de la «Divina Comedia». La figura de Dante, viajero por los estratos infernales, no sólo articula la estructura trágica del poema sino que, como ocurre relevantemente en el Canto Décimo, completa la circularidad —de Dante a Dante— del argumento dramático. A este respecto Kalikst Morawski⁷ ha señalado que si se consideraba el Canto Décimo como tragedia independiente, sus prólogo, actos y epílogo estarían determinados por los sucesivos diálogos dantescos: Dante con Virgilio, Dante con Farinata, Dante con Cavalcante, de nuevo Dante con Farinata, para finalizar, al modo de la «pietas» de los antiguos, con el postrer diálogo entre Virgilio y Dante. No hay ninguna duda sobre el acuerdo de Gramsci sobre tal afirmación, por cuanto también él acepta, sin ambages, la utilización por Dante, aun consigo mismo —acaso especialmente consigo mismo— de la «pietas» clásica: «Dante no interroga a Farinata sólo para 'instruirse', lo interroga porque *ha quedado conmovido* por la desaparición de Cavalcante. Quiere que le sea desatado el nudo que le impidió responder a Cavalcante; y se siente culpable, frente a éste».⁸ La atenta lectura del Canto Décimo no permite albergar dudas sobre la intención de Dante de conseguir un *efecto catártico* mediante la autointerrogación trágica.

Los dramas de Farinata y Cavalcante convergen en el drama de Dante para quien los porvenires de aquéllos, padre e hijo, confluyen, a través de su incertidumbre política y de su crisis de amistad con Guido Cavalcante, en su propio porvenir.

6. Antonio Gramsci: *Quaderni del carcere*, p. 524 (Einaudi).

7. Kalikst Morawski: "El aspecto trágico del episodio de Farinata en el 'Inferno'". En "A Homage to Dante", número especial de Books Abroad".

8. Antonio Gramsci: *Quaderni del carcere*, p. 518.

(«Cuando estés ante la dulce mirada de aquella, cuyos ojos lo ven todo, conocerás el porvenir que te espera» hace concluir Dante a Virgilio en busca de una salida positiva a la «pietas»). Lo cual hace escribir a Gramsci, certeramente: «Y aquí está la "catarsis". Dante se corrige, arranca de la pena a Cavalcante...».⁹

4. Al hablar del drama de Cavalcante y de la catarsis dantiana a través de éste, Gramsci, siguiendo —o coincidiendo con— la posición de Ugo Foscolo, ha puesto de relieve la función oculta, pero central de Guido Cavalcanti. El ritmo trágico de la breve aparición de Cavalcante alcanza su punto álgido en la pregunta que le hace a Dante:

«Se per questo cieco
Carcere vai per altezza d'ingegno,
Mio figlio ov'e? Perdié non è ei teco?» *
(Inf X, 58-60.)

A lo que responde el poeta:

«Da me stesso non vegno:
Colui ch'attende là, per qui mi mena,
Forse *cui* Guido vostro *ebbe* a disdegno» **
(Inf, X, 61, 63.)

Dos palabras de este fragmento nuclear del Canto Décimo llaman la atención de Gramsci: *cui* y *ebbe*.*** Con respecto a *cui*, es decir el receptor del desdén de Guido, fuente de encontradas polémicas en la historia de la crítica dantológica entre los que asignaban el «desdén» cavalcantiano a Virgilio, o sea a la lengua latina, y los que, buscando motivaciones ideológicas más profundas, lo dirigían hacia Beatriz, símbolo de la fe y de la verdad teológica, Gramsci se define con poca claridad. Probablemente prefiere no inmiscuirse en una controversia harto difícil de solucionar con recursos filosóficos, en especial si se tiene en cuenta que Guido Cavalcanti, si damos crédito a Boccaccio,¹⁰ tenía suficiente capacidad de desdén para alcanzar ya fuere a la ortodoxia lingüística, ya fuere a la religiosa. No sucede lo mismo con el segundo término en cuestión, *ebbe*, que sirve a Gramsci para sintetizar algunas conclusiones crítico-literarias a las que concede la mayor importancia. «Sobre *ebbe cae* el acento "estético" y "dramático" del verso, y ese es el origen del drama de Cavalcante».¹¹ En efecto, al oír la res-

9. Antonio Gramsci: *Quaderni del carcere*, p. 521 (Einaudi).

10. Giovanni Boccaccio: "El comentario a la 'Divina Comedia' di Dante".

11. Antonio Gramsci: *Quaderni del carcere*, p. 521 (Einaudi).

* "Si la fuerza de tu genio es la que te ha abierto esta oscura prisión, ¿dónde está mi hijo y por qué no se encuentra a tu lado?"

** "No he venido por mí mismo. El que me espera allí me guía por este camino, aquel por quien quizá vuestro Guido sintió desdén."

*** "Por quién" y "tuvo".

puesta de Dante a su pregunta, toma extraordinaria fuerza dramática la nueva exclamación de Cavalcante que ya no es pregunta sino expresión desesperada de su tormento:

«Come dicesti: "egli ebbe"?
Non vive egli ancora?
Non fiedi gli ochi suoi la dolce lome?» ****

Para Cavalcante, que ve el pasado y vislumbra el porvenir pero ha sido desposeído de la consciencia del presente, el *ebbe* dantiano acaba la esperanza tenue más real que le proporciona la incertidumbre («mio figlio ov'e?») y sumido en la angustia de la muerte de su hijo

«Supin ricadde e piú non parve fora.» *****
(Inf, X, 72.)

como aniquilado por el dolor.

El *ebbe* es piedra angular de la *estructura* trágica del Canto Décimo por cuanto es el punto de inflexión entre la exposición dramática de la trama y el inicio de la acción catártica. Pero al mismo tiempo, y de ahí la «ejemplaridad» que le otorga Gramsci, es el vértice decisivo y excepcional del triángulo poético-emotivo formado por Cavalcante, Dante y Guido. *En otras palabras constituye, al mismo tiempo, estructura y poesía.*

5. El análisis gramsciano del «ebbe» da paso a la acaso principal lección de sus observaciones crítico-literarias de cárcel: la referente a la relación entre estructura y poesía en la tradición literaria. A pesar de que como prisionero Gramsci está alejado de los debates culturales, es perfectamente claro, si se tienen en cuenta las acotaciones de los *Quaderni dal carcere*, su permanente esfuerzo por conocer, aun a través de fragmentos y fuentes indirectas, las distintas corrientes del mundo intelectual italiano. Así en los mismos *Quaderni* se advierte la atención gramsciana por la gran polémica dantológica originada por los distintos escritos motivados por la conmemoración del sexto centenario de la muerte de Dante (1921) y de modo especialísimo por el libro de Benedetto Croce, *La Poesía di Dante* (1920, Bari).¹² En su breve texto Croce hacía, explícitamente por primera vez, la conocida distinción entre *estructura* y *poesía*. Según el filósofo napolitano en la contex-

**** "¿Cómo dijiste tuvo? Pues qué, ¿no vive aún? ¿No hiere ya sus ojos la dulce luz."

***** "Cae y ya no permanecerá más afuera."

12. Niksa Stipevich en su libro, "Gramsci e i problemi letterari" (Milán, 1968) da cuenta del itinerario de la atención gramsciana por la polémica dantológica. También Rino dal Sasso en su artículo, "Il rapporto struttura-poesía nelle note di Gramsci sul decimo canto dell'Inferno" que forma parte del volumen *Studi Gramsciani* (Roma, 1958).

tura de la «Divina Comedia» había que diferenciar radicalmente entre los versos que «eran poesía» y los que «constituían la arquitectura estructural» destinada a hilvanar y articular, trágicamente, el desarrollo del poema. Esta opinión, de notoria importancia en la historia de la crítica dantológica, suscitó encontrados puntos de vista entre los críticos y filólogos italianos y encontró abonado terreno en las reflexiones dantológicas iniciadas por Gramsci en el artículo «Il cieco Tiresia», anterior en dos años al ensayo crociano. Gramsci, como en tantos otros aspectos de su actividad teórica acepta, para reformarlos o transformarlos, los conceptos y la metodología de Croce. En este caso valora, justamente, la eficiencia analítica de los conceptos de *estructura* y *poesía* pero, apartándose notoriamente de las conclusiones de su formulador, afirma la *indisociabilidad* de ambas. Para Gramsci la verdadera literatura trágica— y, no hay ninguna duda a este respecto, de la «Divina Comedia»—, tal como se ha esforzado en mostrar a propósito del Canto Décimo y, muy singularmente, del vocablo *ebbe*, se caracteriza por la integración armónica de los elementos poéticos y los elementos arquitectónicos en una totalidad integrada y autosuficiente. En el Canto Décimo se hace patente la *ósmosis permanente entre estructura y poesía*: «...Farinata, repentinamente, cambia de carácter, luego de haber sido *poesía* se convierte en *estructura*»; «...el fragmento estructural no es solamente *estructura*, es también *poesía*, es un elemento necesario del drama que se ha desarrollado».¹³ A lo largo de sus anotaciones, tratando de completar el carácter totalizante de la relación *estructura-poesía*, Gramsci da a ésta una definición integradora, superadora, hasta cierto punto —hasta cierto punto, pues es demasiado vaga— del dualismo crociano: «(*estructura*) es la coherencia lógica e histórico-actual de la masa de sentimientos representados artísticamente»,¹⁴ es decir, *poéticamente*.

La importancia crítica de la refundición de los conceptos de *poesía* y de *estructura* —efectuada desgraciadamente, sólo en esbozo— es patente, y no ha escapado a la atención de Galvano della Volpe quien la ha opuesto a «toda la tradición romántica y postromántica de la crítica dantológica, que de De Sanctis a Croce y a Momigliani y otros, sostiene que la estructura (el intelecto) en la Comedia es una cosa y la poesía (la fantasía) otra».¹⁵ Sin embargo, si es fecunda en el terreno de la crítica literaria la definición gramsciana de *estructura* como *unidad articuladora lógico-histórica de lo poético* también lo es de manera particular, como lo señala el propio Della Volpe, para la metodología crítica materialista: «Ahora no es ilícito argüir de lo precedente que es precisamente a partir

13. Antonio Gramsci: *Quaderni del carcere*, pp. 518 y 519 (Einaudi).

14. Antonio Gramsci: *Quaderni del carcere*, p. 2188 (Einaudi).

15. Galvano della Volpe en *Studi gramsciani*, p. 544.

de aquí —de esta capacidad gramsciana por advertir la razón de las razones, o intelectualidad o discursividad, en la obra de arte, sin caer, roto el encanto del *formalismo*, es decir de la estética (mixtificante) de la "intuición irreflexiva" o "pura", en la tentación del *contenidismo* sociológico, aunque éste sea refinado— como se anuncia la posibilidad de una nueva (integral) crítica literaria y artística y de la implícita estética materialista. Capacidad notable que, desde Plejanov a Lukács, no se encuentra en prácticamente ninguno de los teóricos y críticos literarios materialistas posteriores a Marx y a Engels». ¹⁶

* * *

No es casualidad que Gramsci dedicara a Dante y a su obra una parte importante de su esfuerzo teórico, desarrollado en las adversas condiciones conocidas. Presumiblemente sus estudios sobre «estructura y poesía», sobre «racionalidad y pasión» tenían que ver con un significado, más general, que él otorgaba al poema dantiano, relacionable, acaso, con su propia situación y la de su tiempo. De ahí, quizá su interrogación ¹⁷: «¿La Divina Comedia no es un poco el canto del cisne medieval, que, sin embargo, anticipa los tiempos nuevos y la nueva historia?».

16. Galvano della Volpe en *Studi gramsciani*, p. 545.
17. Antonio Gramsci: *Quaderni del carcere*, p. 734.

Gramsci y el PCI: dos concepciones de la hegemonía

MASSIMO L. SALVADORI

En su sentido originario el término «hegemonía» contiene dos elementos: la idea de un poder o mando ejercido por quien detenta tal hegemonía y la idea de que ese poder o mando es ejercido en función de los siguientes objetivos: 1) «dirigir a unos aliados y 2) desarrollar con ellos una acción de fuerza dirigida contra uno o varios adversarios. El concepto de hegemonía, en su doble vertiente, implica, pues, por una parte, la búsqueda del consenso en el seno de un bloque de alianzas, y, por otra, la de dominación de los adversarios, una dominación a la que se llega con ayuda de la fuerza. Se trata de una combinación de relaciones que forman un todo inseparable.

Como nadie ignora, en la cultura política italiana (y no sólo italiana) contemporánea la discusión sobre la hegemonía y sus implicaciones viene vinculada a la obra de Antonio Gramsci, y especialmente al significado de sus *Quaderni del carcere*, hasta el punto de que cabría afirmar sintéticamente que Gramsci se presenta hoy sobre todo como el «teórico de la hegemonía». La atención fundamental que se dedica a la teoría gramsciana de la hegemonía tiene sus raíces en la búsqueda, por parte del PCI, de las formas de una vía al socialismo acorde con la complejidad del desarrollo de la sociedad civil y del Estado en los países de desarrollo industrial avanzado, en la consciencia de que el «modelo» de socialismo representado por los países socialistas de matriz bolchevique-estalinista no es ni practicable ni deseable. Los teóricos e ideólogos comunistas consideran la obra de Gramsci, y especialmente los *Quaderni*, como una etapa central, un eslabón entre el leninismo y el postleninismo. Las interpretaciones que podríamos denominar corrientes y de carácter más directamente político (la de Luciano Gruppi es, desde este punto de vista, ejemplar) tienden a sugerir una lectura según la cual Gramsci habría realizado una especie de «rotación» teórica, partiendo del interior del

leninismo y de su perspectiva para abrir al final, precisamente a través de la elaboración de la «teoría de la hegemonía», el camino hacia la estrategia actual del PCI, basada en la aceptación del «pluralismo», en la democracia política, en el diálogo entre fuerzas políticas diferentes, en la estrategia de reformas.

Los puntos de la teorización gramsciana contenida en los *Quaderni* que más se utilizan en este sentido son los que se refieren: 1) a la necesidad, para una fuerza que pretenda fundar un nuevo Estado, de convertirse en «hegemónica» aun antes de llegar al poder; 2) a la necesidad, para el proletariado, de vincular su perspectiva a un «bloque» de fuerzas históricas capaz de expresar la complejidad de la sociedad civil; 3) a la necesidad de atribuir un papel central a la vinculación con los intelectuales; 4) a la necesidad de desarrollar en «Occidente» una lucha que tenga adecuadamente en cuenta las diferencias entre las formas de la revolución social en Rusia y las formas de un proceso revolucionario en los países capitalistas desarrollados, es decir, de tener en cuenta las «lecciones» que se desprenden del fracaso de la revolución en Europa central y occidental en la primera posguerra.

Un problema político

El que una fuerza política con el peso del PCI tienda a utilizar su propia «tradición» teórica, en especial todo lo que se relaciona con la figura de su máximo pensador, no es sólo natural, sino incluso necesario. Sin embargo, tras esta aclaración, creo que hay que trasladar la discusión a un plano más provechoso, es decir, al de cómo se lleva a cabo tal utilización.

Esta verificación sobre el *cómo* puede partir de dos necesidades que pueden permanecer diferenciadas, pero que conviene relacionar estrechamente. La primera es de carácter histórico, es decir, de definición exacta del significado de la teoría gramsciana, de sus «rasgos» propios, de la naturaleza y objetivos inherentes a ella. La segunda es más política y se refiere al esclarecimiento de la relación entre teoría y práctica; esta necesidad de clarificación puede expresarse en la siguiente pregunta: ¿es legítimo o no el intento, tenazmente perseguido por el PCI, de presentar su estrategia actual («compromiso histórico») como basada en las implicaciones de la teoría de la hegemonía de Gramsci? Quisiera explicarme mejor. Al plantear aquí una cuestión de «legitimidad» no pretendo en absoluto suscitar un problema de determinación historiográfica de los conceptos, sino un problema político, pues, según sea o no «auténtica» la referencia a Gramsci, cambiará la valoración sobre el PCI actual. En efecto, es evidente que una cosa es un partido que, al hacer política, se caracteriza por la unidad de

su teoría y su práctica y otra muy distinta un partido que se desarrolla utilizando de una forma por lo menos parcialmente instrumental el pensamiento de su máximo teórico, con la consiguiente escisión, muy poco gramsciana, entre una determinada dimensión de la teoría (la referencia a Gramsci) y su praxis. Si se pudiera afirmar que en la teoría y en la práctica del PCI existe una continuidad *fundamental* con la teoría gramsciana, ello significaría reconocer que los comunistas siguen moviéndose por una inspiración que podría denominarse sintéticamente leninista-revolucionaria en el sentido planteado históricamente a partir de 1917; en caso contrario, habría que pedirle al PCI que aclarara en términos más explícitos, por una parte, cuál es el carácter real de su relación con la tradición del bolchevismo y, por la otra, cuál es su «carácter» de fuerza socialista. Lo que creo que se puede afirmar sin lugar a dudas es que una falta de claridad en la relación entre la teoría y la práctica conduce al «empirismo», tanto teórico como práctico.

Trataré de ser más explícito. El PCI es el mayor partido de la izquierda italiana; cuenta con un gran apoyo popular; ha impulsado, en medida mucho mayor que el PSI, una política de gran amplitud en el frente ideológico; y es, en consecuencia, la fuerza central y decisiva de la izquierda italiana, con un peso creciente a escala internacional. Le corresponden, pues, las mayores responsabilidades, ya que sus problemas son inevitablemente, de forma más a menos directa, los de toda la izquierda de nuestro país.

Los dirigentes del PCI a diversos niveles esgrimen continuamente esta fuerza como demostración en los hechos de una capacidad teórica y práctica que por sí misma debería inducir a sus críticos a ser muy prudentes. En mi opinión, se pueden formular a este respecto un par de observaciones. La primera es que la historia contiene precedentes de partidos obreros y socialistas que, precisamente en el momento en que alcanzaron su máxima fuerza, tanto en términos de consenso electoral como de amplitud e intensidad de relaciones con las masas populares, se encontraron en una situación de «impasse» estratégica caracterizada también por una escisión entre la teoría y la práctica (piénsese en la socialdemocracia alemana en vísperas de la primera guerra mundial y en el Partido Socialista Italiano en la primera posguerra). La segunda observación es la de que el PCI, de cualquier modo, debería valorar con atención (suponiendo que no lo haga) el hecho de que su fuerza actual procede en medida considerable, por expresarlo de forma algo brutal, de una especie de renta que la DC, con su desastrosa gestión, y las taras históricas de la consolidación burguesa en Italia han regalado prácticamente al mayor partido de la oposición, impulsando hacia éste a fuerzas

interclasistas de diversa composición, justamente indignadas contra la DC y decepcionadas por la incapacidad o imposibilidad del PSI para condicionar de forma incisiva la acción reformadora de los gobiernos en el período del «centro-izquierda». De ahí el carácter parcialmente heterogéneo, poco claro e incluso de protesta pasiva de parte de la base del «consenso» recientemente conseguido por el propio PCI. Frente a este fenómeno tiene una importancia fundamental «saldar cuentas» con los menores prejuicios posibles en el terreno de las cuestiones teóricas para que se puedan esclarecer de forma plenamente consciente los presupuestos teóricos de la práctica. Sin esta clarificación, las opciones estratégicas adquieren un carácter notablemente precario y la base del amplio consenso del que gozan hoy las izquierdas (y especialmente el PCI) podría convertirse, a más largo plazo, en elemento de desbandada. En efecto, sólo una clara perspectiva teórica o, por lo menos, la definición de una problemática clara puede impedir que se vea sometida a bruscas oscilaciones una parte significativa del consenso.

Tras estas observaciones, considero que una de las formas de situar en sus términos correctos una problemática teórica es también la respuesta a la pregunta: ¿es la estrategia actual del PCI «compatible» con la indicada por Gramsci? Y, más específicamente, ¿puede deducirse la línea de la «hegemonía» propugnada por el PCI de la «teoría de la hegemonía» de Gramsci? Es evidente que, en caso de responderse (como quiero aclarar ya que respondo yo) que entre los dos términos de la comparación no existe una continuidad política y una intrínseca homogeneidad de concepción, ello no querría decir sin más que nos encontramos ante un pecado de lesa majestad, pero se desharía un equívoco, sentando las premisas para la definición de la naturaleza real de la concepción actual de la «hegemonía» que caracteriza al PCI y para una discusión realista sobre los motivos que han impulsado al PCI a una evolución diferente, sobre la validez de una u otra concepción de la hegemonía en relación con las tareas actuales.

La interpretación canónica de Gramsci

Creo que cualquier discusión sobre la «teoría de la hegemonía» elaborada por Gramsci ha de tener presentes las siguientes exigencias: 1) analizar cuáles son sus orígenes, y ponerlos en relación con sus desarrollos, para llegar a conclusiones acerca de la cuestión central de si éstos han introducido variaciones cualitativas respecto a aquéllos y, por consiguiente, pueden abrir una perspectiva diferente; 2) comprobar si los desarrollos de la teoría tienen en Gramsci implicaciones que modifiquen de forma esencial la teoría leninista de la dictadura del

proletariado; 3) comprobar, en definitiva, si las conclusiones del pensamiento de Gramsci contenido en los *Quaderni* permiten, siquiera de forma potencial, considerar la hegemonía como algo diferente de la dictadura del proletariado o si para Gramsci la hegemonía fue siempre un enriquecimiento en sus articulaciones de la propia teoría de la dictadura.

El problema dista mucho de ser académico, pues, como es sabido, el PCI propugna hoy una teoría del poder socialista que ya no se puede referir a la teoría de la dictadura del proletariado, mientras que sus ideólogos afirman que su estrategia es, por así decirlo, una «derivación» del pensamiento gramsciano.

Quien con mayor claridad ha avanzado en esta dirección ha sido Luciano Gruppi. Su interpretación de la «teoría de la hegemonía» de Gramsci es esquemáticamente la siguiente: Gramsci inició su elaboración como hijo del leninismo; en la fase inmediatamente leninista la hegemonía era para él un aspecto directo de la dictadura del proletariado; reflexionando sobre la derrota del movimiento obrero a comienzos de los años veinte, abrió una fase de elaboración basada en las diferencias entre Oriente y Occidente, de la que los *Quaderni* son la cumplida expresión conceptual; el punto de llegada de Gramsci es una meditación sobre el leninismo culminada por una concepción de la hegemonía que conduce, de manera no explícita, sino *potencialmente*, o, mejor dicho, metodológicamente, a lo que Gruppi llama un «enriquecimiento de la concepción leninista del Estado, pues el Estado puede concebirse ya como algo más que una máquina opresiva y, por consiguiente, a «destruir» (realmente resulta difícil imaginar una utilización más ambigua del término «enriquecimiento»). A la consideración que acabamos de citar, Gruppi añade significativamente una frase que expresa, aunque de forma algo hermética, toda la «sustancia» de su interpretación: «Aparecen así las consecuencias que esto puede suponer en la teoría y en la práctica»; y prosigue: «Toda la concepción de la vía italiana al socialismo sería inexplicable si no partiera del principio de la hegemonía... Se derrumbaría toda su estrategia y una táctica de alianzas. Se derrumbaría la relación entre reformas y revolución... Se derrumbaría también la concepción del *partido nuevo*, es decir, de un partido que no se limita a la oposición negativa, a señalar propagandísticamente la solución socialista, sino que interviene activamente para definir y resolver los problemas que se plantean concretamente».² Era imposible exponer con más claridad los términos de una interpretación de la continuidad entre la línea de Gramsci y

1. L. Gruppi, *Il concetto di egemonia*, en AA.VV., *Prassi rivoluzionaria e storicismo in Gramsci*, "Critica marxista", Quaderni n. 3, 1967, p. 88.
2. *Ibid.*, pp. 94-95.

la del PCI actual (el hecho de que el ensayo de Gruppi al que me refiero se escribiera en 1967 no altera la valoración ni disminuye su actualidad).

Los puntos clave son, pues, los siguientes: ¿abrió Gramsci realmente el camino a una concepción del Estado (con todas sus consecuencias) que ya no implica la necesidad de su destrucción? ¿Sentó Gramsci las premisas para el *paso* de una concepción del Estado como expresión de la dictadura del proletariado, de la «democracia proletaria», en oposición a la democracia burguesa parlamentaria, de la ideología marxista como ideología de la «antítesis total», a una concepción del Estado burgués como Estado que «no se ha de destruir», de la democracia «pluralista» como plasmada en las instituciones democrático-parlamentarias de matriz liberal, de la «hegemonía ideológica» como «pacífica» confrontación entre las ideologías producidas por las diversas fuerzas sociales y políticas? ¿Es Gramsci el padre de una concepción de la «hegemonía» como «enriquecimiento» de la dictadura del proletariado que, en realidad, crea las premisas para el abandono de ésta?

La experiencia consejista

Cuando Gramsci escribió en 1926 que ya en el período «ordinovista» «los comunistas torineses se habían planteado concretamente la cuestión de la “hegemonía del proletariado”, es decir, de la base social de la dictadura proletaria y del Estado Obrero»³ era un correcto historiador de sí mismo, pues señalaba inequívocamente en la estrategia de los consejos de fábrica el origen de su concepción de la hegemonía como instrumento que permitiría al proletariado «movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la población trabajadora».⁴

¿En qué se expresaba la principal preocupación de Gramsci en el período de los consejos? Era lúcidamente consciente de que la mera fuerza podía alcanzar en circunstancias excepcionales el poder, pero no podía en modo alguno constituir la base de una sociedad en marcha hacia el socialismo. Sus palabras acerca de la necesidad de que el partido revolucionario se dote de un «prestigio» que dimanase de su capacidad de dirección y no ceda a las tentaciones autoritario-burocráticas son excesivamente conocidas para que tenga sentido detenerse aquí en ellas. No se puede valorar adecuadamente el consejismo gramsciano sin considerarlo, más que como intento de dar con una solución «técnica» del poder proletario en rela-

ción con los problemas de la producción, como búsqueda de un terreno para dar al proyecto de dictadura política una base de hegemonía social. Su lapidaria afirmación de que «el consejo de fábrica es el modelo del Estado proletario»⁵ no es sino una forma brillante y gráfica de afirmar que no puede existir verdadera dominación política sin dirección social y de denunciar los límites de cualquier dictadura de partido presentada como dictadura del proletariado. Además, evidentemente, la estrategia de la hegemonía en el período consejista es el instrumento por excelencia de la subversión del orden establecido, y no del «ensanchamiento» de la democracia: el consejo es la antítesis del poder patronal en la fábrica; la búsqueda por parte del proletariado de alianzas con campesinos e intelectuales es el medio para disgregar el bloque social burgués; la «reforma moral e intelectual» de las masas es el objetivo a alcanzar para destruir la hegemonía burguesa capitalista sobre la sociedad civil, y, por consiguiente, para imposibilitar el dominio del Estado que constituye su manifestación.

Esta serie de antítesis constituyó la base del pensamiento político gramsciano hasta su conclusión. Ahora bien, si lo que hemos dicho es cierto, *se desprende que una teoría del Estado, de las alianzas sociales y de la función de los intelectuales que culmine en la renuncia a la «movilización contra el capitalismo y el Estado burgués» en términos de creación de una «base social de la dictadura proletaria y del Estado obrero» no puede reivindicar un origen gramsciano.*

El razonamiento desarrollado por Gramsci en los años 1919-1920 puede, pues, esbozarse bastante rápidamente. Partiendo de la hipótesis, compartida en general por todo el movimiento revolucionario que tomaba el bolchevismo como punto de referencia, de que la guerra mundial había señalado *en términos históricos generales* el destino del capitalismo y había pronunciado su condena, Gramsci reflexionaba sobre el problema de cómo llegar en Italia a un sistema de dictadura del proletariado que confiriera a la propia dictadura un carácter *expansivo*, capaz de asumir positivamente dos tareas: la gestión del aparato productivo y la construcción de un bloque de fuerzas sociales que pudiera contraponerse con madurez y, por consiguiente, con éxito al bloque dominante. *El germen de la teoría de la hegemonía estaba precisamente en la consciencia de que la mera fuerza ejercida contra las clases enemigas no conduce al éxito de la revolución si ésta no alcanza una madurez social propia, es decir, si no se construye una adecuada reserva de consenso político y de capacidad técnica de gestión.* El consejo de obreros y campesinos era para él la primera forja, la «célula» primaria y fundamental, a la vez de la dirección del partido revolucionario sobre las masas de productores y de la

3. A. Gramsci, *Alcuni temi della questione meridionale*, en *La costruzione del Partito comunista 1923-1926*, Turín 1971, pp. 139-140.

4. *Ibid.*, p. 140.

5. A. Gramsci, *L'Ordine Nuovo*, 1919-1920. Turín, 1955, p. 37.

dictadura contra las clases a derrocar. Como, en cierto sentido, se daba por supuesta la madurez «objetiva» de la revolución, el problema de Gramsci era la construcción de la madurez «subjetiva».

La revolución en Occidente

Cuando, después del período que podemos denominar «bordiguiano», Gramsci contrapuso en 1923-24 su dirección a la de Bordiga, explicitó con renovada claridad su teoría de la hegemonía. Sin embargo, esta explicitación no era una repetición mecánica de las teorizaciones del período de los consejos, pues se había creado una situación nueva muy compleja. Hemos de detenernos brevemente en el significado de la consciencia que tuvo Gramsci de esta complejidad y ponerla en relación con sus objetivos. En una carta de febrero de 1924, Gramsci afirma que en Occidente la presencia de superestructuras «creadas por el mayor desarrollo del capitalismo hace más lenta y más prudente la acción de las masas y exige, pues, del partido revolucionario toda una estrategia y una táctica más complejas y de plazo más largo que las que necesitaron los bolcheviques en el período comprendido entre marzo y noviembre de 1917».⁶ Gramsci anticipa aquí, de forma muy acabada, el razonamiento de los *Quaderni* sobre el tema de las diferencias entre Occidente y Oriente. Ahora bien, ¿con qué otros elementos relaciona este aspecto de su razonamiento? En pocas palabras, ¿para qué le sirve subrayar la «complejidad» occidental? ¿Acaso para abrir un discurso «nuevo» sobre el Estado, sobre los componentes sociales del bloque histórico, para elaborar un concepto de la hegemonía que se exprese en una propuesta encaminada a modificar el proyecto de la construcción de la dictadura y a propiciar una política de alianzas de tipo «democrático»? Todo lo contrario: su discurso se apoya totalmente, por una parte, en la toma de consciencia de las dificultades «adicionales» creadas por el mayor desarrollo de la sociedad capitalista en Occidente, y, por la otra, en la búsqueda de una estrategia que permita llegar al mismo resultado que los bolcheviques rusos. La diferencia que pretende establecer con los bolcheviques rusos se basa por completo en una concepción más compleja y, por así decirlo, «madura» de la dictadura del proletariado. Por eso Gramsci puede afirmar, paralelamente a la argumentación sobre las «diferencias» entre Oriente y Occidente, que el objetivo a alcanzar es el de llegar a las «condiciones en que los bolcheviques se habían encontrado ya desde la formación de su partido».⁷

6. A Palmi, Urbani y cía., carta del 9 de febrero de 1924, en P. Togliatti, *La formazione del gruppo dirigente del Partito comunista italiano*, Roma, 1962, pp. 196-197.

7. A. Gramsci, *La costruzione...*, cit., p. 64.

En definitiva, el problema de Gramsci es el de la superación de todos los obstáculos que la complejidad de la sociedad burguesa en Occidente, con la creación de una «aristocracia obrera con sus anexos de burocracia sindical y grupos socialdemócratas»,⁸ opone a la *bolchevización* del proletariado y, con la persistencia de fuerzas «democráticas», a una política de alianzas que permita la creación de un «bolque histórico» revolucionario. Por consiguiente, la orientación que Gramsci pretende dar al movimiento obrero y su concepción de la «hegemonía» se explican totalmente por el enemigo al que hay que derrotar: 1) la socialdemocracia, 2) las fuerzas de la «democracia» burguesa. Lo que Gramsci advierte es que, a diferencia de la situación rusa, en Occidente la revolución y el bolchevismo no pueden vencer si no se produce, ya antes de la revolución, un desplazamiento de fuerzas en sentido revolucionario capaz de asegurar, sobre una base de «autonomía», las premisas necesarias para una futura gestión del aparato productivo moderno y del Estado.

Las Tesis de Lyon

Si se leen las Tesis de Lyon de 1926 con la intención de descubrir lo que dicen realmente, se comprobará que están vertebradas por la exigencia de la «bolchevización», es decir, de la lucha contra «las corrientes que constituían una desviación de los principios y de la práctica de la lucha de clases revolucionaria»,⁹ contra las «utopías democráticas» sobre el Estado,¹⁰ contra la «cadena de fuerzas reaccionarias» que parte del fascismo y que, a través de los «grupos antifascistas», como liberales, demócratas, combatientes, populares, republicanos y partido socialista reformista, llega hasta el partido maximalista. A los diversos partidos «democráticos» regionales, como el Partido Sardo de Acción se les considera también como un «obstáculo» para la realización de la alianza entre obreros y campesinos bajo la dirección del PCI.¹¹ La atención dedicada a las «luchas parciales» se enmarca en el objetivo de la dictadura del proletariado y de la «fundación del Estado obrero».¹² Los últimos puntos de las *Tesis* (del 42 al 44) indican con claridad insuperable la relación entre una táctica que utiliza instrumentalmente las consignas «democráticas» y una estrategia que tiene la finalidad de excluir cualquier solución que no conduzca al Estado proletario basado en la dictadura. La táctica del frente único «como acción política (maniobra)» tiene la función de crear las premisas para una «dirección» eficaz de

8. A Palmi, Urbani y cía., carta cit., p. 197.

9. *La situazione italiana e i compiti del PCI* (Tesis de Lyon), en A. Gramsci, *La costruzione...*, p. 488.

10. *Ibid.*, p. 489.

11. *Ibid.*, p. 499.

12. *Ibid.*, p. 500.

las masas por el Partido Comunista y la conquista de la mayoría entre ellas, y fracasaría si no condujera a «desenmascarar a los partidos y grupos que se autodenominan proletarios y revolucionarios». Precisamente en relación con el problema de la búsqueda de una vía eficaz hacia la dictadura se introduce la observación de que la táctica del frente único y la adopción instrumental de consignas «democráticas» eran necesarias porque persiste una adhesión de las masas a los partidos y grupos que hay que destruir políticamente, lo cual descarta en ciertas circunstancias la oportunidad de una «lucha frontal».¹³

Se percibe aquí la raíz de la afirmación de los *Quaderni* en el sentido de que hay que descartar la «guerra de movimientos» hasta que haya dado sus frutos la «guerra de posiciones». No se trata, pues, de una contraposición entre los dos conceptos de «guerra», sino de una correlación funcional. No se puede emprender el asalto al poder (Estado obrero y dictadura del proletariado) mientras la lucha de trincheras no haya creado las premisas del éxito; pero el objetivo supremo sigue siendo el asalto destructivo contra el enemigo. En efecto, la conclusión de las *Tesis* (que expresan una línea de reflexión de la que los *Appunti sulla questione meridionale* son una explicación concreta) dice lo siguiente: la fórmula del «gobierno obrero y campesino» (consigna que en cierto modo se podría definir como «democrática») «es una fórmula de agitación, pero no corresponde a una fase real de desarrollo histórico más que como solución intermedia (...). En efecto, el partido no puede concebir su realización sino como el comienzo de una lucha revolucionaria directa, es decir, de la guerra civil dirigida por el proletariado, en alianza con los campesinos, para la conquista del poder. El partido podría verse impulsado a graves desviaciones de su papel de dirección de la revolución si interpretara el concepto de gobierno obrero y campesino como algo que corresponde a una fase real de desarrollo de la lucha por el poder, es decir, si considerara que la consigna indica la posibilidad de resolver en interés de la clase obrera el problema del Estado en una forma que no sea la de la dictadura del proletariado».¹⁴

Gramsci, pues, en el mismo período en que alcanzó ya una conciencia clara (análoga a la expresada en los *Quaderni*) sobre las diferencias entre Oriente y Occidente y expresó en los *Appunti sulla questione meridionale* una madura «teoría de la hegemonía» y del «bloque histórico», aclaró inequívocamente el sentido de su estrategia: la dictadura del proletariado y el Estado obrero. ¿Qué diferencia, pues, a Gramsci de los partidarios más «atrasados» de la dictadura y del Estado obrero? Lo

13. *Ibid.*, pp. 511-513.
14. *Ibid.*, p. 513.

distingue el hecho de que él pretende dar a la dictadura y al Estado una base que no sea la de la mera fuerza, pues está convencido de que ésta no puede resolver las cuestiones vinculadas a la construcción de una nueva sociedad, que requiere el consenso activo de las masas trabajadoras, que se ha de expresar, naturalmente, en el interior de las instituciones surgidas de la revolución y de la destrucción del aparato de gobierno burgués.

Gramsci insiste en este aspecto por sus connotaciones estratégicas, y no sólo en Italia y más en general en Occidente, sino en la propia Unión Soviética. Es desde este punto de vista, es decir, a la luz de la teoría de la hegemonía, desde el que hay que interpretar la afirmación, dirigida a Togliatti, en el sentido de que «hoy, nueve años después del octubre de 1917, lo que puede revolucionar a las masas occidentales ya no es el hecho de la toma del poder por los bolcheviques, que ya se ha asimilado y ha surtido sus efectos; hoy lo que moviliza, ideológica y políticamente, es la convicción (si existe) de que el proletariado, una vez tomado el poder, puede construir el socialismo».¹⁵ Todas las objeciones de Gramsci a los métodos de Stalin tienen su origen en la preocupación de que a la URSS le pueda acabar faltando capacidad de hegemonía y la dominación pueda prevalecer de forma unilateral sobre la dirección.

Estoy convencido de que lo que caracteriza a Gramsci y a su teoría de la hegemonía no es en absoluto el haber introducido elementos capaces de abrir el camino a una concepción del Estado de carácter liberal-parlamentario y a la vía nacional en el sentido en que utiliza el término el PCI actual, sino el que constituye la expresión más elaborada y compleja del intento de dar a la dictadura del proletariado una base adecuada. Por consiguiente, Gramsci es el hijo más «independiente» e incluso autónomo, pero hijo al fin a todos los efectos, de la doctrina de Lenin. Por lo menos, eso era y eso pretendía ser todavía en 1926. ¿Abren los *Quaderni* una fase nueva? ¿Y en qué sentido?

La hegemonía como fundamento de la dictadura

No hay que tratar de atenuar el significado de la caracterización que de Lenin hace Gramsci en los *Quaderni*, es decir, en los escritos en que su teoría de la hegemonía alcanzó su perfección «filosófica». Formula sobre Lenin dos afirmaciones fundamentales que hay que considerar en su unidad conceptual: 1) que a Lenin hay que considerarle como el que había sentado las bases de la teoría misma («el principio teórico-

15. Gramsci a Togliatti, carta del 26 de octubre de 1926, en A. Gramsci, *La costruzione...*, pp. 136-137.

práctico de la hegemonía tiene también un alcance gnoseológico, y, por consiguiente, es en este campo en el que hay que buscar la máxima aportación teórica de Ilici a la filosofía de la praxis»¹⁶; 2) que Lenin, sin embargo, «no tuvo tiempo de profundizar su fórmula».¹⁷ Ahora bien, ¿dónde sitúa Gramsci la «insuficiencia» de Lenin? En lo que se refiere a las indicaciones sobre el paso en Occidente de la «guerra de posiciones» a la «guerra de movimientos», siempre para llegar al objetivo de la dictadura del proletariado. Constituye una auténtica distorsión el imaginar que una de las implicaciones del intento gramsciano de desarrollar el leninismo sobre la base de la consciencia de las diferencias entre Oriente y Occidente es nada menos que el abandono de la teoría leninista del Estado y del objetivo de la dictadura del proletariado.

En su célebre fórmula, que tiene para él valor de principio general de la ciencia política (la supremacía de un grupo social se manifiesta de dos maneras, como «dominación» y como «dirección intelectual y moral»), Gramsci alcanza una claridad ejemplar. Su preocupación no es en absoluto la de atenuar el significado de la necesidad de que una clase dominante aniquile política y socialmente a sus enemigos; por el contrario, la reafirma contundentemente. Lo que pretende aclarar es que *la fuerza por sí sola no es suficiente*; es más, que la mera fuerza es señal de la insuficiente madurez histórica del que pretende construir un Estado nuevo, que una clase dominante no puede gobernar si no logra también obtener, mientras ejerce su dominación (dictadura) sobre los enemigos, el consenso de las clases sociales aliadas (que han de tener, sin embargo, *una base social y económica tendencialmente homogénea*) a las que ha de dirigir. La hegemonía, pues, equivale a la dictadura, pero a una dictadura que no ha de ser (éste es el punto decisivo) la de una fuerza política sin capacidad de dirección sobre las fuerzas socioeconómicas indispensables para haber funcionado de una forma nueva la producción material e intelectual.

Teniendo presente todo lo antedicho, resulta de una claridad meridiana lo que Gramsci señala después de la afirmación de que «un grupo social es dominante de los grupos enemigos que tiende a “liquidar” o a someter, incluso por la fuerza armada, y dirigente de los grupos afines y aliados». Cuando añade que «un grupo social puede o, mejor dicho, debe ser dirigente aun antes de conquistar el poder gubernativo»,¹⁸ está continuando un razonamiento perfectamente coherente con el desarrollado en 1926 acerca del hecho de que no se puede conquistar el poder si, mientras se lucha contra los enemigos,

no se conquista la dirección de los grupos afines con maniobras «tácticas» encaminadas a destruir la influencia que ejerce sobre las masas la «cadena de fuerzas reaccionarias». En Occidente esto significa destruir las formas en las que se realiza la hegemonía burguesa incluso a través de los «demócratas» y los pseudo-socialistas.

Toda su teoría del «centralismo democrático» está encaminada en los *Quaderni* a asegurar los cimientos de la dirección desde la base del partido revolucionario al vértice y es una concreción interna de la hegemonía, que tiene su manifestación ulterior en la relación entre el conjunto del partido y los aliados. ¿Quiénes son estos aliados? Para Gramsci son siempre, exclusivamente, fuerzas socioeconómicas, no otros partidos que mantengan una perspectiva autónoma diferente de la dictadura del proletariado.

El marxismo como filosofía total

Obsérvese que Gramsci reafirma en los *Quaderni* el carácter «total» del marxismo e insiste en el hecho de que éste, en su unidad de teoría y praxis, no es materia de «diálogo» con las demás visiones del mundo, sino un mero medio de conquista de las posiciones de los otros para sustituir una hegemonía por otra; obsérvese, en definitiva, que el carácter «total» del marxismo es una dimensión del proyecto de la dictadura proletaria o, en otros términos, de una democracia de tipo nuevo, es decir, construida en el seno de las instituciones del Estado proletario como antítesis del burgués. Sobre este carácter «total» Gramsci escribe: «La “ortodoxia” del marxismo ha de buscarse en el concepto fundamental de que la filosofía de la praxis “se basta a sí misma”, contiene en sí todos los elementos fundamentales no sólo para construir una concepción totalizadora e integral del mundo, una filosofía total y una teoría de las ciencias naturales, sino también para vivificar una organización práctica integral de la sociedad, es decir, para convertirse en civilización total, integral (...). Una teoría es “revolucionaria” precisamente en la medida en que constituye el elemento de separación y distinción consciente en dos campos, en la medida en que constituye una cumbre inaccesible para sus enemigos. Considerar que la filosofía de la praxis no es una estructura de pensamiento totalmente autónoma e independiente, en antagonismo con todas las filosofías y las religiones tradicionales, significa en realidad no haber cortado los vínculos con el viejo mundo, o incluso haber capitulado».¹⁹

Y Gramsci prosigue caracterizando como «el más abyecto y

19. *Ibid.*, II, p. 1434.

16. A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, II, Turín, 1975, pp. 1249-50.

17. *Ibid.*, p. 866.

18. *Ibid.*, III, Turín, 1975, pp. 2010-11.

vil oportunismo» una concepción del partido político que escinda el carácter unitario teórico-práctico y permita «a los afiliados agruparse en idealistas, materialistas, ateos, católicos, etc.».²⁰ Sólo si se tiene presente todo esto se puede comprender el sentido de la importancia que atribuye Gramsci al factor cultural, al aspecto ético-político de la hegemonía: lucha por la expansión del marxismo contra todas las demás concepciones tanto de la vida como de la política. Cuando escribe que «la fase más reciente» de desarrollo de la filosofía de la praxis «consiste precisamente en la reivindicación del momento de la hegemonía como esencial en su concepción estatal y en la “valorización” del hecho cultural, de la actividad cultural, de un frente cultural, como elemento necesario al lado de los meramente económicos y meramente políticos»,²¹ no está haciendo sino afirmar que el Estado-fuerza necesita una base adecuada de consenso obtenido gracias a una lucha victoriosa contra las demás concepciones del Estado, de la política y de la vida en general. Es una forma de insistir en que, si bien el mero momento de la fuerza es necesario, pero insuficiente, los límites de la zona de consenso a conseguir se sitúan en el interior de una determinada concepción del Estado. No es casual que Gramsci atribuya siempre a Lenin la génesis de esa elaboración de la teoría de la hegemonía que él trata de desarrollar: «El mayor teórico moderno de la filosofía de la praxis, en el terreno de la lucha y de la organización política, con terminología política y en oposición a las diversas tendencias “economicistas”, revalorizó el frente de lucha cultural y construyó la doctrina de la hegemonía como complemento de la teoría del Estado-fuerza y como forma actual de la doctrina de la “revolución permanente” del cuarenta y ocho.»²²

La expresión más alta del leninismo

En su examen de las concepciones de Gentile y Croce emerge otro aspecto del pensamiento de Gramsci sobre la relación entre hegemonía y dictadura. ¿Qué observa Gramsci? Señala: 1) que «para Gentile la historia es en su totalidad historia del Estado», «hegemonía y dictadura no se pueden distinguir», en el sentido (unilateral) de que «la fuerza es consentimiento sin más», de que «existe sólo el Estado y, naturalmente, el Estado gobierno, etc.»; 2) que para Croce, la historia «es, en cambio, “ético-política”», es decir, que «quiere mantener una distinción entre sociedad civil y sociedad política, entre hegemonía y dictadura».²³ ¿Cómo podemos sintetizar, llegados a este punto, la posición de Gramsci? Gramsci, en efecto, se distingue de Gentile en su concepción de la hegemonía en el

sentido de que rechaza (aquí reside su característica específica) la identificación entre dictadura y hegemonía, pues toda su concepción está encaminada a explicar que existen estados que se apoyan en dictaduras incapaces de hegemonía; y se distingue asimismo de Croce en el sentido de que considera que no se puede separar, como hace éste, la «hegemonía» de la «dictadura», la «sociedad civil» de la «sociedad política». Sintetizando, se puede afirmar que según Gramsci el sistema de la hegemonía se puede referir al sistema de la dictadura, pero puede existir un sistema de dictadura incapaz de expresarse en términos de hegemonía, mientras que la hegemonía ha de insertarse como especificidad de una dictadura capaz de resolver a la vez el momento de la dominación sobre las clases enemigas y el de la dirección de las clases aliadas y los grupos afines.

Parece evidente, por lo tanto, que cuando busca el carácter que ha de tener un Estado obrero, Gramsci lo encuentra en la concepción de la hegemonía. De la misma manera que existe un sistema hegemónico burgués basado en el modo de producción capitalista y expresado en el Estado democrático-burgués, ha de existir, en su opinión, también un sistema hegemónico basado en la superación del modo capitalista y expresado en el Estado que organiza, para las clases y los grupos pertenecientes al «bloque histórico revolucionario», formas de «democracia proletaria» y, para las clases y los grupos hostiles al Estado obrero, formas de control y de represión basadas en la violencia. Lo que sin duda le parece inaceptable a Gramsci es una concepción del Estado como expresión «general», una concepción de la democracia como la plasmada en el sistema liberal-representativo, del marxismo como una ideología más, en competencia con las demás, enmarcada en un «pluralismo institucionalizado», de un partido en el que el propio marxismo pueda convivir con fes religiosas y doctrinas de origen diverso.

Resumiendo, creo que hay que afirmar rotundamente que la teoría de la hegemonía gramsciana es la expresión más alta y compleja del leninismo y en modo alguno un puente entre el leninismo y una concepción de la lucha política y del Estado que contraponen el sistema de la hegemonía al de la dictadura y del Estado tal como los expresó Lenin, al que Gramsci, como para evitar cualquier equivoco futuro, califica de San Pablo del marxismo.²⁴ En la visión gramsciana, el momento «constantiniano» ni siquiera se había insinuado.

La Tercera Internacional

Para captar la motivación profunda del leninismo «estructu-

24. *Ibid.*, p. 882.

20. *Ibid.*, p. 1434.
21. *Ibid.*, p. 1224.
22. *Ibid.*, p. 1235.
23. *Ibid.*, p. 691.

ral» de Gramsci es preciso subrayar el hecho de que participaba plenamente de una interpretación de las características de la época histórica vinculada a la de la Tercera Internacional y al análisis teórico del *Imperialismo de Lenin*. Estaba plenamente convencido de que hacía ya tiempo que el socialismo estaba maduro objetivamente. Como relata Athos Lisa en sus *Memorias*, sintetizando esta convicción en pocas palabras, Gramsci «partía de la consideración de que las condiciones objetivas para la revolución proletaria existen en Europa desde hace más de 50 años».

Sólo si se tiene presente esta convicción de Gramsci se puede interpretar adecuadamente el verdadero significado de su oposición a la teoría del socialfascismo y a la línea política aventurista que de ésta se desprendía. Y su oposición no se debía a que considerara que la lucha contra el fascismo se tuviera que realizar en nombre de la reconstrucción del sistema de democracia liberal en el marco de una «Asamblea Constituyente» de tipo «democrático» como la que se creó en Italia después de la conflagración mundial, sino a que pensaba que se necesitaba una fase «intermedia» que, con las debidas matizaciones, le permitiera al partido revolucionario acumular las fuerzas necesarias para llegar a un «Octubre» italiano. Su discrepancia con la línea del socialfascismo se basaba en el hecho de que ésta pretendía alcanzar un objetivo que él compartía, pero sin una fase táctica adecuada que había indicado ya en 1924: encontrar el camino para situarse en las condiciones en que se habían situado los bolcheviques para llegar a la dictadura del proletariado. Su discrepancia, en suma, consistía en el hecho de que acusaba al PCI y a la Internacional de concebir de manera esquemática las premisas de la dictadura y de no comprender la importancia de la construcción de la dimensión «hegemónica», no menos indispensable. *Era, pues, una discrepancia entre dos concepciones que tenían como objetivo común las bases de la dictadura del proletariado.* Lisa es muy claro: «la exposición (de Gramsci) sobre el tema de la Asamblea Constituyente incluía estos dos conceptos: 1) táctica para la conquista de los aliados del proletariado; 2) táctica para la conquista del poder». La función de la fase de «transición» es la de conseguir que las masas rurales comprendan la «corrección» del programa comunista «y la falsedad del de los demás partidos políticos»; «el partido tiene como objetivo la conquista violenta del poder, de la dictadura del proletariado, que ha de realizar utilizando la táctica más acorde con una determinada situación histórica, con la relación de fuerzas de clase existentes en los diversos momentos de la lucha»; «la "Constituyente" representa la forma de organización en cuyo seno pueden plantearse las reivindicaciones más acuciantes de la clase trabajadora, en cuyo seno puede y debe desarrollarse, por medio de sus representantes, la ac-

ción del partido, que ha de tender a desprestigiar todos los proyectos de reforma pacífica, demostrándole a la clase trabajadora italiana que la única solución posible en Italia es la revolución proletaria». Se comprende perfectamente que, para evitar todo posible equívoco acerca de una interpretación «democrática» de su concepción de la función de la Asamblea Constituyente, Gramsci recordara en «en Rusia el art. 1 del programa de gobierno del Partido Bolchevique incluía la Asamblea Constituyente», y concluyera afirmando que la consigna del partido debía ser: «República de los soviets obreros y campesinos en Italia».²⁵

No tener en cuenta todo esto al interpretar la teoría de la hegemonía de Gramsci tal como se expresa en los *Quaderni* significa mutilarla para ponerla al servicio de una actualidad política por completo ajena al planteamiento y a la perspectiva de Gramsci.

El abandono de la concepción gramsciana

Para comprender las posiciones de Gramsci que acabamos de esbozar es preciso enmarcarlas en el análisis más general que realizó del capitalismo y en su más concreta estimación del fascismo. No creía que fuera concebible otra fase expansiva orgánica del capitalismo, por lo que consideraba que la lucha de clases estaba caracterizada fundamentalmente por la dialéctica revolución-contrarrevolución, en una época que era esencialmente la de la revolución social. El fascismo representaba una forma de contrarrevolución incapaz por sí misma de asumir otras características que las de contrarrevolución *pasiva*; de ahí que Gramsci pensara que el final del fascismo debía coincidir con el retorno de la actualidad de la revolución proletaria, aunque siempre matizada por problemas de táctica como los que acabamos de recordar.

La situación que se planteó realmente tras el hundimiento del nazifascismo, primero en el mundo y después en Italia, fue muy distinta, por lo que se descartó la estrategia gramsciana. El capitalismo mundial encontró su liderazgo en los Estados Unidos, bajo cuyas alas se emprendió la reconstrucción capitalista en la Europa que había quedado fuera de la esfera soviética. Esto significó que las instituciones democrático-burguesas y su expresión estatal se convirtieron en el marco en el que tuvieron que situarse los partidos comunistas durante toda una nueva época histórica (que es la actual). Cambiaron, pues, profundamente, respecto a la hipótesis gramsciana, las propias cartas del juego. Las relaciones entre las clases cambiaron so-

25. A. Lisa, *Memorie. In carcere con Gramsci*, Milán, 1973, pp. 86-89.

bre todo en el plano de la fuerza interior e internacional, volviendo irreal todo proyecto de ataque y cambio de las instituciones en sentido antiburgués. La «guerra de posiciones» rompió, por así decirlo, su relación con la «guerra de movimientos».

En este contexto nuevo maduró progresivamente en el PCI, a través de contradicciones y fricciones, una concepción de la «hegemonía», asumida después de forma definitiva con la aceleración de los últimos años, que presenta características cualitativamente diferentes de la concepción gramsciana. En base a la aceptación de las instituciones parlamentarias, al reconocimiento de la pluralidad de los partidos como representación y organización de los diversos grupos y de las diversas clases sociales —incluso en lo que se refiere a la «construcción del socialismo»—; a la concepción del «pluralismo» ideológico-político como expresión orgánica y necesaria de la democracia, a una hipótesis de participación en el gobierno en los términos del «compromiso histórico», el PCI ha llegado a una concepción de la «hegemonía» muy diferente de la de Gramsci. Hegemonía era para éste el fundamento del Estado obrero, de la supremacía absoluta, bajo la dirección política del PCI, del proletariado industrial sobre sus aliados (limitados a las fuerzas sociales que pudieran constituir una «antítesis» al «bloque» social dirigido por la burguesía). El PCI ha llegado, en suma, a una idea muy diferente de una concepción del marxismo como elemento de distinción y de separación absoluta de todas las demás concepciones, de una visión de la democracia circunscrita al interior del bloque social revolucionario.

Para Gramsci, de acuerdo con su leninismo «estructural», la democracia significaba exclusivamente tres cosas: 1) un medio para una «reflexión» entre iguales políticos (es decir, entre comunistas) sobre los presupuestos y las modalidades de su acción; 2) un medio para *dirigir* a fuerzas sociales «subalternas»; 3) un medio para que el partido revolucionario pudiera reunir las fuerzas necesarias para «destruir», con la racionalidad y la persuasión, los falsos ídolos que reinaban todavía en las conciencias de los aliados «subalternos», y, *por consiguiente*, para crear las bases de la dictadura a ejercer contra los partidarios activos del viejo mundo. El «pluralismo» de Gramsci (suponiendo que hubiera utilizado alguna vez este término) no era, evidentemente, el que hoy propugna el PCI en relación con los problemas planteados por su inserción en las instituciones democrático-republicanas de carácter liberal, en las que cada concepción del mundo entra en «libre competencia» con las demás, permitiendo la «victoria del mejor».

No cabe duda de que la evolución del PCI no ha sido ante todo de naturaleza doctrinal, sino que tiene su origen en una

concreta realidad socioeconómica. Ante el dato de que la realidad del capitalismo internacional y las relaciones entre los «bloques» habían convertido en imposible, en Occidente y en Italia, un cambio relativamente rápido de la correlación de fuerzas entre las clases sociales encaminado a la abolición del propio capitalismo y de sus instituciones, frente a la amarga realidad de que el conservadurismo social tenía una amplia base política de masas, el PCI se ha encontrado con que tenía que plantearse una tarea nueva: la de insertarse en este contexto y aceptar las técnicas adecuadas para «regular» las relaciones entre clases y grupos sociales diferentes, entre varios partidos de masas, descartando un proyecto de alteración de estas relaciones según una dinámica que condujera al Estado obrero. Colocado frente al hecho de que la burguesía ha tenido en Italia fuerza suficiente para imponer sus instituciones estatales, aunque en un marco constitucional democrático avanzado, el PCI se ha planteado como objetivo «ocupar» las instituciones con una acción «hegemónica» que, por una parte, renuncia al Estado obrero y a la dictadura del proletariado y, por la otra, apunta a la conquista de la dirección del Estado parlamentario. Una concepción de la «hegemonía» muy diferente de la gramsciana.

Es indudable, sin embargo, que el PCI ha llegado a esta política también «utilizando» a Gramsci. Cuando maduró la crisis del «modelo soviético», el PCI encontró un punto de referencia en la crítica que Gramsci, a la luz de su teoría de la hegemonía, había dirigido incesantemente contra un proyecto socialista que permaneciera encerrado en una concepción estrecha del Estado-fuerza y que identificara mecánicamente la dictadura de un partido con la dictadura del proletariado. Pero luego limó los otros aspectos de la teoría de la hegemonía de Gramsci (es decir, los vinculados a una concepción expansiva de la dictadura del proletariado) para reforzar una interpretación en el sentido de que las críticas que dirigió a una dictadura sin «hegemonía» allanaban el camino, por lo menos implícitamente, para una «desvinculación» entre hegemonía y dictadura.

La «sabiduría católica» del PCI

He tratado de poner en evidencia que el PCI, al trazar su estrategia actual, se ha encontrado frente a problemas prácticos nuevos respecto a los de Gramsci y a sus hipótesis. Es necesario, sin embargo, que abandone los tacticismos teóricos y salde cuentas con su «tradición» teórica de forma más transparente, dejando de lado esa «sabiduría católica» para la que todo es «adaptación» y nada «cambio». Su teoría de la hegemonía tiene un signo inequívoco y cualitativamente diferente

del de la de Gramsci, tanto en sus medios como en sus objetivos. La teoría de Gramsci es la máxima expresión teórica, como ya he señalado, de la fase histórica del movimiento comunista internacional que se abrió con la revolución de octubre y se cerró cuando el estalinismo se consolidó como régimen. La teoría de la hegemonía del PCI, por el contrario, es la expresión del intento de elaborar una estrategia en base a la aceptación fundamental de las instituciones existentes en Occidente y a la creciente liquidación de la fase histórica estalinista.

El que se le pida al PCI que base su propia práctica en una confrontación menos «tacticista» con el patrimonio teórico pasado no obedece sólo a una exigencia de «verdad», sino, sobre todo, a una necesidad política. Toda la izquierda italiana, cuyo componente esencial nadie olvida que es el PCI, necesita una dosis mayor de verdad como fundamento de un mayor realismo. El que esto escribe está convencido de que, en sus aspectos esenciales, la política del PCI hunde sus raíces en la concepción del Estado, de las relaciones entre las clases, del «camino hacia el poder» y de la misma función de los «gobiernos de coalición» propia del marxismo socialdemócrata, mucho más que en la concepción leninista o incluso gramsciana, con la única excepción de un «residuo» leninista, de importancia fundamental, en los criterios de organización interna del partido, residuo cuya supervivencia es, por lo menos dudosa. Si esta es la realidad, hay que discutirla. Si no lo es, hay que clarificar mejor sus términos.

Nunca es un signo de fuerza el establecimiento de una relación clerical, de celebración, con el pasado (o, mejor dicho, puede serlo, pero para los conservadores), a menos que luego se proceda en la práctica de forma «transformista». El «transformismo» ocupa un lugar importante en el «clericalismo marxista». Cuando los socialdemócratas se adhirieron a la concepción liberal del Estado dijeron que lo hacían «interpretando» a Marx; cuando Stalin hizo lo que todos sabemos afirmó que se trataba de puro oro de ley leninista; y así sucesivamente. Ahora, en un momento en que el socialismo se encuentra frente a situaciones difíciles, es necesario proceder asumiendo plenamente las responsabilidades, y en primer lugar las teóricas. En cualquier caso, creo que la estrategia del «compromiso histórico», el «pluralismo ideológico», y la lucha por la transformación «democrática» del Estado no tiene nada que ver con el pensamiento de Antonio Gramsci, el intérprete máximo y más creativo del leninismo histórico, y suponen un viraje definitivo respecto a él.

La historia es interesante, entre otras razones, porque no le permite a nadie vivir de las rentas del pasado más allá de ciertos límites. Se puede hacer a veces durante cierto tiempo,

pero más pronto o más tarde se encuentra uno «desnudo», lo que, bien pensado, no es necesariamente negativo, aunque sólo sea porque nos obliga a vernos tal como somos.

La nueva estrategia que se abre paso en los «Quaderni»

VALENTINO GERRATANA

Quisiera empezar con unas cuantas observaciones sobre el carácter de este seminario. Dado su carácter de seminario de estudio, sus objetivos quedan circunscritos, en mi opinión, al campo de la investigación y el debate teórico; no es, pues, una iniciativa propagandística ni un marco de debate político, interior o exterior al partido. De cualquier modo, al desarrollar la ponencia que se me ha confiado tengo intención de ceñirme a estos límites, los de la investigación y el debate teórico. No obstante, una vez hecha esta precisión, no puedo fingir ignorar que en torno a los temas que estamos discutiendo ahora se ha desarrollado recientemente un debate público muy animado, caracterizado por la presencia en él tanto de estímulos políticos como de pretensiones teóricas. No puedo, pues, evitar tener en cuenta este debate, y espero que no se me considere inoportuno por expresar mi opinión también sobre estos aspectos.

Quisiera añadir otra observación preliminar. Recientemente el camarada Ingrao (en una entrevista publicada en *Rinascita*) ha recordado que la «suerte de Gramsci ha sido cambiante» y que «la relación con su obra ha sido muy compleja, incluso dentro de nuestras filas». Yo añadiría que hoy todavía la suerte de Gramsci continúa pasando por vicisitudes diversas y que la relación con su obra sigue siendo muy compleja, incluso en nuestras filas. Veo en este hecho ante todo un elemento positivo que creo que vale la pena subrayar: nunca los comunistas han caído en la tentación de transformar el pensamiento de Gramsci en una especie de «gramscismo», de doctrina acabada, oficialmente codificada. En efecto, el término «gramsciano» se ha utilizado siempre, que yo sepa, con un significado polémico, negativo, y por los que querían rechazar la herencia gramsciana, no por los que de alguna manera querían recogerla.

No pretendo decir que este elemento constante —de un no-gramscismo— en la suerte cambiante de Gramsci y en la complejidad de la relación con su obra, incluso en nuestras filas, haya tenido siempre, sólo por el hecho de ser constante, el mismo sentido. En ciertos casos, y en determinados períodos, ha estado vinculado a una visión restrictiva del pensamiento gramsciano. Por ejemplo, en el período estalinista, cuando el campo teórico de todos los partidos comunistas estaba ligado a una ortodoxia oficial, la del marxismo-leninismo, a Gramsci le correspondía, lógicamente, un espacio teórico restringido y secundario. Sin embargo, aun en tan incómoda posición, el pensamiento de Gramsci tuvo una influencia que sería injusto infravalorar; en primer lugar, replanteó problemas que parecían zanjados para siempre, suscitó nuevas inquietudes intelectuales y mantuvo en movimiento tanto la búsqueda de nuevas vías en la estrategia política como la aspiración a nuevos desarrollos del marxismo teórico.

En aquel período, pues, la influencia gramsciana, aunque comprimida por la ideología del llamado marxismo-leninismo y hostigada por el estalinismo, sirvió para mantener viva una tensión intelectual y política que fue sin duda un elemento de fuerza cuando, desaparecida la hipoteca del estalinismo, se tuvieron que afrontar los riesgos de una navegación tempestuosa en mar abierto.

A partir de 1956, sin los lastres del período anterior, la relación con Gramsci se pudo desarrollar más libremente, pero tampoco entonces se manifestó ninguna tendencia a transformar el pensamiento gramsciano en un «gramscismo» orgánico, en un sistema de ideas totalmente definido en todas sus articulaciones. Evidentemente, en el momento en que se salía de una ortodoxia cerrada no debía de ser muy tentador encerrarse en otra ortodoxia, pero, además, era el mismo pensamiento de Gramsci el que resultaba refractario a cualquier intento de este tipo.

Todo esto ha tenido consecuencias que no siempre han sido totalmente positivas. En algunos casos puede haber dado lugar a una nueva forma de infravaloración, de visión restrictiva del pensamiento de Gramsci. Es cierto; no hemos de defender ninguna ortodoxia, y a los que nos incitan a salir de la ortodoxia gramsciana, a tener el valor de separarnos de ella, hemos de contestarles en primer lugar que tal propuesta es totalmente superflua, pues no existe y no ha existido nunca una ortodoxia gramsciana. Sí existe, en cambio, una *herencia gramsciana*, con la que hemos de contar. ¿Cuál es el peso de esta herencia, su consistencia a la luz de nuestras experiencias actuales, de los problemas del presente?

Me parece, por ejemplo, que el camarada Gruppi, en su contestación a Salvadori, se ha mostrado propenso a minimizar en exceso el peso y la consistencia de esta herencia al escribir que Gramsci, en su teorización de la distinción entre «guerra de maniobras» y «guerra de posiciones», si bien había detectado el carácter esencial de la lucha revolucionaria en países de capitalismo desarrollado, se había limitado a plantear una necesidad, a sugerir un tema de reflexión, porque «no podía hacer nada más».

No estoy de acuerdo, como no estoy de acuerdo con la otra afirmación de Gruppi en el sentido de que hoy nuestra tarea es «ir más allá» de la concepción gramsciana de la hegemonía. Y no discrepo en nombre de una ortodoxia gramsciana, que acabo de decir que no existe (y si existiera creo que mi posición debería considerarse tan herética como la de Gruppi), sino por una valoración diferente de lo que constituye la herencia gramsciana, por una interpretación por lo menos parcialmente diferente del pensamiento de Gramsci.

¿Complica quizás demasiado las cosas el introducir y explicitar un elemento de debate interno en el actual debate general sobre Gramsci? No lo creo así, y ni siquiera considero que se tenga que valorar como anómala esta situación, como si fuera un obstáculo para la formación de una conciencia colectiva en el partido. Fue precisamente Gramsci quien subrayó en una página de los *Quaderni* que «una conciencia colectiva, es decir, un organismo vivo, no se forma hasta que la multiplicidad se ha unificado a través de la fricción entre los individuos» (Q., 1771). No hay que caer en la tentación de dar por supuesto lo que no puede ser sino un resultado, volviendo a exaltar una fantasmal conciencia colectiva que se realiza a través de una unión mística de los individuos que se anulan en la totalidad.

Se ha reivindicado con frecuencia, recientemente, una concepción *laica* del partido: creo que la primera condición que se ha de cumplir para que arraigue esta concepción laica es acostumbrarse a hablar y a pensar más como individuos cuyas ideas están destinadas a entrar en fricción con las ideas de otros individuos. Esto puede provocar, como advertía el propio Gramsci, «una apariencia de disgregación y de tumulto», pero es, en mi opinión, el único camino hacia la formación de una conciencia colectiva real y operante.

Pido disculpas por la larga premisa, pero necesitaba aclarar cómo me propongo abordar y delimitar, hablando a título personal, es decir, como individuo, el tema de mi ponencia. Empezaré formulando una pregunta: ¿son *los instrumentos y las instituciones de la hegemonía*, en la reflexión de los *Quaderni de*

carcere, independientes de los sujetos históricos de la hegemonía? Es decir, ¿son estos instrumentos e instituciones los mismos cualquiera que sea la clase o el grupo social y político que ejerce la hegemonía? O, para formular la pregunta de la manera más sencilla, ¿son siempre las mismas las formas históricas de la hegemonía o varían en función de la naturaleza de las fuerzas sociales que ejercen la hegemonía? Responder a esta pregunta y aclarar este problema me parece de gran importancia para evitar las equivocaciones en las que se incurre con frecuencia al utilizar las categorías gramscianas.

No cabe duda de que en los *Quaderni* hay una teoría general de la hegemonía (creo que se puede definir así), en la que el concepto de hegemonía cumple la función de «categoría interpretativa» que Gramsci utiliza para profundizar en el análisis del Estado moderno, evitando la visión estrecha que reduce siempre el Estado a un puro instrumento represivo. Sobre este carácter del concepto de hegemonía como categoría interpretativa ha llamado acertadamente la atención Ingrao en su polémica con Craxi, Bobbio y Zaccagnini.

De esta característica de la teoría gramsciana de la hegemonía se desprende una primera consecuencia: la de que es *independiente* de la concepción de dictadura del proletariado; independiente, no incompatible, por lo menos a este nivel. La hegemonía de que habla Gramsci cuando utiliza el concepto como categoría interpretativa se refiere tanto a la hegemonía de la clase obrera (vinculada o no a la institución histórica de la dictadura del proletariado) como a la hegemonía de la burguesía, en la que evidentemente carece de sentido hablar de dictadura del proletariado.

El problema de la dictadura del proletariado, pues, ha de examinarse y discutirse aparte, no cuando estudiamos la teoría general de la hegemonía, referible a todas las clases, sino cuando —en el marco de esta teoría general— nos ocupamos de las formas específicas que puede utilizar la clase obrera para conquistar y ejercer su propia hegemonía. Volveré más adelante sobre este problema.

He hablado hasta ahora de hegemonía como hegemonía de clase. Sin embargo, de la teoría general de la hegemonía elaborada por Gramsci se desprende también otra consecuencia: que la hegemonía no se limita a las clases, sino que concierne también a los grupos sociales y políticos que actúan en el interior de una misma clase. No creo que quepa la menor duda sobre este aspecto de la cuestión, si se lee a Gramsci con un mínimo de atención. Basta con recordar las notas de los *Quaderni* en las que Gramsci, analizando los principales problemas de la historia del Risorgimento italiano, demuestra

que los moderados consiguieron ejercer su hegemonía sobre el Partido d'Azione; pues bien, los moderados y el Partido d'Azione no representan a diferentes clases sociales, sino que son grupos políticos de una misma clase, aunque se pueden relacionar, pero de forma muy aproximada, con los intereses de diferentes capas de la misma clase social dominante.

Sería superfluo añadir aquí que hegemonía de clase y hegemonía de los partidos son en el pensamiento de Gramsci conceptos entre los que existe una correlación; no es ocioso, en cambio, tratar de comprender qué tipo de correlación se establece. Conviene comenzar recordando que es precisamente para resolver el problema histórico de la forma en que los moderados consiguieron ejercer su hegemonía sobre el Partido d'Azione, tema que Gramsci considera una de las claves fundamentales de la historia italiana, por lo que en los *Quaderni* se formula con gran claridad ese principio general de la teoría política gramsciana que es la distinción entre *dominación y dirección*. Recuérdese la fórmula: «La supremacía de un grupo social se manifiesta de dos maneras, como “dominación” y como “dirección intelectual y moral”» (Q., 2010).

Es curioso cómo Massimo Salvadori, en el conocido artículo de *Mondoperaio*,* consigue empañar esta fórmula, que él mismo considera «de una claridad ejemplar», recargándola de contenidos alusivos al objetivo de la dictadura proletaria. La preocupación de Gramsci, escribe Salvadori, «no es en absoluto la de atenuar el significado de la necesidad de que la clase dominante aniquile políticamente y socialmente a sus adversarios; por el contrario, la reafirma de forma inequívoca (...). La hegemonía es, pues, lo mismo que dictadura». Realmente no se comprende por qué Gramsci, al analizar los problemas del Risorgimento, tenía que preocuparse por atenuar el significado de la necesidad de que una clase dominante aniquile política y socialmente a sus adversarios. No creo que Salvadori, que es un historiador, pueda pensar que en el Risorgimento no había fuerzas políticas y sociales por aniquilar; sin embargo, prefiere a todas luces ignorar las referencias históricas de la fórmula gramsciana y ver en el concepto de hegemonía, en vez de su función de categoría interpretativa, sólo sus implicaciones de estrategia política para el futuro. Evidentemente, aceptando la hipótesis de una situación en que ya no haya adversarios por liquidar política y socialmente, se puede llegar a pensar en prescindir tanto de cualquier dictadura como de cualquier hegemonía.

Pero veamos cómo plantea Gramsci el problema y cómo se puede pasar del concepto de hegemonía como principio de in-

* «Gramsci y el PCI: dos concepciones de la hegemonía», artículo traducido en este mismo volumen.

interpretación histórica a las sugerencias de estrategia política en las que pensaba también Gramsci, por supuesto, cuando estudiaba la relación moderados-Partito d'Azione en el Risorgimento. No hay más remedio que releer a Gramsci, pues, como hemos visto, hasta de sus formulaciones más claras y conocidas se deducen con frecuencia interpretaciones diferentes e incluso opuestas.

La distinción ya recordada entre «dirección» y «dominación» encuentra en la misma página de Gramsci la siguiente aclaración: «Un grupo social es *dominante* de los grupos adversarios que tiende a liquidar o a someter, incluso con la fuerza de las armas, y *dirigente* de los grupos afines y aliados. Un grupo social puede y debe ser *dirigente* ya antes de conquistar el poder (ésta es una de las condiciones principales para la propia conquista del poder); después, cuando ejerce el poder, y aunque lo tenga fuertemente en sus manos, se convierte en dominante, pero ha de continuar siendo “dirigente”» (Q., 2010-11.)

Hasta aquí las consideraciones metodológicas generales que Gramsci antepone a su análisis histórico, y me parece evidente que el significado de estas reflexiones sobre el método tiene una validez que desborda los problemas de interpretación histórica abordados en las mismas páginas de los *Quaderni*, los problemas del Risorgimento, y se proyecta sobre los problemas de estrategia política de la clase obrera que Gramsci tenía presentes sin duda en aquel momento.

Es indispensable, sin embargo, mayor cautela cuando del discurso metodológico general se pasa al examen de las formas y de los instrumentos específicos que permitieron a algunas clases y a algunos grupos políticos ejercer su hegemonía, combinándola con la función de *dominación* política. Gramsci examina el problema inmediatamente después del fragmento citado. Su tesis es bastante conocida, pues es la que sustenta toda la interpretación gramsciana del Risorgimento, pero no creo que sea ocioso volver sobre ella. Gramsci afirma que los moderados «continuaron dirigiendo el Partito d'Azione aun después de 1870 y 1876» (es decir, después de la toma de Roma y de la caída parlamentaria de la derecha histórica) y subraya que lo consiguieron utilizando el instrumento político del llamado «transformismo», que no fue otra cosa, afirma, «que la expresión parlamentaria de esta acción hegemónica intelectual, moral y política».

Es posible, pues, ya que fue posible históricamente, que la hegemonía se ejerza a través del instrumento del transformismo. A este respecto, Gramsci dice algo más; afirma que «toda la vida estatal italiana de 1848 en adelante está caracterizada por el transformismo, es decir, por la elaboración de una clase

dirigente cada vez más amplia en el marco fijado por los moderados después de 1848 (...), mediante la absorción gradual, pero continúa, obtenida con métodos de diversa eficacia, de los elementos activos surgidos de los grupos aliados e incluso de los adversarios que parecían enemigos irreconciliables» (Q., 2011).

En este sentido, añade Gramsci, «la dirección política se convirtió en un aspecto de la función de dominación, pues la absorción de las élites de los grupos enemigos conduce a la decapitación de éstos y a su aniquilación, con frecuencia por un período muy largo».

Llegados a este punto, hemos de preguntarnos: ¿puede pensarse que con estas consideraciones, que no son de metodología general, sino de análisis histórico, Gramsci pretendiera proponer un modelo de estrategia política válido también para la clase obrera? Creo que no. No sólo no consigo encontrar en los *Quaderni* nada que pueda apoyar esta hipótesis, sino que considero que el que quiera desarrollar el pensamiento gramsciano en esta dirección no iría *más allá de Gramsci* —como se dice ahora con excesiva facilidad—, sino que quedaría muy rezagado respecto a las posiciones de Gramsci, el cual rechazó firmemente las prácticas transformistas en las que se había dejado apresar el movimiento obrero italiano.

Volviendo al texto de Gramsci sobre el que he llamado la atención, hay que subrayar que en el mismo hay una sola reflexión sobre el valor general y, por consiguiente, aplicable también a la estrategia del movimiento obrero, de la política de los moderados. «De la política de los moderados —escribe Gramsci— se deduce claramente que puede y debe existir una actividad hegemónica aun antes de la llegada al poder y no hay que contar sólo con la fuerza material que otorga el poder para ejercer una dirección eficaz» (Q., 2011).

Por otra parte, en el momento en que Gramsci pasa a analizar los instrumentos y las instituciones de las que se sirvieron los moderados en su acción hegemónica se ve con no menos claridad que allí no es posible ninguna extensión analógica del discurso gramsciano, es decir, que de aquel análisis histórico no se puede deducir ningún modelo teórico de validez universal.

«¿En qué formas y con qué medios —se pregunta explícitamente Gramsci— consiguieron los moderados levantar el aparato (el mecanismo) de su hegemonía intelectual, moral y política?» Y contesta: «En formas y con medios que se pueden llamar “liberales”, es decir, a través de la iniciativa individual, “molecular”, “privada” (no por un programa de partido elaborado y constituido según un plan antes de la acción práctica y organizativa)». «Por otra parte —añade Gramsci—, esto era

lo *normal* dada la estructura y la función de los grupos sociales representados por los moderados, que constituían la capa dirigente, los intelectuales en sentido orgánico». De aquí se desprende, en mi opinión, que cuando cambia el punto de referencia de clase de la hegemonía han de cambiar también los instrumentos y las instituciones, es decir, el aparato de la hegemonía.

Considero, pues, que se puede dar ya una primera respuesta a la pregunta que había formulado al principio: para Gramsci las formas históricas de la hegemonía no son siempre las mismas, sino que varían según la naturaleza de las fuerzas sociales que ejercen la hegemonía. Pero en los *Quaderni* encontramos también respuestas más concretas a la cuestión que ahora nos interesa, pues, evidentemente, no basta con decir que las formas históricas de la hegemonía cambian cuando entra en juego la hegemonía de la clase obrera si no se concreta por lo menos la dirección de este cambio, empezando por las dos instituciones históricas principales de la hegemonía: el Estado y el partido.

Se puede decir (y no soy el primero en afirmarlo) que el tema del Estado es el centro de toda la investigación gramsciana de los *Quaderni*, si por Estado no se entiende exclusivamente el aparato burocrático-coercitivo, sino la unidad de este aparato con las instituciones que Gramsci define frecuentemente como organismos de la sociedad civil, centro específico del aparato hegemónico.

Se ha discutido mucho en el pasado sobre la distinción gramsciana Estado-sociedad civil, pero no se ha advertido, en mi opinión, que esta distinción oscila en los mismos *Quaderni*, donde a veces se concibe el Estado como aparato puramente represivo complementado por el aparato hegemónico de la sociedad civil y en otras ocasiones se le incluye en una noción más amplia que comprende tanto el aparato coercitivo como el aparato hegemónico de la sociedad civil. En este último caso la función metodológica desempeñada por la distinción Estado-sociedad civil se transfiere al interior de esta noción ampliada de Estado.

No es difícil, por otra parte, comprender la razón de estas oscilaciones en las definiciones formales. Gramsci parte de una tradición teórica, la tradición teórica marxista, que ha subrayado siempre el aspecto de aparato burocrático-coercitivo del Estado como órgano de dominación de clase encargado del mantenimiento de determinadas relaciones de producción. Sin renegar de esta tradición, en la que se propone mantenerse, Gramsci siente la necesidad de desarrollarla, porque se ha dado cuenta, ya en el período de *L'Ordine Nuovo*, no sólo de que

la crisis del capitalismo, como crisis del Estado, se manifiesta en primer lugar como crisis de la hegemonía burguesa, sino también de que la crisis de la hegemonía burguesa no origina espontáneamente la revolución socialista si no se construyen firmemente las condiciones de una nueva hegemonía.

La profundización teórica de este tema de los *Quaderni* conduce a Gramsci a la doble formulación de la que he hablado, limitándose en ciertos momentos a desplazar el acento sobre el concepto de sociedad civil, manteniendo la noción tradicional restringida del Estado como aparato represivo (incluso en las formas representativas).

Pondremos algunos ejemplos para aclarar la cuestión, que no es sólo terminológica. En una página de los *Quaderni* se subraya que, en cualquier tipo de sociedad, no hay «nadie desorganizado y sin partido, siempre y cuando se interpreten en sentido amplio los términos organización y partido», y se define la «sociedad civil» (que surge de «una multiplicidad de sociedades particulares») como «el aparato hegemónico de un grupo social sobre el resto de la población (...), base del Estado entendido estrictamente como aparato gubernativo-coercitivo» (Q., 800). Pero ya en otro fragmento de la página siguiente se califica de «unilateral» el «concepto corriente de Estado», fuente de «errores monumentales» porque sólo ve en el Estado el aparato represivo, mientras que, declara Gramsci, «por Estado debe entenderse, además del aparato de gobierno, también el aparato "privado" de hegemonía o sociedad civil» (Q., 801).

Estado, «en su significado integral», dice Gramsci en otra página de los *Quaderni*, es «dictadura + hegemonía» (Q., 811). O también: «hay que observar que la noción general de Estado incluye elementos que hay que referir a la noción de sociedad civil (en el sentido, podríamos decir, de que Estado = sociedad política + sociedad civil, es decir, *hegemonía acorazada de coerción*)» (Q., 763-64).

Son fórmulas muy conocidas para el que esté familiarizado con los *Quaderni*, pero conviene recordarlas, no para rumiarlas, sino para investigar sobre su sentido real, en un momento en que nos incitan a considerarlas superadas. En primer lugar hemos de preguntarnos por qué Gramsci, aunque continúa utilizando en los *Quaderni* la acepción tradicional, más restringida, del concepto de Estado (precisando, sin embargo, con frecuencia, como hemos visto, que está utilizando la noción restringida), considera más útil para el tipo de análisis que emprende en los *Quaderni* la noción más amplia de Estado, que incluye tanto el Estado-aparato como la organización de la sociedad civil.

La respuesta más obvia está, en este caso, contenida en la misma pregunta: es precisamente este concepto amplio de Estado lo que hace posible toda la riqueza del análisis gramsciano, más interesado por la comprensión de las relaciones reales que por la de las estructuras formales. Pero creo que se puede añadir que es la propia lucha política que le interesa a Gramsci, en la medida en que tiende a ampliar el papel político de las masas, la que necesita de un concepto ampliado de Estado, y ésta es la temática que le permite concebir un proceso de extensión de la democracia vinculado al concepto de hegemonía.

No se trata ya, por supuesto, de la vieja democracia liberal. Salvadori tiene razón cuando no encuentra rastro de ésta en Gramsci, a diferencia de los indicios bien visibles que se pueden encontrar en la concepción kautskiana de la relación democracia-socialismo. Pero aunque decidiéramos ignorar a Gramsci, no por ello parecería menos quijotesco el esfuerzo del que quisiera hoy tender a la democracia moderna, tal como la conocemos en muchos países occidentales, en el lecho de Proceso de la democracia liberal.

Para Gramsci se plantean otros problemas. Como considera insoluble la relación entre hegemonía y coerción, se mantiene firmemente apegado al terreno de las realidades estatales que podemos conocer históricamente o prever a medio plazo. Es cierto que, con una perspectiva más lejana, Gramsci afirma que «se puede imaginar la progresiva disolución del elemento Estado-coerción a medida que se afirman elementos más importantes de sociedad regulada (o Estado ético o sociedad civil)» (Q., 764). Pero, traduciendo en estos términos la teoría marxista de la extinción del Estado, no se limita a subrayar la evidente gradualidad del proceso, sino que intenta poner de relieve que coerción y hegemonía, fuerza y consentimiento, sociedad política y sociedad civil, no son entidades fijas, inalterables en su relación recíproca. Por otra parte, las variaciones de su relación no son unívocas. Mientras se esfuerza por definir una estrategia que haga posible la extensión del área de la hegemonía y la reducción del área de la coerción, Gramsci no deja de analizar las formas históricas y políticas reales en que se desarrolla el proceso inverso. Y todavía hoy, en el fondo, ante algunas realidades estatales contemporáneas podríamos sentirnos autorizados a invertir la metáfora gramsciana y a hablar, en vez de «hegemonía acorazada de coerción», de «coerción acolchada de hegemonía».

Hay que poner, pues, en discusión no sólo las proporciones cuantitativas, sino también la cualidad de la hegemonía, así como la *cualidad de la coerción*. Este segundo aspecto Gramsci lo desarrolló poco en los *Quaderni*. La identificación formal

del concepto de coerción con el de dictadura (hemos visto la fórmula «Estado = dictadura + hegemonía», en la que dictadura significa coerción) le permite, podríamos decir, pasar casi por alto la noción de dictadura del proletariado, que, por otra parte, se consideraba entonces como un puntal teórico en todo el movimiento comunista internacional, incluso en sus vertientes más heréticas (piénsese en Trotsky). Todas las veces que se alude en los *Quaderni* a la teoría de la dictadura del proletariado la expresión se traduce por «teoría del Estado-fuerza», con lo que sólo se subraya el elemento común presente en todo Estado. De esta forma se soslaya en realidad el problema de la cualidad de la coerción, y es en este punto en el que hoy se tendría que sentir mayor necesidad de ir más allá de Gramsci, porque disponemos de más elementos de juicio de los que tuvo él. El tema, sin embargo, está todavía por desarrollar, pues hasta ahora ha sido objeto de prudentes silencios o de embarazosas y vagas alusiones.

El único, que yo sepa, que ha dicho recientemente algo concreto en esta dirección ha sido Ingrao, al observar que «la forma y la dimensión que adquiere el aspecto coercitivo del Estado influyen sobre los contenidos y las características de la hegemonía». «El recurso a la fuerza en el enfrentamiento con el adversario de clase —cito otro texto de Ingrao— no sólo reduce la capacidad hegemónica de la clase obrera hacia las demás capas, sino que pone también en discusión los derechos y libertades de la clase obrera y en la clase obrera, volviendo frágil, precaria, "burocrática" como diría Gramsci, la unidad interna de la clase.» Ingrao encuentra ya en Gramsci una intuición de esta temática, pero aquí sí que hemos de reconocer que no se le puede pedir a Gramsci nada más que una intuición.

Donde, en cambio, Gramsci nos ofrece mucho más, llegando esencialmente a la misma conclusión, es en la indicación de las formas alternativas en las que puede y debe desarrollarse la hegemonía de la clase obrera. He observado ya que Gramsci, al analizar las formas en que la burguesía había conseguido ejercer su hegemonía en la historia italiana, a través de la política de los moderados, no podía pensar en indicarle de esta manera un modelo ejemplar a la clase obrera en su propia lucha por la hegemonía. La hegemonía no es más que capacidad de guiar, es decir, dirección política, intelectual y moral. Pero una clase que consigue dirigir, y no sólo dominar, en una sociedad basada económicamente en la explotación de clase, y en la que se quiere perpetuar esta explotación, se ve obligada a utilizar formas de hegemonía que oculten tal situación, que mixtifiquen la explotación; necesita, pues, formas de hegemonía que susciten un consentimiento traducible en delegación, un consentimiento propio de aliados subalternos.

No se puede decir que tales formas, que pueden suscitar legítima desconfianza hacia esta práctica de la hegemonía, reducida a puro instrumento de gobierno, es decir, al ejercicio de la dominación, sean la plasmación del principio gramsciano de hegemonía, ni que puedan aplicarse a una clase que lucha por la hegemonía con el fin de acabar con toda explotación de clase, es decir, para liberarse de la condición de clase subalterna sin necesitar, a su vez, de aliados subalternos.

Considero que Salvadori comete un error cuando le reprocha (1) a Gramsci no concebir el marxismo como «materia de «diálogo» con las otras visiones del mundo», sino como «mero medio de conquista de las posiciones de los otros con el fin de sustituir una hegemonía por otra». Se equivoca en la primera parte, porque, si el diálogo ha de tener un objetivo y no ser un fin en sí mismo, sería incongruente transformar en materia de diálogo lo que debe ser un instrumento al servicio del mismo; y se equivoca en la segunda parte porque la finalidad del marxismo no podrá ser nunca la de limitarse a sustituir una hegemonía por otra. La finalidad del marxismo, aclara Gramsci, es en primer lugar la de transformar el propio principio de hegemonía: respecto al mundo de las ideologías «encaminadas a conciliar intereses opuestos y contradictorios», leemos en otro fragmento de los *Quaderni*, el marxismo «no tiende a resolver pacíficamente las contradicciones presentes en la historia y en la sociedad, sino que es la teoría de tales contradicciones; no es el instrumento de gobierno de grupos dominantes para obtener un consentimiento y ejercer su hegemonía sobre clases subalternas; es la expresión de estas clases subalternas, que quieren educarse a sí mismas en el arte de gobernar y tienen interés en conocer todas las verdades, incluso las desagradables, y en evitar engaños (imposibles) de las clases superiores y, con mayor razón, de sí mismas» (Q., 1320).

Las instituciones y los instrumentos de esta nueva forma de hegemonía, una hegemonía sin aliados subalternos, una hegemonía destinada a ser educación permanente en el autogobierno, han de presentarse necesariamente con características profundamente innovadoras. Es cierto que en los *Quaderni* no encontramos una configuración exacta de estas nuevas formas de hegemonía, y mucho menos un mapa detallado de las nuevas instituciones y los nuevos instrumentos: en nada de esto podía pensar Gramsci, que estaba firmemente convencido de que sólo la acción política podía dar fe de la autenticidad de un movimiento político real. Pero el recluso de Turi estaba apartado de toda acción política, y lo único que podía hacer era deducir de su propia experiencia unos criterios para delimitar los caminos que todavía estaban abiertos a una lucha real por la hegemonía, separándolos de aquéllos en los que sólo se habían cosechado fracasos.

Entre estos criterios de selección, el más importante, o, por lo menos, el que centra la atención de Gramsci, se refiere a la construcción del partido como institución clave, aunque no única, de la nueva forma de hegemonía. No estoy pensando exclusivamente en la teoría del *Príncipe moderno*, cuyo contradictorio dramatismo percibía el propio Gramsci. Con demasiada frecuencia, sin embargo, al valorar esta teoría nos hemos detenido en la superficie de la metáfora, ignorando la riqueza analítica de una de las investigaciones más comprometidas de todos los *Quaderni*.

Los resultados más duraderos, por otra parte, no tienen por qué encontrarse en las páginas más conocidas y citadas con más frecuencia, como, por ejemplo, en aquella definición del «centralismo democrático» de la que Gramsci dice que «proporciona una fórmula elástica que se presta a muchas encarnaciones» (Q., 1635). Se siente la tentación de añadir que quizá se presta a demasiadas encarnaciones, que sólo sirven para producir la ilusión de una improbable continuidad de acción política concreta.

Son mucho más incisivas, en cambio, aunque se las conoce mucho menos, las páginas de los *Quaderni* dedicadas a la polémica contra el fetichismo de los organismos colectivos y contra el llamado «centralismo orgánico», que —escribe Gramsci— «se basa en el supuesto, que sólo se cumple en momentos excepcionales, de incandescencia de las pasiones populares, de que la relación entre gobernantes y gobernados está determinada por el hecho de que los gobernantes defienden los intereses de los gobernados y, por consiguiente, «*deben*» contar con el consentimiento de éstos, es decir, ha de producirse la identificación del individuo con la totalidad representada ésta (cualquiera que sea el organismo de que se trate) por los dirigentes» (Q., 1771).

Se trata de un texto muy importante, porque en él aclara Gramsci que el consentimiento *pasivo e indirecto*, instrumento normal de hegemonía de algunos partidos y grupos sociales, es totalmente insuficiente para las nuevas formas de hegemonía: «para otros organismos —dice, refiriéndose a los organismos de la nueva hegemonía— es una cuestión de vida o muerte, en vez del consentimiento pasivo e indirecto, el *activo y directo*, la participación de los individuos, aunque produzca una apariencia de disgregación y de tumulto».

Desde este punto de vista, ni siquiera el carácter de masas de un partido constituye para Gramsci una garantía suficiente. Conoce partidos de masas en los que éstas son simplemente «de maniobra», y se las «entretiene» con sermones morales, con acicates sentimentales, con mitos mesiánicos, en espera

de eras fabulosas en las que todas las contradicciones y miserias presentes se resolverán y curarán automáticamente» (Q., 1940). Pensaba sin duda en el fascismo: el contexto no autoriza otras hipótesis. Poco antes, sin embargo, en la misma nota de los *Quaderni*, hablando explícitamente de los «países en los que existe un partido único y totalitario de gobierno», Gramsci no oculta su razonada desconfianza hacia todo sistema monopartidista: «porque tal partido —escribe— no tiene ya funciones estrictamente políticas, sino sólo técnicas, de propaganda, policiales, de influencia moral y cultural. La función política es indirecta, pues aunque no existan otros partidos legales sobreviven siempre otros partidos de hecho o tendencias que no se pueden reprimir legalmente, contra las cuales se polemiza y se lucha como en el juego de la gallina ciega. De cualquier modo, lo cierto es que en estos partidos predominan las funciones culturales, dando lugar a un lenguaje político de jerga: las cuestiones políticas se recubren de formas culturales y como tales se vuelven irresolubles» (Q., 1939).

Es comprensible que, ante textos como éste, sugerentes sin duda, pero complejos y en algunos aspectos enigmáticos, algunos se desanimen y sientan la tentación de pasar de largo. Gramsci constituye un duro banco de pruebas, precisamente porque su pensamiento no se puede sistematizar en los esquemas de un fácil gramscismo. Considero que su concepción de la hegemonía, en concreto, permanece abierta a implicaciones que quizá no se han explorado del todo todavía, por lo que conviene seguir midiéndonos en este campo de pruebas, en vez de relegar a Gramsci al museo de los respetables antepasados.

Después de la derrota de la revolución en occidente

LEONARDO PAGGI

El que al abrirse una nueva etapa de la lucha política en Italia se vuelva a discutir sobre Gramsci, o, mejor dicho, más que sobre Gramsci, sobre nuestra relación con su herencia teórica, es, en definitiva, bastante natural. El tema reaparece ininterrumpidamente desde hace ya más de veinte años en el debate ideológico y político de la izquierda italiana. A partir de 1956 su pensamiento político se convierte, de maneras distintas y contrastantes, en uno de los principales puntos de resonancia teórica de una discusión que se mide, cada vez con mayor aproximación, por los problemas fundamentales de una estrategia de avance hacia el socialismo en un país de capitalismo desarrollado. Desde entonces, siempre o casi siempre nos hemos visto obligados a discutir la objeción de que existe una incongruencia o contradictoriedad fundamental entre Gramsci y la línea política de nuestro partido, y, por consiguiente, a precisar y redefinir el significado y las formas de nuestra «continuidad».

Los hitos principales de este debate son suficientemente conocidos, por lo que no es preciso insistir en ellos. La polarización política que se produce en el partido socialista ya en la fase de gestión del centro-izquierda busca puntos de apoyo coyunturales en la lectura de Gramsci.

Por una parte, la exaltación de la democracia consejista y obrera frente al burocratismo y a una política de alianzas que no tiene en cuenta, dicen sus detractores, los procesos de unificación capitalista. Por la otra, una interpretación de la hegemonía (pienso en concreto en el libro de Tamburrano de 1962)* que, mediante una curiosa inversión con respecto a los temas del momento, tendía a establecer una incompatibili-

* Antonio Gramsci, *La vita, il pensiero, l'azione*. Lacaíta, Manduria, 1963. [Nota de la R.]

dad de fondo entre las conclusiones de la reflexión gramsciana y el leninismo. El tema se vuelve a plantear, como es lógico, con la fuerte oleada de radicalismo intelectual que acompaña a la gran recuperación de las luchas obreras de 1968-69. Una vez más se nos presenta a Gramsci como espectro inquisidor de una política oportunista, pero al mismo tiempo también como base teórica de nuestra moderación. Toda la cuestión se replantea hoy, con la crisis del papel central de la democracia cristiana, en forma de contraste entre hegemonía y pluralismo, un contraste que indicaron propagandistas y hombres políticos democristianos y encontró después su máxima expansión en los ambientes culturales de la que solemos llamar área socialista.

No debe asombrarnos, y mucho menos disgustarnos, esta correspondencia entre debate político y debate cultural, aunque haya ido adquiriendo aspectos cada vez más claramente instrumentales (es significativo que hayan sido las columnas de la información de masas las que se han apoderado en los últimos meses del tema). En realidad, nos ha beneficiado. Aunque no han faltado parálisis e insuficiencias, en general hemos reaccionado siempre afinando y haciendo avanzar nuestra elaboración. Hemos dejado definitivamente atrás todo resto de tentación de presentar nuestra historia como una continuidad triunfalista y hemos sacado a la luz tensiones y divisiones internas de gran importancia, que habían permanecido sepultadas durante mucho tiempo en la memoria de unos pocos.

A medida que tomábamos conciencia de la autonomía de la elaboración política realizada por el partido, especialmente a partir de 1944-45, íbamos redescubriendo también toda la complejidad de la trama teórica del pensamiento de Gramsci. A partir de la imagen inicial de un Gramsci heredero de una no muy precisada tradición historicista italiana, hemos ido identificando, por etapas e hitos sucesivos, sus puntos de conjunción con los momentos más altos del marxismo teórico internacional. Concedo enorme importancia al hecho de que, tras topar durante mucho tiempo con las limitaciones inherentes a un enfoque meramente historiográfico, se hayan conseguido delinear los primeros rasgos de una relación Marx-Gramsci que puede quizás ayudar a comprender mejor la diferencia que existe entre crisis de la marxología y crisis del marxismo. En un plano más general, hemos ido descubriendo, a través de esta discusión, que la relación entre Gramsci y nuestra búsqueda política desborda los límites de una tradición de partido y se sitúa en el ámbito de análisis que abarca el problema mismo de la transición.

Si, como hemos dicho, no hemos de asombrarnos ni disgustarnos por la utilización políticamente muy desaprensiva del

debate sobre Gramsci (de la que con frecuencia son protagonistas fuerzas que en años no lejanos enarbolaron la bandera de la «autonomía» de la cultura), si a toda forma de provocación —y utilizo el término en sentido positivo— hay que saber responder adecuadamente, con mayor motivo es hoy indispensable realizar una distinción preliminar entre una forma correcta y otra menos correcta, por no decir totalmente equivocada, de plantear el problema del pluralismo.

Utilizando por un momento un lenguaje directamente político, creo que se puede decir que en lo que me parece una forma equivocada de plantear el problema del pluralismo son perfectamente identificables los efectos de una falta de profundización crítica en las causas que determinaron el fracaso del centro-izquierda y demostraron la falsedad de muchas de las hipótesis en que se sustentaba. Se desarrolla una argumentación sustancialmente neogarantista, olvidando la gran «mezquindad» demostrada por el Estado capitalista italiano ante cualquier exigencia de renovación, por comedida que fuera. Se oscurece todo el gran tema de la libertad-liberación mediante una argumentación sobre meras formas políticas, precisamente en un momento en que la crisis de un sistema de alianzas de gobierno brinda al conjunto de la izquierda, después de muchos años, la posibilidad de comenzar a *construir* la alternativa de un sistema de poder. Se desarrolla un discurso de filosofía de la política, precisamente cuando se trata de incrementar nuestro conocimiento de los vínculos entre sociedad y Estado. ¿Cómo se puede estudiar a la Democracia Cristiana con las categorías de Tocqueville? ¿No se acaba por este camino ocultando toda la importancia del conservadurismo italiano?

Considero que la temática propuesta por Bobbio inmediatamente después del 15 de junio * ha dado una imagen cultural retrasada y regresiva de las tareas y de las posibilidades nuevas que se abren hoy ante todas las fuerzas de renovación presentes en la sociedad italiana. Imaginando una situación de gobierno del Estado y de la economía, realizada ya en cierta medida por el movimiento obrero y por un nuevo bloque de fuerzas democráticas, se han pedido modelos prefabricados de definición teórica sobre los principios generales, sobre un tema que ha de conocerse, experimentarse y, por supuesto, definirse precisamente en el trabajo concreto de erosión del tipo de hegemonía que ha regido hasta hoy el país.

Y, por otra parte, ¿en qué medida son perceptibles y criticables en toda su envergadura las mismas contradicciones que

* Se refiere al debate abierto por Norberto Bobbio sobre la teoría marxista del estado. Véase a este respecto AA.VV., *El marxismo y el estado*, Barcelona, Avance, 1977.

vuelven a sacudir a los países de Europa oriental, si se miden estas nuevas realidades estatales y sociales en base a una representación casi decimonónica de la tradición liberal?

¿Qué pluralismo?

Existe, sin embargo, un modo correcto de plantear el problema del pluralismo, como ya hemos dicho. Es indudable que el movimiento obrero, a medida que, en base a un cambio de la correlación de fuerzas, se aproxima a tareas de gobierno y abandona toda forma de contraposición y extrañamiento con respecto al Estado, ha de precisar y articular su teoría y su práctica de la relación entre democracia y socialismo, debe aclarar, tanto ante sí mismo como ante los demás, cómo pretende introducir elementos de socialismo a partir del sistema institucional y económico concreto en el que vivimos. En este terreno ha de dar también, quizás, garantías nuevas, previendo formas de dirección y regulación del desarrollo que no pueden ser ni neutras ni neutrales, o una nueva configuración de las relaciones entre partidos y Estado que dote a los aparatos de gobierno, no sólo de más eficacia, sino también de más democracia.

Existe a este respecto toda una práctica política nueva por experimentar, pero también un campo de investigación teórica de la forma de reclasificación de un sistema de representación parlamentaria en presencia de un gran crecimiento organizativo de masas; investigación que no creo que pueda plantearse en términos de una vuelta desde Lenin a Kautsky. En la idea de que las nuevas tareas ante las que nos hallamos (basadas en una situación política que no tiene probablemente ningún paralelo en la historia de nuestro país y en un sistema profundamente modificado de relaciones económicas y políticas internacionales) pueden definirse en base a una discusión que dividió al movimiento obrero hace más de cincuenta años se puede apreciar, al margen de otras consideraciones positivas, una limitación dogmática y doctrinaria. Por otra parte, ¿no se superó ya en la práctica la contraposición entre leninismo y kautskismo en el movimiento obrero europeo durante los años treinta, cuando, bajo el impulso de la gran crisis y de la ascensión del fascismo, tanto los comunistas como los socialdemócratas iniciaron una nueva elaboración política profundamente renovadora y autocrítica para ambas partes? Y la misma experiencia realizada por el laborismo inglés después de la segunda Guerra Mundial, es decir, lo más avanzado que existe, probablemente, en la tradición socialdemócrata, ¿puede acaso colocarse bajo el signo del kautskismo?

Hemos, pues, de aceptar sin duda la discusión sobre el pluralismo

lismo que se nos propone, incluso como signo de la madurez estatal del movimiento obrero, pero para hacerla avanzar, para llenarla de contenidos políticos concretos en base a nuestra elaboración, situándola más allá del dilema infantil entre revisionismo y ortodoxia, siguiendo la indicación de Togliatti en 1964: «Hay que tener la valentía de decirles a los dirigentes chinos que si por revisionismo se entiende el desarrollo de nuestra doctrina y de nuestra acción en condiciones radicalmente diferentes de las del pasado, y, por consiguiente, con formas y contenidos nuevos, que no se podían prever hace cincuenta, veinte y ni siquiera diez años, esta evolución no sólo no la condenamos ni tememos, sino que la deseamos y constituye nuestro deber primordial».

Hay, pues, una reivindicación polémica del derecho a la revisión que se basa en una distinción de gran importancia entre los fundamentos constitutivos del análisis marxista de las formas capitalistas del modo de producción y la búsqueda política de las formas históricas de la transición, distinción a la que no llegaron nunca la II y la III Internacional. (Desde el punto de vista de la utilización instrumental de la teoría para apoyar una determinada opción política, la *Bernstein-Debatte* se desenvuelve en una lógica muy afín a la que determina la fundación del marxismo-leninismo después de la muerte de Lenin). Dentro de esta dimensión —la única, por otra parte, que permite una utilización productiva, no apologética, de la teoría desde el punto de vista histórico y político— ha de situarse nuestra relación con Gramsci. En cambio, la pregunta misma de «¿cómo conciliáis el pluralismo con la hegemonía?», aunque tiene una indiscutible razón de ser, en vez de convertirse en invitación al debate, en estímulo para la profundización crítica, cae rápidamente en el artificio propagandístico. En efecto, la teoría de la hegemonía en Gramsci no implica por sí misma una receta política para la actualidad, y me atrevería a decir que precisamente en la imposibilidad de reducirla a una receta política reside su importancia, su capacidad de constituir un punto de referencia crítico en situaciones distintas a lo largo de todo un período histórico. Otra cosa muy distinta es, por supuesto, intentar establecer una relación caracterizada por la derivación mecánica o por la implicación necesaria entre esta teoría, que señala el horizonte estratégico de la clase obrera, y las opciones y responsabilidades de los que actúan en la práctica en el presente. No creo, pues, que quepa discutir el hecho de que —cito las palabras de Salvadori— «el PC, al trazar su estrategia actual, se ha encontrado frente a problemas prácticos nuevos con respecto a los de Gramsci». Considero, en cambio, que se necesitarían muchas más consideraciones, y de naturaleza diferente, para demostrar que esta estrategia política implica la ruptura con un conjunto de instrumentos analíticos encaminados esen-

cialmente a incrementar la consciencia del movimiento obrero en cuanto a la capacidad de resistencia y de duración —es decir, de hegemonía— de una estructura política y de clase basada en un desarrollo pleno del mercado capitalista y en el pleno despliegue de la institución parlamentaria. El error de Salvadori —y no sólo de Salvadori— consiste en plantear y resolver la relación entre Gramsci y el partido comunista en una dimensión que es la de la historia del movimiento obrero, o, mejor dicho, la historia de sus consignas. He de añadir que siempre he experimentado cierta desconfianza cuando, incluso entre nosotros, se ha pensado en situar la figura de Gramsci a partir de su presencia en un período histórico determinado, detectando, por ejemplo, limitaciones de «sectarismo» en el hecho de que la posición adoptada con respecto a la concentración republicana de 1924-25 no corresponde «todavía» al esquema togliattiano de la unidad antifascista.

El leninismo de Gramsci

El problema se complica y enriquece al afrontar la cuestión del leninismo de Gramsci. A este respecto es indispensable, aun a costa de repetir observaciones en muchos aspectos ya asimiladas, volver a señalar distinciones preliminares que no son sutilezas filológicas. Una cosa es el leninismo como ideología y práctica del Estado soviético y otra Lenin como gran intérprete teórico de Marx; el Lenin que, como única excepción en toda la historia de la II Internacional, parte de una lectura del *Capital* incomparablemente más compleja y madura que la plasmada en su *Compendio* por Kautsky sobre la base de algunos capítulos —no muchos, por otra parte— del primer volumen del *Capital*. Es decir, el Lenin que, yendo mucho más allá de la temática del trabajo asalariado y de su superación total, proclamada en términos de una burda filosofía de la historia, parte, desde sus primeros escritos, del proceso de reproducción global del capital y reintroduce el concepto de formación económico-social del que no se encuentra ni rastro (como señaló Sereni) en las más de mil páginas de la última enciclopedia de Kautsky sobre el materialismo histórico. Además, Lenin no se limita a la definición de un concepto teórico. A lo largo de toda su historia de dirigente del movimiento obrero y de jefe del Estado soviético intenta una apropiación política del concepto, desde los estudios sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia hasta el análisis de 1921 sobre la formación económico-social a la que el partido bolchevique ha de adaptar su táctica y su estrategia. Aquí se enmarcan sus grandes aportaciones sobre la relación entre teoría y movimiento, entre luchas económicas y luchas políticas, entre democracia y socialismo, que constituyen ya una parte esencial de la forma de plantear el propio análisis político marxista,

allí donde éste continuó existiendo. Es aquí indispensable recordar al Lenin que, en un momento de viraje del socialismo europeo, es capaz de replantearse todo el problema de la dialéctica como gnoseología, de un conocimiento marxista capaz, por una parte, de detectar los rasgos esenciales de toda una época y, al mismo tiempo, de percibir cómo en dicha época se determinan situaciones específicas e históricamente diferenciadas; el Lenin, pues, que redescubre y resuelve por su cuenta un problema que está en la base de todo el pensamiento de Marx, el problema de una lógica y un conocimiento específicos para un objeto y una situación específicos.

La utilización política de los conceptos de formación económico social y de dialéctica son momentos esenciales no sólo del leninismo de Gramsci, sino de los momentos más felices de la elaboración política del partido comunista italiano. Es indudable que la gran densidad analítica de la elaboración de Lenin se ha ido perdiendo casi totalmente en la historia posterior del movimiento comunista internacional. Las doctrinas de Stalin implican una regresión neta de la ciencia política leniniana a unos límites de una estrecha vida política de regusto maquiavélico. Pero precisamente la actitud crítica hacia una tradición en la que hemos crecido (no sin sufrir todo tipo de condicionamientos) nos vuelve abiertos a distinciones que no son meras sutilezas críticas y profundamente desconfiados frente al intento, que no es nuevo, de presentar el problema de una puesta al día del marxismo político en términos de una opción entre la II y la III Internacional. Es comprensible que incluso un intelectual de gran seriedad como Salvadori se enamore de su propio objeto de investigación, pero sorprende por su ingenuidad el intento de montar sobre estas bases un ataque «teórico» al partido comunista italiano. Muy superior refinamiento han demostrado en el pasado los adversarios liberal-democráticos del marxismo.

Por lo demás, volviendo al leninismo de Gramsci, es su misma posición histórica la que hace que el problema sea cualquier cosa menos unívoco. Es, sin duda, determinante para su evolución intelectual y política la relación que establece entre 1922 y 1923 con la obra de Lenin, pero quizás tenga una importancia no inferior la que establece en el mismo período con el conjunto del grupo dirigente bolchevique, que discute, en una multiplicidad de matices y aportaciones, sobre las perspectivas globales del nuevo Estado soviético, que se divide y se contraponen sobre determinadas cuestiones, pero manteniendo —recogemos las palabras de Gramsci de 1926— «una articulación unitaria en la que las diversas tendencias y las diversas personalidades pueden aproximarse y fundirse incluso ideológicamente».

No quiero meterme en cuestiones específicas, pero quedamos sorprendidos cuando, enmarcando algunos textos de Gramsci en el debate de la Internacional Comunista de la primera mitad de la década de los veinte, nos damos cuenta de que no desempeñaban un papel menor al de la obra de Lenin; o al de textos de Bujárin sobre la NEP y sobre la revolución cultural, de Zinoviev sobre la forma de entender el bloque obrero y campesino, de Trotsky sobre la interpretación que ha de dar el partido de la noción de «política cultural» (las páginas de los *Quaderni* sobre el arte tienen sin duda este punto de referencia) o sobre la forma de abordar la relación entre Oriente y Occidente o, finalmente, del mismo Stalin sobre cómo concebir la relación entre táctica y estrategia o reflexionar sobre la experiencia militar a la luz de la lucha política de masas.

- punto a la
última de los veinte
mayor de discipulo
de

Cuando el bolchevismo, (tradición revolucionaria dotada de una historia propia pero al mismo tiempo, de una necesaria proyección futura) se vierte, en un proceso extremadamente rápido y concentrado en el tiempo, en el marxismo-leninismo, es decir, en una ideología concebida y utilizada como arma de excomunió política; cuando en el plano más estrictamente teórico se delinea un sistema regido por las leyes del materialismo dialéctico, Gramsci reacciona con rapidez. Vislumbra el riesgo de que el marxismo se vea reabsorbido en el interior de la vieja discusión gnoseológica entre idealismo y materialismo; polemiza abiertamente contra la recuperación de Plejánov y se proclama, en cambio, partidario de Labriola, tratando de readaptar algunos de los conceptos de éste (operación que Togliatti reproduce en cierto modo después de 1945) y señala en la sistematización enciclopédica del marxismo planeada por Bujárin los límites de una concepción del Estado que denuncia como contaminada todavía por formas de corporativismo y de autoritarismo.

Todo esto forma parte del leninismo de Gramsci; a este respecto, sin embargo, estoy de acuerdo con la afirmación de Ingrao en el sentido de que el ensayo de Togliatti de 1958,* aunque insiste sobre el tema de la continuidad Lenin-Gramsci —que responde sin duda también a estímulos políticos más inmediatos—, no constituye un momento de atrincheramiento ideológico, ya que comienza a introducir, aunque fragmentariamente, referencias generales al debate de la primera mitad de los años veinte y esboza la relación entre el Gramsci práctico y el Gramsci de los *Quaderni* que permitirá una lectura mucho más avanzada de toda su obra.

* El autor se refiere al ensayo titulado "Gramsci y el leninismo" (traducción castellana en AA.VV., *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, Barcelona, Grijalbo, 1977, págs. 36-61). [Nota de la R.]

Por otra parte, el problema del leninismo de Gramsci se entrelaza inevitablemente con el de su crítica al estalinismo, planteado ya explícitamente por la francesa Christine Glucksmann, que se tendrá que asumir y desarrollar, aunque con la necesaria vigilancia crítica, en toda su amplitud. La edición de los textos de la cárcel de la que se encargó Gerratana constituye en este sentido una aportación muy importante; pienso, por poner un ejemplo, en cómo durante la primavera de 1930, discutiendo acerca de las implicaciones culturales y políticas del progreso de industrialización en la URSS, Gramsci señala lúcidamente el dilema en el que quedará aprisionada durante años la historia del Estado soviético, una vez detenido el desarrollo de la democracia de masas: «Si no se crea autodisciplina nacerá alguna forma de bonapartismo o se producirá una invasión extranjera, es decir, se crearán las condiciones de una coalición externa que termine con la crisis por medios autoritarios». Todos los estudios tienden ya a adelantar el origen del estalinismo. El terror de masas que se desencadena en 1934 en la sociedad soviética es el último acto de un proceso que empieza a incubarse de forma decisiva en el partido en la forma en que se desarrolla, a partir de 1924, la llamada lucha contra las oposiciones, de la que Gramsci fue testigo y juez severo precisamente por la relación que ponía en evidencia entre el partido y el Estado.

El autogobierno de los productores

Con el término de «fusión de las fuentes», un reciente trabajo de Nicola Badaloni (*Il marxismo di Gramsci*, Turín, Einaudi, 1975) ha subrayado también la inadmisibilidad de una directa y exclusiva filiación ideológica leninista de Gramsci; y la revalorización del papel de Sorel que realiza el autor, al margen de otras consideraciones, corresponde a una dirección de investigación de suma importancia cultural y política: pone en evidencia, más de lo que se había hecho antes, el carácter abierto de la ciencia política gramsciana y su gran sensibilidad para percibir las formas nuevas de espontaneidad que se perfilan con el surgimiento de necesidades sociales nuevas. En el centro se sitúa la temática de los productores, que señala el elemento de una autonomía originaria, nunca perdida posteriormente, de Gramsci respecto al leninismo, y, al mismo tiempo, esboza todo el campo de su crítica a la democracia política, terreno en el que su investigación teórica se presenta estructuralmente abierta a hipótesis de transformación muy distantes de la morfología política y de los esquemas tácticos del bolchevismo.

Pero volvamos al tema del que hemos partido: ¿hay en la visión gramsciana de la hegemonía «gérmenes de pluralismo»,

entendidos como posibilidad de un desarrollo hacia el socialismo a través de un sistema político caracterizado por la presencia de varios partidos? Creo que si respondiéramos afirmativamente a esta pregunta caeríamos en la forma de «saber católico» que nos han reprochado y cargaríamos sobre las espaldas de Gramsci decisiones y responsabilidades que no le corresponden. No creo, sin embargo, que el problema pueda considerarse cerrado con esta consideración. En efecto, creo que podemos decir que, en relación con las exigencias pluralistas que surgen del debate actual y de la necesidad de un desarrollo democrático en toda la situación italiana, en Gramsci podemos encontrar algo menos, pero también algo más. Algo menos si nos atenemos al problema de cómo utilizar las instituciones democráticas (Parlamento, asambleas electivas, etc.) también en un período de transformación de las bases económicas del poder; algo más, en cambio, si nos fijamos en la amplitud y complejidad con que se esboza el tema del enriquecimiento y la superación de las formas de democracia que se han expresado en el régimen parlamentario burgués.

Cuando se han investigado en el pasado las razones de la originalidad de Gramsci respecto del leninismo, cuando se ha señalado en su obra un salto teórico por el que se cuestionan los temas del Occidente capitalista, no siempre se ha tenido suficientemente en cuenta el punto de referencia objetivo de este proceso intelectual: el contacto estrecho, casi cotidiano, con los mecanismos de la crisis del Estado liberal italiano, con la crisis destinada a dar origen al monopartidismo fascista; contacto que constituye el punto de partida para una reflexión más amplia y generalizada de las formas complejas de hegemonía que la gran burguesía capitalista occidental ejerce a través del sistema de gobierno parlamentario. Pero la base teórica de toda la interpretación gramsciana de la crisis del Estado liberal se encuentra precisamente en los textos de *L'Ordine Nuovo*, y, más concretamente, en una lectura de los escritos de Marx sobre *La guerra civil en Francia* que está claramente desplazada con respecto al eje leniniano. Lenin vio el punto de apoyo para una restauración de la teoría marxista del Estado en la ruptura de la máquina estatal, mientras que Gramsci apunta a una dirección muy diferente. Lo que le interesa es el «carácter industrial de la Comuna», es decir, la parte del análisis marxiano que conduce a exaltar el «autogobierno de los productores», la «devolución al cuerpo social de todas las energías absorbidas por el Estado parásito». Sobre la base de las tres amplias redacciones preparatorias de este escrito de Marx podemos darnos cuenta de que este apunte constituye su verdadero núcleo teórico.

Si es cierto que —cito en frase de Marx— «el dominio político de los productores no puede coexistir con la perpetuación de

su sometimiento social», se perfila una visión de la «conquista del Estado» —éste es el título del primer artículo completamente programático de *L'Ordine Nuovo*— como punto terminal de un largo proceso orgánico cuyas fases históricas corresponden a las fases de maduración por las que pasa la organización de la clase obrera. La conquista del Estado es un proceso que madura con el crecimiento de la clase obrera dentro del Estado parlamentario: «La concentración capitalista determinada por el modo de producción produce a su vez una concentración de masas humanas trabajadoras. En este hecho hay que buscar los orígenes de todas las tesis revolucionarias del marxismo, hay que buscar el origen del orden nuevo comunista destinado a sustituir al desorden capitalista generado por la libre competición y la lucha de clases».

En efecto, Gramsci entiende la correspondencia entre producción y política en el sentido de que la superación del Estado parlamentario y de las formas burguesas de la democracia política sólo se pone a la orden del día en el momento en que la organización del trabajo asalariado llega a un punto capaz de distorsionar completamente las leyes del mercado capitalista dominado por la libre competición. Existe, pues, una estrecha correspondencia entre el funcionamiento del mercado capitalista y la forma en que el sistema parlamentario expresa, en el respeto de la representación «general», la mediación política hegemónica entre intereses en conflicto.

Una vez establecida esta correspondencia entre parlamentarismo e individualismo económico, la posibilidad de nuevas y más amplias formas de representación no deriva de saltos hacia adelante de tipo jacobino, sino sólo de una crisis orgánica que tiene, morfológicamente, sólo dos salidas posibles: represión de los niveles de organización de la clase obrera o superación del sistema basado en la enajenación del trabajo y de la política. Por eso me parece que en estos escritos de Gramsci hay una acepción del término comunismo que no es sólo inmediatamente política: «Los comunistas son hombres que reconocen en este panorama las líneas generales descritas por Marx en sus precisiones históricas sobre el desarrollo de la civilización humana y, por consiguiente, se esfuerzan por reelaborarlas siguiendo la concepción del maestro en la realidad actual». Para el Gramsci de 1919-20 la crisis italiana provocada por la gran ofensiva obrera y campesina sólo puede resolverse positivamente si deja de ponerse al trabajo «en función de la libre competición» (el paso del sindicato al consejo indica precisamente este salto). «Si se miran las cosas desde el punto de vista de la producción y no desde el de la distribución de la renta —dirá Gramsci en la cárcel, vinculando la intuición de *L'Ordine Nuovo* a los análisis sobre el salario y la división del trabajo contenidas en el primer volumen del *Capit-*

tal— es evidente que el terreno sindical debe modificarse completamente». Del trabajo asalariado al trabajo considerado como inmediatamente social: ésta es la base de una posible recomposición entre producción y política, que implica, pues, la idea de que el avance del sistema de libertades sólo puede realizarse a través de un desvelamiento progresivo del mundo de la producción.

En 1919-20 Gramsci busca una proyección inmediatamente política de esta idea teórica. Toda la investigación posterior, encauzada por la evolución de la situación italiana y europea, está encaminada a sondear el carácter históricamente no inmediato de esta relación entre producción y política deducida críticamente. Aquí también la edición crítica de los *Quaderni* presenta textos inéditos que resultan en mi opinión muy esclarecedores. Me refiero a dos notas sobre la concepción del Estado «según la productividad de las clases» del *Quaderno 1* que se repiten, en una segunda redacción, en el *Quaderno 10*: «Si bien es cierto que para las clases productivas fundamentales, burguesía y proletariado, el Estado no es concebible más que como forma concreta de un determinado mundo económico, de un determinado modo de producción, ello no quiere decir que la relación de medio y fin sea fácilmente determinable y adopte el aspecto de un esquema simple y evidente a primera vista. Es cierto que la conquista del poder y la afirmación de un nuevo mundo productivo son inseparables, que la propaganda a favor de la una lo es también a favor de la otra, y que en realidad es en esta coincidencia donde reside la unidad de la clase dominante, que es a la vez económica y política, pero se presenta el complejo problema de las relaciones de fuerzas internas del país en cuestión, de la correlación de fuerzas internacionales, de la posición geopolítica del país en cuestión». Parte de la formulación de una visión típicamente ordnovista del problema del Estado, advirtiendo al mismo tiempo que esta correspondencia entre producción y política no es inmediata, y que sus efectos pasan por el filtro de la variedad de la historia. Sobre este fundamento teórico se articula la reflexión sobre los intelectuales, sobre la relación ciudad-campo, sobre las diversas formas del bloque histórico, sobre la función de los partidos y de las ideologías; es decir, toda la asimilación del leninismo se vuelve inteligible en su originalidad cuando se concibe como totalmente filtrada por este núcleo originario, que quizás en otra época habríamos definido como todavía «preleninista» y que, en cambio, representa la base originaria en la que se ensamblan todas las adquisiciones posteriores. Aquí se manifiestan también los aspectos más limitados históricamente de la interpretación toglattiana, que con frecuencia se detuvo, en mi opinión, en un rechazo de la ruptura y la contraposición entre los «dos» Gramsci, sin avanzar mucho más.

La idea de que la organización obrera constituye un elemento disgregador del sistema parlamentario es el hilo conductor del análisis de la crisis del Estado liberal en 1921-22 («la organización sindical, embrión de un Estado obrero dentro del Estado, puede ser tolerada sólo transitoriamente por el régimen capitalista»). Cabe preguntarse, sin embargo, por qué el proceso autoritario iniciado con la Marcha sobre Roma no se detiene cuando el movimiento obrero está ya deshecho y las leyes del sistema liberal podrían volver a funcionar. ¿Por qué después de la «normalización» de las relaciones de clase no se produce, como en otros países, la restauración de una democracia parlamentaria? De ahí brota la comparación con la situación francesa, que conduce por una parte a una investigación sobre el pasado, acerca de las formas de la revolución burguesa en Italia y, por otra, al estudio de la estratificación social realizado en las notas sobre «americanismo y fordismo». Toda esta reflexión sobre las diversas formas históricas de la hegemonía incrementan en Gramsci la conciencia de la gran capacidad de resistencia del Estado parlamentario. En lo que respecta a la iniciativa política, su propuesta es, desde 1924, una democracia jacobina dirigida por la clase obrera: sólo la vuelta de las masas a la escena política podrá interrumpir el proceso autoritario que se está desarrollando, y en Italia no podrá haber otra democracia contra la clase obrera.

Evidentemente, la utilización de consignas democráticas propugnada por Gramsci desde 1924, hasta la propuesta de Asamblea Constituyente de 1930-31, no es identificable con el proyecto de una democracia progresiva. Pero aquí deberíamos continuar con un análisis de las características de la democracia postfascista, que parece confirmar en cierta medida la previsión de Gramsci, desde el momento en que la profundidad y la amplitud de la experiencia fascista replantean objetivamente el significado del pluralismo, entendido como pluripartidismo. Cuando la construcción del Estado totalitario y fascista está ya en un estadio avanzado y el régimen monopartidista parece definitivamente consolidado Gramsci utiliza el término de «parlamentarismo negro» para indicar que los contrastes que agitan al partido fascista son necesariamente los mismos, por su contenido local, que se habían expresado anteriormente en la dialéctica del Estado parlamentario: «Es evidente que no se puede abolir una pura forma como el parlamentarismo sin abolir prácticamente su contenido, el individualismo, en su significado concreto de apropiación individual del beneficio y de iniciativa económica por el beneficio capitalista individual». También la liquidación definitiva de Trotsky se interpreta como una eliminación de formas de «parlamentarismo negro» que reflejan la supervivencia de contradicciones de clase no superadas en la sociedad civil. El endurecimiento

del régimen interior del partido es, pues, «síntoma o previsión de una intensificación de las luchas y no viceversa». Cabe recordar aquí la advertencia lanzada en 1926 a la mayoría del Comité Central del partido bolchevique. «Abolviendo el barómetro —ésta es la conclusión de la reflexión en la cárcel— no se elimina el mal tiempo».

La aceptación de una estructura monopartidista como forma política de la transición no enturbia, pues, la conciencia de su objetiva debilidad, sino que pone en evidencia la necesidad de un continuo replanteamiento en todos los terrenos de la forma en que pueden y deben combinarse fuerza y consentimiento. A este respecto resultan obligadas algunas consideraciones sobre el partido como «Príncipe moderno». En efecto, la metáfora maquiaveliana, con la experiencia soviética como fondo, ha autorizado siempre las peores sospechas.

Partidos, autoritarismo, burocracia

En una mesa redonda sobre Maquiavelo y el maquiavelismo publicada en *Rinascita* en 1969, un intelectual checoslovaco, Lubomir Sachor, recordaba el rumor generalizado de que *El Príncipe* era una de las lecturas preferidas de Stalin, y señalaba que en la época estalinista la obra no se había publicado nunca ni había conocido circulación alguna. Es innecesario insistir sobre el hecho de que la imagen del «Príncipe moderno» va acompañada continuamente por la polémica contra el maquiavelismo como visión restrictiva de la política, entendida como vida «separada», como patrimonio de unos pocos. El Príncipe de Gramsci, como es sabido, no constituye la encarnación de una lucha despiadada por el poder, sino el portador de un mito, de una idea de liberación, la expresión orgánica de una «voluntad colectiva nacional-popular». El punto más significativo de esta convicción se encuentra quizás en la repetida afirmación de que decir la verdad es una necesidad de la política de masas.

La aceptación del vínculo Marx-Maquiavelo tiene también, sin embargo, un claro trasfondo ideológico: sacar al marxismo de una reducción a los límites de una nueva forma de realismo político, reducción llevada a cabo precisamente por la cultura liberal. «El marxismo, o, mejor dicho, algunas afirmaciones de Marx sacadas de su contexto —dice Gramsci en 1925—, han servido a la burguesía italiana para demostrar que por la necesidad de su desarrollo era preciso prescindir de la democracia». Se refiere en esta cita a toda la polémica antiilustrada de Croce (en la que se inscribe su definición de Marx como «Maquiavelo del proletariado»), que adquiere un significado nuevo a la luz de la crisis del Estado liberal. El nuevo realismo

que representa el marxismo no tiende a «escarnecer» la ideología igualitaria que acompañó a la revolución burguesa, sino a indicar las formas históricas necesarias para su realización.

El llamamiento a la necesidad de la «fuerza» no significa, pues, para el marxismo la forma de malthusianismo político a la que se aferró desde sus orígenes la burguesía italiana, con su interpretación restrictiva del mismo modelo liberal, sino la conciencia de que la ampliación de la esfera de lo ético-político ha de pasar por un proceso de liberación en lo económico. Al mismo tiempo, el vínculo Marx-Maquiavelo tiene también un valor crítico en relación con la tradición socialdemócrata, que fue arrollada por el fascismo por no haber comprendido a tiempo los límites estructurales de la democracia liberal burguesa, por haber tomado por real la ideología libertaria e igualitaria de la Ilustración. En este sentido, la metáfora de Maquiavelo apunta a la necesidad de la relación entre democracia y socialismo, proceso que el partido puede protagonizar y consolidar sólo si se concibe como elemento de la sociedad civil y no como mera sobreestructura.

Sobre este aspecto de la teoría gramsciana del partido político ha vuelto a cargar recientemente la crítica liberal, que ve en él un elemento totalitario. Y, sin embargo, precisamente en este terreno se define la idea de que el crecimiento del partido sólo se produce paralelamente a la superación progresiva del pluralismo, de la fragmentación corporativa de las diferentes capas que la sociedad capitalista reproduce de forma cada vez más amplia con el desarrollo progresivo de la división del trabajo. Y la superación de la inmediatez corporativa implica en Gramsci la elevación de los individuos; el partido-sociedad nos conduce al partido-escuela. Pero precisamente el desarrollo necesario de la participación y de la vida interna establece una separación drástica e inequívoca entre la prefiguración gramsciana y la realidad del partido como instrumento de organización del consentimiento, máquina propagandística que transmite a escala de masas decisiones tomadas previamente.

Quizá no se le ha prestado hasta ahora la atención que merece al hecho de que Gramsci inició la polémica contra el autoritarismo y el burocratismo de los partidos tomando como blanco el gran partido socialdemócrata de tipo europeo. «Evidentemente, el individuo necesita menos tiempo para deliberar —escribe en 1918—, para encontrar la razón, la verdad, que la colectividad, porque el individuo puede ser escogido entre los más capaces, entre los mejor preparados (...). Todo eso es verdad, pero también lo es que el individuo puede convertirse en un tirano, o ser considerado como tal.» No es casual que Gramsci tuviera siempre presente una intuición importante de los estudios de Michels sobre la socialdemocracia alema-

partido: unidad (crisis) / partido de masas (Gramsci) / opuesto a la burocracia / (19) - 10 - 10
trabaja a una y conduce a la crisis

na: que el proceso de organización de las masas puede también degenerar en su opuesto, dando lugar a formas de bonapartismo y potenciando la creación de aparatos burocráticos.

Cuando en el pasado se ha planteado el problema de la necesidad de correspondencia entre vida interna del partido y concepción del Estado, y se ha presentado el método de las tendencias como forma de concepción del centralismo democrático, se ha olvidado la existencia de una amenaza autoritaria que se cierne no ya sobre el partido comunista, sino sobre el partido de masas como tal, como se ha desarrollado históricamente en las democracias occidentales en el marco de una estructura pluripartidista. Por otra parte, esta amenaza autoritaria tiende a crecer a medida que el partido se compenetra con el Estado. La función de gobierno tiende de por sí a exaltar la forma del partido de masas como máquina electoral que defiende las decisiones que toman los elegidos en las instituciones.

Hemos, pues, de recordarles a nuestros interlocutores que el problema de la democracia interna no es una prerrogativa de ninguna tradición ideológica y política, sino que nace en el terreno concreto de las relaciones que los partidos establecen con la sociedad y con el Estado.

No quiero aquí insistir mucho, por su misma evidencia, sobre los rasgos diferenciales del partido nuevo en relación con el modelo gramsciano; quiero añadir sólo que el llamamiento gramsciano al partido-escuela (participación democrática y papel creciente de la teoría como partes integrantes de la dirección política) no ha perdido —ni siquiera en su componente utópica— su valor como punto de referencia crítico de gran eficacia en la larga guerra de posiciones que combatimos desde hace treinta años en una sociedad capitalista avanzada.

Nuestra relación con Gramsci tiene, pues, una historia compleja, que se entrelaza hasta cierto punto con la del debate interno de nuestro partido, pero trascendiéndola. Desde 1945 se ha venido configurando, esencialmente a través de la interpretación de Togliatti, como la dimensión teórica de nuestra elaboración política; por eso ha conocido acentos y matices diferentes, a medida que nos aproximábamos a una confrontación cada vez más directa con los problemas de una sociedad de capitalismo avanzado, tanto en el plano ideológico como en el institucional. No creo, sin embargo, que haya constituido nunca una ideología para solemnizar opciones políticas contingentes. El papel determinante que ha desempeñado la mediación de la lucha política ha conducido siempre, en realidad, a una profundización sucesiva de la construcción teórica de Gramsci. Hoy comprendemos a Gramsci mucho mejor

que hace treinta años. Basándonos en la experiencia del pasado podemos decir que la permanencia de este punto de referencia no ha obstaculizado nunca nuestra búsqueda positiva. La referencia a la obra de Gramsci en momentos importantes de replanteamiento de nuestra elaboración política nos ha ayudado siempre a expresar las novedades que surgían. Por eso no creo que sea necesaria una declaración votiva por nuestra parte sobre la validez del pensamiento gramsciano. Es siempre el desarrollo real el que se encarga de pronunciar tales veredictos.

Gramsci y Togliatti: novedad y continuidad

BIAGIO DE GIOVANNI

En el momento en que se estrecha la relación del movimiento obrero con el Estado, encontrando, podríamos decir, su dimensión real, es deseable que se extienda la discusión, que se desarrollen los estímulos externos e internos, que vuelvan a plantearse con urgencia y atención los grandes temas tratados ya por nuestra tradición, que se entrelacen culturas e historias diferentes en una actividad caracterizada por la confrontación y la discusión. En efecto, considerado en su marco más amplio, ¿qué es hoy este debate sobre el pluralismo y la hegemonía, el cual, a pesar de sus limitaciones, ha constituido uno de los hechos más vivos de este último año, sino el nuevo nivel de la discusión abierta por el *hecho* de que el movimiento obrero y el partido comunista han llegado en la práctica a medirse con la realidad del Estado italiano? De ahí la necesidad de recuperar la confianza en la posibilidad de que las ideas actúen en el interior de grandes procesos colectivos, vivificándolos. Vuelven los elementos fundamentales de la tradición, pero no como datos de una cultura lejana ni como hechos fijados históricamente en nuestra memoria, sino en la dimensión que les confiere nuestro presente, y siempre con plena conciencia de un hecho: que nuestra tradición *ya ha actuado* como elemento profundo de transformación de la relación entre Estado y movimiento obrero, y que cualquier proceso —hasta el más nuevo— parte de este «vínculo» que configura la relación partido-sociedad.

Volveré sobre este problema sobre todo para señalar por qué Gramsci es el comienzo real de algo nuevo, destinado a influir en toda nuestra historia posterior. Es esencial, en mi opinión, recordar que Gramsci centra el análisis de los *Quaderni* en la idea de la transición como proceso. Desaparece fundamentalmente el concepto de un derrumbamiento repentino de la sociedad burguesa capitalista, tanto en su versión de caída vertical e imprevista, derivada de una lectura economicista de

la caída tendencial de la cuota de beneficio, como en la basada en la idea de una antítesis simple y radical entre Estado y clase obrera, de la que deriva una especie de coincidencia inmediata entre construcción del poder socialista y destrucción del Estado existente. Esta forma del análisis gramsciano pone en cuestión radicalmente tanto el marxismo de la II y la III Internacional como la forma leninista de mediación política. En el centro de la idea de la transición como proceso está el tipo nuevo de reflexión que desarrolla Gramsci sobre el Estado.

La atención de Gramsci se dirige hacia la enorme, inaudita difusión de la hegemonía. «La "conciencia crítica" estaba restringida a un pequeño círculo, hegemónico, pero ridículo: el aparato de gobierno se ha quebrado, y hay crisis, pero ésta es también de difusión, lo que conducirá a una nueva "hegemonía" más segura y estable». El texto forma parte de una reflexión que Gramsci desarrolla a partir de 1929 sobre la relación global entre Estado y masas en la fase histórica dominada: 1) por el capitalismo organizado; 2) por el fascismo, 3) por la distorsión de la situación mundial y el cambio de la correlación de fuerzas producidos por la Revolución de Octubre; 4) por la configuración de un nuevo marco estratégico para el movimiento obrero en Occidente, tras la derrota de 1919-1921. Voy directamente al meollo del problema. Con Gramsci el movimiento obrero italiano empieza a liberarse de una concepción instrumental del Estado, de la idea de una relación rigurosa y simple entre Estado y clase dominante. Aparece un dato nuevo de gran importancia, ausente en la tradición anterior, reflejado en la «hegemonía difusa» que Gramsci considera esencial con respecto a la crisis del viejo aparato estatal restringido. La difusión de la hegemonía coincide con la expansión del Estado e incluso con su irrupción en las conciencias. Esto no ha de entenderse, como es obvio, en un sentido idealista, como si nos refiriéramos al Estado como posible campo de unificación de las *conciencias* de las masas (la sociedad *in interiore homine* que iba construyendo por aquellos años Giovanni Gentile), sino como una referencia concreta a la extensión social y política de los aparatos institucionales y a la ampliación del proceso de reproducción en su relación con el desarrollo del trabajo improductivo y con la introducción del Estado en todos los niveles de la circulación.

Hay que aclarar de entrada que la ruptura de la relación restringida y exclusiva Estado-clase dominante no es, para Gramsci, la consecuencia mecánica de la ampliación del papel estatal en el terreno de la economía. El que el Estado esté atravesado por lo que podríamos llamar dimensión del trabajo no conduce directamente a la ruptura de su estructura restringida de clase. Es más, puede ocurrir todo lo contrario cuando

el Estado que tiene su base político-social en los intelectuales y en la «gente sencilla» (en las masas) conserva su estructura «plutocrática», como escribe Gramsci, y refuerza sus vínculos con el gran capital financiero. El análisis de Gramsci sobre el fascismo apunta precisamente en esta dirección. La relación del Estado fascista con las masas es, sin duda, más profunda que la que el Estado liberal había establecido con la sociedad civil, pero, al mismo tiempo, con el fascismo, se vuelve más rígida la estructura de clase del Estado, se profundizan los niveles de descomposición corporativa y se impide en todas partes la formación de una voluntad general. Los elementos de «plan» que penetran en la economía detienen, en vez de dinamizar, la relación de las masas con la política, determinando líneas de mediación extremadamente delimitadas, por las que la política discurre sólo de arriba abajo.

Se podría decir que la expansión de la relación política-sociedad no es más que una condición morfológica, y para que se convierta realmente en elemento de ruptura de la limitación de clase del Estado y del hecho de que toda su estructura esté «ocupada» totalmente por la clase dominante es preciso que intervenga un elemento directamente político que introduzca una dimensión nueva en la relación entre masas y Estado. El entramado político de la sociedad civil empieza a construirse cuando emergen los primeros elementos de recomposición en torno a la presencia política del movimiento obrero (aquí se percibe el papel decisivo de la Revolución de Octubre); entonces el ensanchamiento de la base de masas del Estado señala una posibilidad política de ruptura en el esquema de la relación exclusiva Estado-clase dominante. El elemento morfológico se especifica, en la reflexión de Gramsci, en el sentido de la constitución de un terreno democrático en el que puede desarrollarse y resolverse el enfrentamiento de hegemonías a la luz del sol. Una vez consolidado este terreno, el Estado deja de presentarse como el resultado mecánico del efecto de dominación de una clase sobre otra, y se convierte en el terreno donde se constituye la productividad política de las clases y de su antagonismo.

Examinemos con más atención estas reflexiones, pues en ellas se encuentra el verdadero elemento de novedad estratégica que impregna buena parte de los *Quaderni*. La respuesta «democrática», en la época en que se transforma la relación entre las masas y el Estado, no puede ser sino una: dejar entrar totalmente a las masas en el Estado, destruyendo la antigua separación que la morfología del Estado moderno pone ya en discusión. Este es el fondo general, que delimita el terreno de una nueva temática institucional y, sobre todo, el de una política de alianzas radicalmente nueva, pero el problema político de los *Quaderni* se desplaza a un campo mucho más ana-

lítico y específico. En primer lugar, surge el tema del partido. En este marco el punto esencial de la reflexión gramsciana reside en la percepción de que el partido es «mediador» institucional en la redefinición de la relación masas-Estado. El sentido de esta mediación es muy diferente del de la tradición liberal democrática. Esto se ha de decir y discutir hoy con extremada franqueza. Ha de recordarse que en Gramsci la mediación del partido tiene un alto grado de organicidad. No implica una mediación formal, de opinión, sino que define su función en el denso concepto de «intelectual colectivo». «Con la extensión de los partidos de masas y su adhesión orgánica a la vida más íntima (económico-productiva) de las propias masas, el proceso de estandarización de los sentimientos populares, antes mecánico y casual, se convierte en consciente y crítico... Así se forma una relación estrecha entre gran masa, partido y grupo dirigente y todo el conjunto, bien articulado, puede moverse como un "hombre colectivo". Los partidos son, en este sentido, escuela de vida estatal».

De este complejo planteamiento ha de discutirse por lo menos un punto: no sólo la polémica, aquí implícita, pero en otros fragmentos explícita, contra el partido que se reduce a aparato y burocracia (donde se puede percibir el eco del enfrentamiento de Gramsci con la III Internacional), sino la misma idea del partido como instrumento de una recomposición social. Por eso el «príncipe moderno» es un «intelectual colectivo», porque prepara en su interior la vida del Estado. Ahí reside la organicidad de su mediación, así como la posible rigidez de la línea de comunicación entre la sociedad y el Estado. En efecto, el problema que se vuelve explícito con Gramsci puede formularse así: cómo organiza y dirige el príncipe moderno la relación entre clase obrera y democracia. Los fuertes elementos de recomposición presentes en el partido, su movimiento, siguiendo una línea ascendente, desde la vida más íntima (económico-productiva) de las masas hasta su penetración en la vida del Estado, son los que organizan la relación entre príncipe moderno y democracia. Se ha de prestar, sin embargo, suma atención a un punto: no es suficiente centrarse, como han hecho Bobbio y Salvadori recientemente, en este aspecto fuertemente hegemónico de la función política del partido para concluir que la articulación pluralista de la sociedad moderna no está en condiciones de sostener sobre sus espaldas a ningún príncipe demasiado excluyente. El problema existe, pero la cuestión es, sin duda, más complicada, y nos conduce a un terreno determinado por relaciones reales. El partido se define como escuela de democracia (y Estado en formación) respecto de un Estado-coerción que ha resuelto de forma «autoritaria» su propia relación con las masas. Es el mediador del paso del Estado como aparato de coerción al Estado democrático, y refleja la idea de que este paso sólo

es posible y realista *recomponiendo la relación entre vida económico-productiva y vida política*. La insistencia de Gramsci en el carácter «de proceso» de todo esto, en los elementos de «formación» de este conjunto, no es una concesión a la inmadurez de los tiempos ni representa la medida de una derrota, la sufrida en Europa por el movimiento obrero entre 1919 y 1921. Está estrechamente relacionada con la constitución más amplia y no instrumental del terreno de la democracia como campo de determinación de la relación transformada entre las masas y el Estado.

No obstante, en Gramsci la definición del partido como «nomenclatura de clase» expresa el concepto de «rigidez» de la clase y de un carácter muy definido de sus contornos históricos. El «desarrollo», la «extensión» y la «universalización» de la clase llevadas a cabo por el partido implican, por supuesto, una organización democrática de aquella relación, una elaboración y definición de los vínculos con la sociedad; pero el que estos vínculos se conciban como una *extensión* de la clase significa que en esta fase la reflexión gramsciana no se plantea todavía la transformación radical de la relación masas-política. Si el partido es el reflejo de la clase, la universalización de la clase por obra del partido parece imposibilitar el pluralismo político, a menos se le conciba como mero enriquecimiento *interno* del partido. Por el movimiento de la clase, el partido pasa un tipo de hegemonía que se afirma ampliando el «espíritu de escisión» a las clases aliadas potenciales. Escribe Gramsci: «¿Qué puede contraponer una clase innovadora a este conjunto formidable de trincheras y fortificaciones de la clase dominante? Es espíritu de escisión, es decir, la adquisición progresiva de la conciencia de la propia personalidad histórica, espíritu de escisión que ha de tender a ampliarse de las clases protagonistas a las clases aliadas potenciales».

Considero que tiene gran importancia, porque constituye un «viraje», el paso de Gramsci a Togliatti en el terreno del partido en los años inmediatamente posteriores a la inauguración de la política de Salerno. Escribía Togliatti: «Los partidos son la democracia que se organiza. Los grandes partidos de masas son la democracia que se afirma y conquista posiciones que no se perderán ya nunca más». Hay que dar, en mi opinión, una importancia decisiva a este fragmento: del partido como nomenclatura de las clases *a los partidos* como «la democracia que se organiza». Entre las dos formulaciones hay acontecimientos que deciden sobre la validez histórica de nuestra tradición y la especificidad del análisis y de la iniciativa política: 1) el éxito del fascismo en el momento de la reflexión de Togliatti, comprendida sobre todo entre 1928 y 1935; 2) la revolución española, con el ensayo que Togliatti le dedica en 1936; 3) la Resistencia italiana y europea y la fase constituyente de la

República. Se trata de acontecimientos y de una serie de reflexiones que conducen a afrontar el tema decisivo del pluralismo político. Me propongo aquí reconstruir el problema desde este punto de vista. No es casual que la atención teórica de Togliatti se dirija en gran medida, en los escritos comprendidos entre 1944 y 1947, *hacia los partidos* como organización de la democracia. Mi impresión es que en la terminología escogida se delinea una interpretación muy rica de la primacía de la política en una fase histórica caracterizada en Italia por un tipo de experiencia colectiva que introduce en la relación masas-política una iniciativa decisiva del movimiento obrero.

¿A qué me refiero al hablar de una nueva interpretación de la primacía de la política? Intentaré explicarme con un ejemplo que me parece muy significativo. Cuando Gramsci, en 1919, analiza la forma en que el Partido Popular introduce a las masas católicas en una relación nueva con la política, sacándolas de su aislamiento, define esta relación partido-masas como un paréntesis, una etapa necesaria, en el movimiento progresivo de las masas hacia la conciencia y la organización socialistas. «El catolicismo entra así en competencia, no ya con el liberalismo, ni con el Estado laico, sino con el socialismo; se coloca en el mismo terreno que el socialismo, se dirige a las masas como el socialismo, y será derrotado, será expulsado definitivamente de la historia del socialismo.» «Los populares son a los socialistas lo que Kerensky a Leuín.» Volveré más adelante sobre el tipo de reflexión que desarrolla Gramsci acerca de los católicos en la elaboración de los *Quaderni*, pero el planteamiento de 1919 es sintomático, a mi modo de ver, de un estado de ánimo bastante permanente.

Pasemos ahora a la polémica entre Togliatti y Dorso en las columnas de *Rinascita* en 1944. El tema es el Mezzogiorno campesino y pequeño-burgués, apresado en las redes del transformismo de la clase política que se dispone a recoger vorazmente la herencia del fascismo. ¿Qué hacer para salir del círculo de hierro de esta condición? No voy a recordar aquí los pormenores de la polémica, en la que el pesimismo dorsiano y el jacobinismo de sus soluciones se entrelazan con la atención que dedica Togliatti a la forma en que ha de constituirse la relación entre masas y política en el Mezzogiorno. Reproduciremos el fragmento central, que contiene un elemento teórico de gran importancia. «Vemos fundamentalmente —escribía Togliatti— una sola solución, que consiste en unir a la intervención desde arriba, para impedir el renacimiento de las viejas fuerzas reaccionarias, la acción incansable desde abajo para dar un desarrollo nuevo, arrollador, grandioso, en todo el Mezzogiorno, a los grandes partidos antifascistas de masas.» Esto tiene un sentido notablemente distinto del texto gramsciano. No es sólo la validez histórica de esta relación (los

partidos antifascistas de masas), sino, más en general, la expansión inaudita de su espacio político, lo que Togliatti concibe como el elemento impulsor de la nueva democracia meridional. Se redefine una determinada interpretación de la primacía de la política y de su papel efectivo de ruptura. En cierta medida, sobre la que se debe discutir, podemos decir que Togliatti se aleja de la concepción gramsciana del proceso como paréntesis (*del* partido popular *a la* conciencia socialista) e insiste en la simultaneidad de la convergencia de los partidos antifascistas hacia la definición del nuevo marco de la democracia italiana, aunque, evidentemente, ello no diluye las diferencias entre los partidos que se organizan en torno a una estrategia de transformación de las relaciones entre las clases y la dirección moderada que predomina en otros. El pluralismo político es necesario en esta perspectiva, mientras que no lo era en la dinámica de acumulaciones progresivas, y casi podríamos decir de «superaciones» sucesivas, prevista por Gramsci en el artículo publicado en el *Ordine Nuovo*. El punto decisivo es ahora la unidad de los grandes partidos de masas. Esta cita muestra que no sería estéril profundizar, más allá de lo que he desarrollado yo, una comparación entre la formulación gramsciana y las tesis expresadas por Togliatti en 1944. Pero no una comparación abstracta, pues una cosa es el Partido Popular y otra la Democracia Cristiana al terminar la segunda Guerra Mundial. Una cosa es el partido de las masas campesinas meridionales y otra el partido que se dispone a definir su papel dirigente en una Italia que hay que reconstruir. En medio, el fascismo y su caída catastrófica determinan una transformación del terreno de la democracia y de la profundidad de sus implicaciones. También es cierto que en esta fase decisiva de la historia se rompen algunas continuidades y la teoría reconstruye de forma profundamente renovada su propio objeto. No me voy a detener a señalar el grado de conciencia que tenía Togliatti de esta transformación, en gran medida desde las intervenciones de 1928. El punto que quiero desarrollar es otro. En este terreno, el pluralismo político se convierte ante todo en una respuesta general a la caída del fascismo. Una respuesta densa, cargada de implicaciones teóricas. Si el eje es la transformación profunda de la relación entre las masas y el Estado, la centralización restringida de la política (cuya expresión había sido en Italia el fascismo) se considera un terreno *imposible* para la construcción de la democracia. Influye, en mi opinión, de un modo más profundo y sobre todo políticamente más visible —después de la lucha de masas de la Resistencia— la forma en que empieza a transformarse en Italia la relación entre el Estado y las clases. Ahora la indicación deriva de hechos que consiguen emerger hasta el nivel de relaciones precisas, históricamente determinadas, entre los partidos políticos de masas. El paso directo, explícito, del partido como «nomenclatura de las clases» a los partidos como «organización de la

democracia» tiene, a mi entender, sobre todo este significado. La desaparición, por lo menos parcial, de ciertas tendencias a la instrumentalización; la introducción del pluralismo político (por primera vez, en este sentido concreto) en la estrategia del movimiento obrero italiano; la definición de un marco teórico en el que la irrupción de la clase obrera en el Estado, al tiempo que excluye que éste «sea la proyección mecánica, en el plano político, de los intereses de una sola clase» (Vacca), redefine también la relación políticamente más visible, la del partido comunista con el Estado.

También en el partido, en medida cada vez mayor, capaz de romper la rigidez de la relación partido-clase, se introduce, de forma directa o indirecta, la complejidad de la vida social. La visión de las relaciones entre los partidos se refleja en la concepción del «partido nuevo», y viceversa. El partido como organización de la democracia amplía la relación de las masas con la política, haciendo que se filtren continuamente hacia abajo *elementos del Estado*, rompiendo las líneas clásicas de separación entre Estado y sociedad civil. Esto significa que este desarrollo en la teoría de los partidos alcanza también el terreno de la relación partido-clase, en la medida en que sigue al comienzo de una *real* disposición de alguna manera «participativa» de las clases en el terreno del Estado. Los partidos antifascistas de masas, tal como se constituyen a la caída del fascismo, se convierten en el instrumento real de la extensión de la democracia, porque abren los caminos históricamente posibles de relación masas-Estado.

Creo que hay que reconocerle a Togliatti el mérito teórico de haber puesto en marcha este replanteamiento de la función del partido y de la relación entre partido y Estado. Entre Gramsci y Togliatti no hay aquí una continuidad lineal. Pero en esta discontinuidad de la tradición se ensambla otro elemento decisivo: se inicia un cambio de importancia en el análisis de la relación entre el mundo católico y la sociedad italiana. Es un terreno delicado, sobre el que volveré en la última parte de esta ponencia. El punto de este cambio sobre el que se puede ahora centrar la atención es el hecho de que el centro de la estrategia no contesta a la pregunta de cómo hay que *cambiar* la conciencia de las masas católicas, sino a la de cómo se pueden potenciar y profundizar las contradicciones presentes en la relación de las masas católicas con la política, en un momento en que la dirección política de los católicos constituye en gran medida el baluarte de una interpretación moderada del proceso italiano. No se trata sólo de una concesión en aras del realismo político, sino de algo que se relaciona con el discurso anterior, tanto en la visión del sentido diferente que la dirección del movimiento obrero da a la irrupción de las masas católicas en el escenario político italiano como en

lo que se refiere a una relación posible entre conciencia católica y democracia de masas. Tema éste sobre el que empiezan a detectarse, a partir sobre todo de la segunda mitad de los años cincuenta, otros momentos de «viraje».

Los elementos que pueden determinar «teóricamente» las características del pluralismo político en una situación como la italiana se empiezan a acumular sobre todo al final de los años más difíciles, entre 1948 y 1953-54. En este terreno, la *Declaración programática* del VIII Congreso constituye otro punto decisivo de análisis que «concretiza», como ha escrito recientemente Ingrao, la profunda novedad de 1944. En aquella *Declaración* se encuentra la argumentación más clara de la elección no instrumental del pluralismo político por parte del partido comunista. Es, pues, un documento fundamental de nuestra historia. Y su fecha, 1956, permite reflexionar serenamente sobre qué significó entonces nuestra crítica del estalinismo y la interpretación de nuestra relación con la URSS. En efecto, sobre el camino emprendido en 1944 continuó pesando de forma incluso dramática (piénsese en el episodio yugoslavo) aquella especie de profunda divergencia entre *elección* nacional y *modelo* internacional que influyó, sin duda notablemente, en la forma en que nuestra elección fue acogida por las grandes masas de militantes, en su conciencia, en su iniciativa cotidiana. Quiero decir que la «duplicidad» de la que habló el propio Togliatti estaba profundamente arraigada en esta divergencia entre teoría política y modelo y lastraba pesadamente al conjunto del partido, limitando la constitución de un sentido común de masas sobre las instituciones democráticas. Y en el fondo, bien mirado, este hecho tenía una razón profunda. Aunque la opción tomada en 1944 con el viraje de Salerno era clara, se seguía en cierta medida sobreentendiendo una relación entre democracia y socialismo que implicaba el paso, más allá de cierta fase, del pluralismo al monolitismo. Desempeñaba un papel decisivo la respuesta de las clases dominantes para aislar a la clase obrera del Estado. La imagen real de la sociedad socialista (la URSS como modelo, su historia y la dirección de Stalin) se reflejaba además en el análisis de nuestra sociedad y en la relación entre alianzas en la fase de transición y gestión del poder en la fase en la que la clase obrera conquista el Estado. El VIII Congreso es, en este sentido, un gran momento de liberación. Y la crítica a Stalin y sus efectos no han de buscarse sólo en el nivel teórico, por fundamental que fuera, que Togliatti definió en la entrevista de *Nuovi argomenti*, sino en la forma en que empezó a cambiar, aunque dentro de limitaciones profundas, la relación entre partido y sociedad y la misma historia interna del grupo dirigente comunista.

El que este conjunto de elementos no apunten en una direc-

ción instrumental no implica un tipo de análisis de la sociedad y de la fase política como suavización de la lucha de clases. La nueva relación entre clases y Estado es, más bien, la determinación de un nivel históricamente definido. El que las clases estén, por decirlo de alguna manera, en el Estado, y este último no refleje ya un efecto mecánico de dominación de una clase sobre la otra significa que la lucha entre las clases se difunde cada vez más en el interior de este entramado, transformando en profundidad sus propias características. La lucha de clases se manifiesta como lucha por la hegemonía, con una fuerte presencia de elementos «institucionales» y de «generalidades» en el enfrentamiento. La contradicción fundamental pasa a través de las clases, distorsiona su antigua estabilidad. En algunos aspectos, las contradicciones se vuelven así todavía más radicales, menos amortiguables, pues afectan al gran tema del control del desarrollo, de la relación concreta entre clase obrera y Estado. En los tiempos decisivos del VIII Congreso, la estrategia de las reformas de estructura puede definirse como la elaboración necesaria para la lucha de clases en las instituciones. Es el momento en que nuestra política de alianzas, especialmente en lo que se refiere a las capas medias urbanas, empieza a salir de la referencia general a la necesidad del socialismo para abordar el tema concreto de las reformas, de forma que el terreno del enfrentamiento pasa a ser *el terreno real de la construcción de un nuevo Estado. El pluralismo político, considerado desde el punto de vista del movimiento obrero, conduce así a una intensificación de la lucha por la hegemonía.* No es, evidentemente, casual que precisamente entre 1957 y 1958 la propuesta de una lectura «política» de Gramsci, lanzada sobre todo por los meditados informes de Togliatti, resaltara sobre todo la imagen de Gramsci «fundador de Estado» y la relación estrechísima e innovadora que establece entre teoría y política, rompiendo con la tradición intelectual italiana. Este es un punto clave de nuestra elaboración, que vuelve a centrarse, aunque indirectamente, en el tema de la hegemonía. En efecto, el sentido de la lucha por la hegemonía tiene ahora un carácter muy concreto. Se trata, en la fase ascendente de la estrategia de las reformas (años sesenta), de una batalla encaminada a un acercamiento entre economía e instituciones. Nuestra oposición al centro-izquierda en aquellos años tiene su origen sobre todo en la convicción de que en aquella estrategia el eje de programación no se articula en torno a esta exigencia. Se vuelve cada vez más orgánica la convicción de que, dado el marco de la batalla, este «acercamiento» sólo puede producirse a condición de que no se restrinja a ningún nivel el terreno general de la relación entre masas y política. La estrategia democrática se ensambla cada vez más claramente con la estrategia socialista. De 1950 a 1960 desaparecen progresivamente las «dos fases» del movimiento obrero. La necesidad del pluralismo político se redefine en este

marco real, que, no obstante, conserva una fuerte tensión en torno a la necesidad de una recomposición de la sociedad, encontrando aquí su elemento específico.

La estrategia del compromiso histórico, definida en los artículos publicados en *Rinascita* por Enrico Berlinguer después de la catástrofe chilena, introduce una dimensión nueva en la relación entre movimiento obrero y Estado en nuestro país. La fase teórica que se abre en 1973 es, en este sentido, una etapa de novedades muy pronunciadas, vinculadas a nuestra interpretación de los acontecimientos derivados del 68 y aceleradas por los hechos políticos comprendidos entre 1974 y 1976. La novedad de la fase teórica reside ante todo en el carácter concreto y positivo de la propuesta política dirigida a las otras grandes fuerzas políticas del país. La amplitud de la unidad antifascista, como terreno del pluralismo político, se define y se desplaza de campo, pues la «2.ª etapa de la revolución democrática y antifascista» se interpreta como apertura de un período en el que el punto sobre el que converge la iniciativa general es la introducción de «elementos de socialismo» en la sociedad italiana.

La dimensión real que la estrategia del compromiso histórico le confiere al problema reside, pues, en que define de forma *políticamente* visible la relación entre movimiento obrero y Estado, o, mejor dicho, gobierno, volviendo a introducir vigorosamente el tema y la función de la hegemonía («los elementos de socialismo»). Cambia el propio tipo de debate político en Italia, en la fase caracterizada por la aproximación del movimiento obrero al Estado y al gobierno. Se definen también las respuestas que llegan de otras partes. Pero sobre esto pondré más adelante algunos elementos de reflexión. Creo que ante todo hay que señalar que en los principales documentos del partido sobre la mencionada fase (a partir, sobre todo, del XII Congreso) se vuelve a plantear una interpretación de la situación italiana en términos de lucha por la hegemonía. En este sentido la actualidad de Gramsci es muy clara, y podríamos hablar de la necesidad de una vuelta a la reflexión y a la elaboración del partido sobre los grandes campos de investigación indicados en los *Quaderni*. El carácter difuso de la hegemonía —la salida de la conciencia crítica de los aparatos restringidos, con todos los problemas que esto plantea en relación con la constitución de una conciencia de masas; la crisis en la reproducción de las capas intelectuales y en los aparatos ideológicos; la relación radical, que se ha establecido también en tiempos muy recientes, entre crisis y hegemonía; el avance del movimiento obrero dentro y fuera de las instituciones, de forma que la temática de la relación instituciones-masas emerge como eje central frente a los planteamientos, presentes también en el área de la izquierda italiana, que retro-

ceden a un análisis meramente económico de las fuerzas que actúan en la sociedad italiana. Este denso bloque de problemas parte de la tradición de los *Quaderni*, y de la ruptura que esta tradición provoca en Italia con toda una fase histórica de la relación entre movimiento obrero y Estado. Los nuestros no son tiempos adecuados para aferrarse al pasado, pero Gramsci sigue siendo profundamente actual en nuestra búsqueda política. Sorprende ver cómo, por medio de una utilización abstracta de categorías desvinculadas de la historia y la política real (el pluralismo, por ejemplo, como forma ideal sin referencias históricas concretas) se pretende descalificar la complejidad de los problemas planteados por Gramsci.

Este reconocimiento (no canónico) de la validez de Gramsci no implica por nuestra parte pereza alguna. Ya he indicado al principio unas cuantas razones, algunas de ellas profundas, por las que la elaboración del partido ha dejado muy atrás la época de Gramsci, y creo que ahora se puede volver a reflexionar con más calma sobre estas diversidades y discontinuidades partiendo precisamente de esta pregunta central: ¿cuáles son hoy nuestras relaciones con el núcleo central de la teoría de la hegemonía? La estrategia del compromiso histórico proporciona el terreno general de esta respuesta, pues, de una manera mucho más franca y directa, como consecuencia de la fase histórica por la que está pasando nuestra relación con el Estado, pone en evidencia —superando los residuos de duplicidad— que la *hegemonía del movimiento obrero pasa hoy por la potenciación del pluralismo político*. Una propuesta de dirección de la sociedad italiana durante un período largo dirigida a fuerzas diferentes (con su propia historia y su propia elaboración) está destinada a hacer avanzar mucho más nuestra elaboración del pluralismo político. Libera al partido de toda tentación residual de duplicidad. El enfrentamiento de las hegemonías se produce también a través del pluralismo.

¿Qué significa todo esto en concreto? Veamos algunos puntos de la elaboración que el partido ha ido desarrollando a lo largo de un arco de tiempo muy amplio: 1) la función de la hegemonía no se disuelve ya en la identificación entre partido, sociedad y Estado; 2) el pluralismo no se limita ya sólo al de las fuerzas sociales y los movimientos de masas, aunque este tema sigue teniendo una importancia fundamental e incluso va adquiriendo mayor peso a medida que desde el interior de estos niveles «sociales» emergen formas de consciencia directamente políticas; 3) no basta con decir que la hegemonía es de la clase y no del partido, porque el punto central es el de cómo la hegemonía de la clase se contradice a sí misma al traducirse en hegemonía del partido.

En realidad, nuestros interlocutores liberal-democráticos, en

la polémica que se ha desarrollado en estos meses, tienen ya su respuesta preparada, pero ésta, por su evidente carácter malintencionado, despierta en el oyente una desconfianza instintiva. La respuesta es esencialmente la siguiente: el pluralismo político está más allá de la hegemonía, en el sentido de que una sociedad pluralista no es función de ninguna hegemonía partidista, ya que la hegemonía se disuelve en la realidad del pluralismo. Este es por lo menos el núcleo de las argumentaciones de Norberto Bobbio, desarrolladas después sobre todo por las intervenciones de Alberoni en el *Corriere della Sera* (y estos autores tienen detrás a un amplio sector de la cultura liberal-socialista). En este terreno, las elaboraciones internas del partido han puesto el acento en un aspecto central del problema: no existe pluralismo en abstracto, sino que a través del pluralismo de la propia sociedad burguesa pasa un tipo de hegemonía históricamente determinada que no ha vacilado en abolir la misma forma política del pluralismo cuando ésta tendía a convertirse en un obstáculo objetivo para el ejercicio de la hegemonía. Naturalmente, esta respuesta tenía para nosotros —permitidme que lo diga— un meditado grado de obviedad. Detrás está el Marx de la *Cuestión judía*, y, por consiguiente, el comienzo de otra tradición de la teoría política todavía viva y adecuada para el análisis de los problemas de la sociedad actual. Y está, sobre todo, la idea de una relación profunda (nunca explícita en escritores como Bobbio y Salvadori, lo cual tiene su lógica) entre formas políticas y modo de producción, otra de nuestras quimeras de marxistas, que, sin embargo, no parece fácil expulsar de la interpretación de la estructura moderna del mundo. La historia moderna se desarrolla y se interpreta en términos de hegemonía, y la propia teoría clásica del pluralismo lo confirma claramente. Quizá resida precisamente aquí la impresionante actualidad de Gramsci.

Partiendo de los términos afectivos a los que ha llegado hoy el debate, del interior de nuestra reflexión y de una relación, también aquí meditada, con nuestra historia, se puede intentar enunciar algún elemento de análisis. Definir el campo del enfrentamiento de las hegemonías a través del pluralismo significa trasladar al terreno inmediato de la política todo lo que está implícito en la transformación que se ha producido en la relación entre el Estado y las clases, en una situación concreta en la que el movimiento obrero lleva la iniciativa política. Demos otro paso adelante. El carácter concreto de esta situación contiene la posibilidad de una expansión enorme de la relación democrática entre las masas y el Estado. Aquí el pluralismo tiende a seguir una ley distinta, que despliega totalmente la potencialidad histórica contenida en la transformación de las relaciones entre las clases. Resumiendo en un punto esquemático, pero sin duda significativo, el pluralismo

actúa aquí a la luz de un posible proceso de recomposición de la sociedad, y no en la perspectiva de su atomización programática. En mi opinión, los términos de la iniciativa política y del debate teórico se concentran hoy en gran medida en torno a este punto.

Sólo un ejemplo, *sacado del debate teórico*. Cuando Alberoni habla de la democracia como «disidencia institucionalizada» (quiero subrayar este carácter *orgánico* que le confiere a la disidencia), está pensando en una sociedad *orgánicamente* dividida, y, como la división orgánica pasa por relaciones de dominación de clase, en realidad está pensando en una sociedad anclada en la relación exclusiva entre Estado y clase dominante. Consciente o inconscientemente, en Alberoni hay un análisis del Estado en el que el análisis pluralista llevado a sus extremos (la democracia como «disidencia institucionalizada») coincide con la máxima concentración de una hegemonía de clase sobre el Estado. Esto no significa despreciar el peso decisivo de la disidencia, sino dudar de que ésta pueda ser el alma de la relación masas-instituciones, si la disidencia, y no es un juego de palabras, se convierte en «la institución» por excelencia de la democracia.

Y ahora un ejemplo significativo en el terreno del debate y de la iniciativa política. Desde que el movimiento obrero aparece organizado en el escenario de la historia —y, si queremos ceñirnos a épocas más cercanas de nuestra historia, desde el momento en que se formula orgánicamente la estrategia de reformas de estructura en el VIII Congreso del partido— se pone en evidencia, y se convierte en principio de iniciativa real, la imposibilidad de una ruptura puramente política del carácter de clase del Estado. Esta ruptura es fundamental, pero no es suficiente, y, si queda aislada, tiende a introducir, a partir de cierto momento, elementos de regresión. La razón es evidente, tiene bases perfectamente objetivas.

La ruptura de la relación exclusiva e inmediata entre Estado y clase dominante sólo madura a través de la introducción en el entramado de poder del Estado de elementos de programación democrática de la economía capaces de ampliar la relación entre productores directos y política. En este terreno se plantea la dimensión real de la transformación del entramado morfológico del Estado, y es también el punto en el que se redefine el entrelazamiento entre hegemonía y pluralismo. Permite comprender la especificidad de nuestra visión del pluralismo en lo referente al tema de una transformación radical de la sociedad y de las relaciones entre las clases. Los elementos de recomposición de la relación economía-instituciones tienden, en efecto, a desplazar el acento de una visión de la democracia como disidencia institucionalizada (continúo

utilizando este término, que me parece más comprensivo para unificar la terminología de los politólogos italianos) a una idea de democracia como organización de la relación entre masas, producción y política. Llegados a este punto, sin embargo, cabe volverse a preguntar: ¿por qué el pluralismo? ¿No es de hecho este tipo de democracia ejercicio de hegemonía sin pluralismo? No volveré sobre los elementos generales de este discurso, que he tratado de delimitar antes en torno a tres hitos de nuestra historia: 1944, la Declaración programática y la estrategia del compromiso histórico. El carácter orgánico del pluralismo en esta concepción de la democracia se define en dos vertientes que clasificaré por separado, aunque están profundamente entrelazadas:

1) El enorme enriquecimiento del pluralismo social implícito en esta concepción, en la que se vuelve a poner en movimiento la *inteligencia social* hoy separada y dispersa en las descomposiciones, en la improductividad, en el desaprovechamiento. La crisis del capitalismo ha llegado tan lejos, en nuestro país y en todo el mundo, que éstos son los problemas reales ante los que se encuentra su historia.

2) El hecho de que hoy el pluralismo social se vierte y se expresa en el pluralismo político, en las formas políticas a través de las cuales se organizan ideas, aspiraciones y sentimientos generales y la misma vida de grupos y de capas sociales, más allá, quizá, de la propia estructura tradicional de los partidos. Todo elemento de detención de este proceso, toda obstrucción del camino, constituye un factor de restricción de la irrupción de las masas en el terreno de la relación democrática con las instituciones, de retroceso de la propia vinculación entre el movimiento obrero y el Estado.

En este marco hay que valorar también la dimensión histórica de nuestra relación con la tradición de la democracia política y con los puntos álgidos de la democracia liberal moderna. Creo que la elaboración del partido encuentra una expresión correcta en el concepto que ha enunciado no hace mucho A. Asor Rosa de la forma siguiente: el movimiento obrero no es solamente el heredero de la filosofía clásica alemana, sino que, de alguna manera, es el heredero mismo de la burguesía. El tipo de ataque contra nuestra tradición teórica que lanzan hoy los intelectuales italianos más representativos de la visión clásica de la democracia no ha de hacer perder de vista este punto central.

Si no fuera porque supone un riesgo de esquematismo, propondría la siguiente formulación: *hemos reconquistado plenamente el concepto de democracia política* (y digo reconquistado porque la *Cuestión judía*, el comienzo de nuestra tradición

Guía para la lectura de Gramsci

La difusión de la obra de Antonio Gramsci y de la literatura (principalmente italiana) en torno a esta obra ha chocado durante muchos años en España con las imposiciones de la censura fascista, de manera que hasta finales de los años sesenta no ha sido posible empezar a publicar legalmente algunos de esos escritos. Luego, en los años de paso de la década de los sesenta a la de los setenta, la orientación selectiva de la censura ha condicionado igualmente las primeras traducciones. Así se permitió publicar varias antologías de escritos filosóficos o político-culturales de Gramsci, pero se prohibió la edición de sus artículos más directamente políticos. Una muestra de esta orientación fue la prohibición durante cuatro años (1970-1974) de editar en España la *Antología* preparada por Manuel Sacristán. Todavía después de la muerte del general Franco la anterior línea de censura selectiva con respecto a Gramsci siguió vigente durante algún tiempo, como lo prueba el secuestro durante un año (1975-1976) de una selección de artículos de Antonio Gramsci y Amadeo Bordiga editada por Anagrama.

En los últimos meses, en cambio, la publicación de obras sobre Gramsci se ha incrementado de manera notable. Pero las consecuencias de los largos años de censura, la dispersión bastante generalizada de las políticas editoriales y la consideración de una cierta «moda Gramsci» como una ocasión preferentemente mercantil, ha conducido a una situación paradójica: el mercado librero acusa una inflación importante de traducciones de ensayos interpretativos de Gramsci mientras que una parte sustancial de los escritos de éste sigue todavía ahora (diciembre de 1977) sin ser traducida.

Esa situación crea una cierta confusión entre los estudiantes universitarios y más en general entre el cada día mayor nú-

mero de personas interesadas en el conocimiento de la obra de un clásico del pensamiento marxista revolucionario como es Gramsci. Se deriva de ahí una considerable dificultad para orientarse en la proliferación de ensayos interpretativos traducidos, a veces muy discordantes entre ellos e incluso contrapuestos y condicionados por debates recientes que suelen tener que ver más con la situación actual del movimiento comunista que con el propio Gramsci.

Parece, pues, conveniente ofrecer algunas orientaciones bibliográficas sobre la obra de Gramsci y un criterio de selección que facilite el orientarse en la literatura que los estudios gramscianos ha producido.

I. LA OBRA DE GRAMSCI.

I.1. Escritos anteriores a la detención y encarcelamiento (1914-1926).

Scritti giovanili (1914-1918). Torino, Einaudi, 1958.

Sotto la Mole (1916-1920). Torino, Einaudi, 1960.

L'Ordine Nuovo (1919-1920). Torino, Einaudi, 1954.

Socialismo e fascismo (L'Ordine Nuovo, 1921-1922). Torino, Einaudi, 1966.

La costruzione del partito comunista (1923-1926). Torino, Einaudi, 1968.

Estos cinco volúmenes, publicados en la colección *Opere di Antonio Gramsci* de la casa editora Einaudi, recogen la mayoría de los artículos escritos por A. G. entre 1914 y 1926. Con posterioridad a la fecha de publicación de la primera edición de cada uno de esos volúmenes el trabajo de investigación de Elsa Fubini, Sergio Caprioglio, Valentino Gerratana, Giansiro Ferrata, Nicollò Gallo, Paolo Spriano, Renzo Martinelli y otros ha permitido encontrar algunos otros artículos (atribuidos con certeza a A. G.) no incluidos en aquellos volúmenes. Colecciones que aportan artículos nuevos (no siempre integrados en las reediciones de los volúmenes correspondientes de las *Opere*) son las siguientes:

Duemille pagine di Gramsci (edición preparada por G. Ferrata y N. Gallo), dos volúmenes, Milán, Il Saggiatore, 1964.

A. GRAMSCI, *Scritti 1915-1921* (edición de Sergio Caprioglio). Milán, 1968.

A. GRAMSCI, *Per la verità* (edición de R. Martinelli). Roma, Riuniti, 1976.

I.2. Escritos de la cárcel (1926-1937).

I.2.1. *Lettere dal carcere*. Torino, Einaudi, 1947.

Una edición más completa de las *Cartas* (preparada por Sergio Caprioglio y Elsa Fubini): Torino, Nuova Universale Einaudi, 1965.

I.2.2. Quaderni del carcere.

Hay tres ediciones principales:

A. Una edición temática publicada por Einaudi en las *Opere* y que comprende:

Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce. Torino, 1948.

Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura. Torino, 1949.

Il Risorgimento. Torino, 1949.

Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno. Torino, 1949.

Letteratura e vita nazionale. Torino, 1950.

Passato e Presente. Torino, 1951.

B. Una edición crítica con ordenación cronológica de los *Quaderni*:

Quaderni del carcere (edición crítica del Instituto Gramsci preparada por Valentino Gerratana), 4 volúmenes, Torino, Einaudi, 1975.

C. Una edición intermedia que sigue la ordenación temática de A y aprovecha el aparato crítico de B:

Quaderni del carcere (con una introducción de L. Gruppi), Roma, Riuniti, 1977.

De las tres, esta última es probablemente la más adecuada y asequible para el lector no especialista de lengua castellana.

II. TRADUCCIONES DE LA OBRA DE GRAMSCI AL CASTELLANO.

No existe todavía ninguna edición castellana completa de la obra de Antonio Gramsci. La selección más amplia de escritos anteriores y posteriores a 1926 publicada hasta ahora es:

A. G. *Antología* (selección, traducción y notas de Manuel Sacristán). Madrid, Siglo XXI de Ediciones, 1974 (2.ª edición).

Una selección de artículos políticos de A. G. mucho más reducida que la anterior en: A. G. *Pequeña antología política* (traducción de Juan Ramón Capella), Barcelona, Fontanella, 1974.

II.1. Traducciones de escritos anteriores a 1926.

Además de los recogidos en la *Antología* preparada por Manuel Sacristán, hay varias colecciones breves de artículos escritos por Gramsci entre 1919 y 1926:

A. G. *Consejos de fábrica y estado de la clase obrera*. México, Roca, 1974.

A. G. *Revolución rusa y Unión Soviética*. México, Roca, 1975.
A. G. *Contra el pesimismo. Previsión y perspectiva*. México, Roca, 1974.

ANTONIO GRAMSCI Y AMADEO BORDIGA, *Debate sobre los consejos de fábrica*. Barcelona, Anagrama, 1975.

II.2. Traducciones de escritos de la cárcel.

II.2.1. *Cartas de la cárcel* (edición incompleta), Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1976.

II.2.2. *Cuadernos de la cárcel*.

A. Existe una traducción de la edición italiana temática de Einaudi. El detalle de la misma es el siguiente:

Literatura y vida nacional. Buenos Aires, Lautaro, 1952.

El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce. Buenos Aires, Lautaro, 1958.

Los intelectuales y la organización de la cultura. Buenos Aires, Lautaro, 1960.

Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el estado moderno. Buenos Aires, Lautaro, 1962.

El Risorgimento. Buenos Aires, Nueva Visión, 1975.

Pasado y Presente. Buenos Aires, Nueva Visión, 1975.

B. Hay además traducción de otras selecciones menores de escritos de la cárcel:

A. G. *Cultura y literatura* (Prólogo y traducción de J. Solé Tura), Barcelona, Península, 1967.

A. G. *La formación de los intelectuales* (Traducción de A. G. Vega). México, Grijalbo, 1967.

A. G. *Introducción a la filosofía de la praxis* (Traducción de J. Solé Tura), Barcelona, Península, 1970.

A. G. *La política y el estado moderno* (Traducción de J. Solé Tura). Barcelona, Península, 1971.

III. LIBROS Y ENSAYOS SOBRE GRAMSCI.

La bibliografía sobre Antonio Gramsci en italiano es ya muy considerable y empieza a ser también notable (al menos desde 1975) la producción acerca de Gramsci en otras lenguas, señaladamente en francés, alemán e inglés. Una indicación bibliográfica exhaustiva hasta 1967 hay en ELSA FUBINI, «Bibliografía gramsciana», *Gramsci e la cultura contemporanea*, Roma, Editori Riuniti/Istituto Gramsci, 1969 (volumen 2). Probablemente las actas del III Convegno gramsciano celebrado en Florencia en diciembre de 1977 incluirán una selección de lo publicado en los diez últimos años.

La selección de títulos que sigue aquí a continuación se basa en dos criterios: se trata de obras que o bien proporcionan

una interpretación global del pensamiento de Gramsci, o bien aportan documentación o hipótesis importantes para el conocimiento de su vida. El orden seguido es cronológico:

1. PALMIRO TOGLIATTI, *Gramsci*. Roma, Editori Riuniti, 1967.

El volumen recoge artículos y discursos de Togliatti sobre Gramsci desde 1927 hasta 1964. Pese a las discusiones y polémicas que algunos detalles de la presentación de Gramsci por Togliatti han suscitado, esa obra sigue siendo una buena y sencilla introducción al conocimiento de la evolución del pensamiento de A. G. sobre todo por lo que hace al aspecto político del mismo.

2. DOMENICO ZUCARO, *Vita del carcere di Antonio Gramsci*. Milán, Avanti!, 1954.

Contiene documentación de interés para el conocimiento del período que estudia. Algunos de sus datos han sido utilizados luego por biógrafos posteriores (y ciertas suposiciones rebatidas).

3. GIANSIRO FERRATA, Introducción a la antología titulada *Due mille pagine di Gramsci*. Milán, Il Saggiatore, 1964.

Excelente documentación y buena presentación global de la evolución de A. G.

4. PAOLO SPRIANO, *Gramsci e L'Ordine Nuovo*. Roma, Riuniti, 1965.

Es el resumen de una investigación histórica muy notable sobre los años 1919-1920. Aporta además datos importantes para el conocimiento de la etapa consejista de A. G.

5. GIUSEPPE FIORI, *Vita di Antonio Gramsci*. Bari, Laterza, 1966 [Traducción castellana; Barcelona, Península, 1968].

Sigue siendo la mejor biografía de conjunto de A. G. Insuficiente por lo que hace al relato de los años 1921 a 1924. Algunas de sus hipótesis sobre la actitud de A. G. en la cárcel han sido discutidas o rebatidas luego por Amendola y por el historiador Paolo Spriano.

6. GIUSEPPE BERTI, Introducción (con el título de «Appunti e ricordi, 1919-1926») a *I primi dieci anni di vita del P.C.I.* Documenti inediti dell'archivio Angelo Tasca. Milán, Feltrinelli, 1967.

Ensayo polémico cuyo centro es la discusión con Togliatti de ciertos aspectos de las relaciones entre éste y A. G. en el seno

del PCI y de la Internacional Comunista hasta el encarcelamiento de Gramsci. Interesante no sólo por la documentación que maneja sino también por los «recuerdos» del autor. No es obra de historiador sino de protagonista de una historia sobre la cual memoriza al cabo de cuarenta años.

7. ERNESTO RAGIONIERI, «Gramsci e il dibattito teorico nel movimento operaio internazionale», en *Gramsci e la cultura contemporanea*, I. Roma, Editori Riuniti/Istituto Gramsci, 1968. [Traducción castellana en AA.VV., *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, Barcelona, Grijalbo, 1977.]

Ensayo de interés tanto por el intento de ubicar a Gramsci en el ámbito del movimiento obrero internacional de su época como por la interpretación global que hace de la evolución del pensamiento político de A. G. desde 1924 y particularmente en los años de la cárcel.

8. MASSIMO L. SALVADORI, *Gramsci e il problema storico della democrazia*. Torino, Einaudi, 1970.

Interesante interpretación de conjunto del pensamiento político de A. G. que acentúa la importancia de la teorización gramsciana sobre los consejos de fábrica. Útil igualmente por sus consideraciones situando a A. G. en la problemática política y teórica del bolchevismo.

9. LEONARDO PAGGI, *Antonio Gramsci e il moderno principe*. Roma, Riuniti, 1970.

Es el tomo 1.º de un proyecto de interpretación global de toda la obra de A. G.; esta parte —la única publicada hasta ahora— se extiende hasta 1922. El trabajo de Paggi une a una buena documentación la virtud de no reducirse al aspecto político del pensamiento de A. G. Junto con los artículos de Togliatti, las investigaciones de Spriano y las precisiones filológicas de Gerratana, el libro de Paggi es lo más maduro que ha producido la literatura italiana hasta ahora.

10. ATHOS LISA, *Memorie. Dall'ergastolo di Santo Stefano alla casa penale di Turi*. Milán, Feltrinelli, 1973.

Indispensable por los datos que proporciona sobre las posiciones políticas de A. G. en la cárcel sobre todo en el momento del VI Congreso (julio/septiembre de 1928) de la Internacional Comunista y en los meses que siguieron.

11. VALENTINO GERRATANA, «Note di filologia gramsciana», en *Studi storici*, enero-marzo, 1975.

Con nuevos datos sobre la obra de A. G. anterior a la detención.

12. PAOLO SPRIANO, *Gramsci e Gobetti*. Torino, Einaudi, 1977.

Breve, pero excelente perfil de Gramsci redactado en 1966 y ampliado en 1976 sobre la base de las investigaciones llevadas a cabo por el autor en los Archivos del Estado.

13. PAOLO SPRIANO, *Gramsci in carcere e il partito*. Roma, Riuniti, 1977.

Aporta nueva documentación para el conocimiento del pensamiento de A. G. en los años 1926-1936. Texto fundamental que zanja prácticamente el debatido tema de las relaciones entre A. G. y el partido comunista después del VI Congreso de la III Internacional.

14. ISTITUTO GRAMSCI, *Politica e storia in Gramsci*, I. Roma, Riuniti, 1977.

Recoge las ponencias escritas para la convención del IC celebrada en Florencia en diciembre de 1977: Buena muestra de la orientación y de los intereses actuales de los estudios gramscianos.

15. VALENTINO GERRATANA, «Gramsci come pensatore rivoluzionario».

Ponencia presentada en la convención de Florencia del Istituto Gramsci. Será recogida en el volumen 2 de *Politica e storia in Gramsci* a publicar en 1978.

16. ERIC HOBBSBAWM, «Gramsci e la scienza politica». *Rinascista*, n.º 50-51, 23-XII-1977.

Ponencia presentada en la convención de Florencia. Será recogida igualmente en el volumen 2 de *Politica e storia in Gramsci*.

IV. LIBROS Y ENSAYOS SOBRE GRAMSCI TRADUCIDOS AL CASTELLANO.

Además de la biografía de G. Fiori y el ensayo de E. Ragionieri, cuyas traducciones han sido citadas ya en el punto anterior, hay que sancionar los títulos siguientes:

1. ALESSANDRO PIZZORNO y LUCIANO GALLINO, *Gramsci y las ciencias sociales*. Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, 1970.

Dos artículos de interés indudable y con sugerencias notables (sobre todo el de Pizzorno) para situar a Gramsci en el ám-

bito de las investigaciones sociales contemporáneas. Pueden contarse entre lo mejor que se ha traducido sobre Gramsci al castellano. El libro se completa con un texto de Régis Debray («Notas sobre Gramsci»), flojo.

2. JEAN-MARC PIOTTE, *El pensamiento político de Gramsci*. Barcelona, Redondo, 1972.

Útil reconstrucción y articulación sistemática de los principales conceptos gramscianos dispersos en los *Quaderni* tomando como centro de la interpretación las consideraciones de A. G. sobre los intelectuales. Adolece de dos defectos: escasa referencia al contexto histórico en el cual escribía Gramsci y pretensión especulativa muy característica de los intérpretes franceses de A. G.

3. FRANCO LOMBARDI, *Las ideas pedagógicas de Gramsci*. Barcelona, Redondo, 1972.

Fallido intento, desde una perspectiva socialdemócrata, de distanciar el pensamiento de Gramsci de las orientaciones de la tradición comunista. Un ejemplo, como tantos otros, de interpretación manipuladora de A. G.

4. DOMINIQUE GRISONI Y ROBERT MAGGIORI. *Leer a Gramsci*. Madrid, Zero, 1974.

Ensayo de divulgación del pensamiento de A. G. Buen cuadro cronológico y útil glosario. Demasiado simple en la valoración de ciertos momentos de la actuación política de A. G. (sobre todo los años 1921-1923). Va precedido de un inútil y presuntuoso coloquio de los autores con M. A. Macciocchi y F. Chalet.

5. MARIA ANTONIETTA MACCIOCCHI. *Gramsci y la revolución en Occidente*. Madrid, Siglo XXI, 1975.

Sugestiva pero en lo esencial equivocada interpretación de A. G. en clave maoísta. Más especulativo que documentado. Exageraciones polémicas forzadas por el intento de encontrar en A. G. un maoísta *avant la lettre*. Es un buen ejemplo de las concesiones a las modas del momento en detrimento de la investigación seria.

6. GIORGIO BONOMI. *Partido y revolución en Gramsci*. Barcelona, Avance, 1975.

Libro polémico contra la interpretación togliattana del pensamiento político de A. G. y que al mismo tiempo se distancia de otras interpretaciones (consejistas, socialdemócratas, bordi-

guianas, etc.) de moda en los primeros años setenta. Demasiado preocupado por distanciar las concepciones de Gramsci de las orientaciones del PCI con Togliatti y Longo, el libro de Bonomi pone el acento en la búsqueda del sistema en el pensamiento político de A. G. en detrimento de la investigación histórica. Correcta en lo esencial la reconstrucción sobre el tema del partido y los conceptos de estado y revolución.

7. JACQUES TEXIER, *Gramsci*. Barcelona, Grijalbo, 1976.

Una introducción a los fragmentos filosóficos de los *Quaderni* de A. G. El autor se limita a un comentario de los textos por él seleccionados sin problematizar el objeto de estudio.

8. AAVV, *Revolución y democracia en Gramsci*. Barcelona, Fontamara, 1976.

Trabajos de U. Cerroni, L. Gruppi, E. Hobsbawm, Q. Hoare, H. Portelli y M. L. Salvadori. Útil antología de artículos recientes sobre A. G.; su lectura permite hacerse una idea adecuada de los temas que actualmente preocupan a los estudiosos de la obra de Gramsci. Particularmente interesantes los artículos de U. Cerroni y M. L. Salvadori.

9. CHRISTINNE BUCI GLUCKSMANN/NICOLA BADALONI, *Gramsci: el estado y la revolución*. Barcelona, Anagrama, 1976.

Dos artículos breves, bastante especulativos pero sugerentes. Útil para conocer una de las líneas de reflexión actual sobre la vigencia del pensamiento de A. G. Completa el título anterior.

10. AAVV, *Actualidad del pensamiento político de Antonio Gramsci*. Barcelona, Grijalbo, 1977.

Selección de artículos ya clásicos sobre el pensamiento de A. G. Se traducen las principales intervenciones en los *Convegni* gramscianos de 1957 (P. Togliatti, A. Zanardo, M. Tronti) y de 1967 (E. Garin, N. Bobbio, E. Ragionieri, R. Paris). Completan el libro tres artículos polémicos de temática principalmente filosófica (L. Althusser, N. Badaloni, G. Marramao) y el trabajo más sólido escrito en castellano hasta ahora sobre la formación de A. G. (M. Sacristán). Importante el artículo de P. Togliatti porque inaugura toda una línea de interpretación global de A. G.; documentalmente irreprochable el artículo de E. Garin; especialmente sugerentes, aunque por razones y con criterios muy distintos, los trabajos de N. Bobbio y de E. Ragionieri; muy discutibles los planteamientos de R. Paris y de G. Marramao.

11. NORBERTO BOBBIO, *Gramsci y la sociedad civil*. Barcelona, Avance, 1977.

Reelaboración y ampliación de la ponencia presentada en el Convegno gramsciano de Cagliari (1967) que se traduce en el volumen anterior. Objeto de un importante debate ya en aquel congreso, la tesis de Bobbio sobre el concepto gramsciano de sociedad civil sigue siendo actualmente uno de los centros de atención de la polémica entre socialistas y comunistas italianos por las implicaciones teórico-políticas que (frente al PCI) su autor la ha dado más recientemente en lo que se refiere al tema de la relación entre democracia, pluralismo y socialismo.

12. PERY ANDERSON, «Las antinomias de Antonio Gramsci», en *Cuadernos Políticos*, n.º 13, México, junio/septiembre de 1977.

Aguda reflexión sobre el pensamiento político del Gramsci de los *Cuadernos de la cárcel*, aunque discutible en la interpretación de ciertos pasos de los mismos. Tiene además el mérito de estudiar documentadamente los antecedentes históricos de la estrategia de repliegue del movimiento obrero esbozada por A. G. al principio de los años treinta, así como los antecedentes del uso gramsciano del concepto de hegemonía.

F.F.B.

Editorial
MATERIALES
Escipión 21, Barcelona-6

PRIMEROS TITULOS

Enrico Berlinguer: Austeridad
La respuesta del Partido Comunista Italiano
a la "crisis".

Carlos Marx: Crítica del programa de Gotha
Traducción e introducción de Gustau Muñoz.

M. Bobbio, Ch. Buci-Glucksmann, L. Colletti,
P. Ingrao, M. L. Salvadori, D. Sassoon, P. Togliatti
y B. Trentin: Gramsci y el "eurocomunismo"
Debate sobre las raíces históricas de la vía
"eurocomunista".

W. F. Haug: Introducción al estudio de "El Capital"
Una guía concisa y accesible para la lectura
de la obra central de Marx.

Wolfgang Harich: ¿Comunismo sin crecimiento?
Babeuf y el Club de Roma
Una respuesta comunista radical a
la catástrofe ecológica.

MATERIALES
MATERIALS
GAJAK
MATERIAIS